



MARIAH STONE

LA CAUTIVA DEL VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO

Una novela romántica de
viajes en el tiempo



LA CAUTIVA DEL VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO

LIBRO CINCO

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR
CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Viking's Captive* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

[Consigue un libro de Mariah Stone gratis](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Consigue un libro de Mariah Stone gratis](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!](#)

[Acerca del Autor](#)

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en <https://mariahstone.com/es/> para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sineag (precuela)

[La cautiva del highlander](#)

[El secreto de la highlander](#)

[El corazón del highlander](#)

[El amor del highlander](#)

[La navidad del highlander](#)

[El deseo del highlander](#)

[La promesa de la highlander](#)

[La novia del highlander](#)

[El protector de la highlander](#)

[El reclamo del highlander](#)

[El destino del highlander](#)

[Reunión de Navidad](#)

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

[El deseo del vikingo](#)

[El reclamo del vikingo](#)

[La novia del vikingo](#)

[El amor del vikingo](#)

[La cautiva del vikingo](#)

AL TIEMPO DEL PIRATA:

[El tesoro del pirata](#)

[El placer del pirata](#)

¡Más libros nos esperan en 2024!

CAPÍTULO ÚNO

Vörnen, Noruega, 870 d. C.

A SIGURD se le hundió el corazón al ver los nueve *drakkars* que aparecieron detrás de una montaña en el fiordo. Estaba de pie al lado de su padre, el *jarl* Randver, en la playa de la aldea. Diez docenas de sus mejores guerreros aguardaban al enemigo a su lado, con hachas, escudos, espadas y arcos listos para la batalla.

Las velas rojas y azules de los barcos anunciaban a gritos la llegada del enemigo, el *jarl* Fuldarr, lo que suponía que la hermana de Sigurd, Vigdis, había fracasado en la misión de negociar la paz y se encontraba muerta o capturada de rehén y probablemente a bordo de uno de esos navíos. A Sigurd se le congeló el corazón ante la idea, eso implicaba que no podían disparar una lluvia de flechas sobre los barcos por temor a lastimarla. Por eso aguardaron a descubrir qué tendría que decir Fuldarr.

—Es mi culpa —le reconoció Sigurd a su padre, que sujetaba el hacha con tanta fuerza que los nudillos se le tornaron blancos—. No la debería haber enviado, debería haber ido yo.

—Sí, es tu culpa, hijo. ¿Cuántas veces te dije que no puedes confiarles cosas importantes a las mujeres? —Su padre señaló los barcos con el hacha—. Mira las consecuencias.

—Me suplicó que le diera responsabilidades. Y siempre consigue lo que quiere.

Randver gruñó al tiempo que una sombra de dolor le atravesaba el rostro. Había estado enfermo durante más de un año. Tenía una enfermedad desconocida que lo carcomía por dentro, y el dolor le quitaba el sueño y le drenaba el cuerpo. Sigurd había estado cumpliendo con el papel de *jarl*. Había comenzado a construir una fortaleza alrededor de la aldea para anticiparse a los ataques. El reino se estaba debilitando; muchos guerreros fuertes se habían marchado porque Sigurd no podía ir a saquear. Había tenido que negociar la paz con Fuldarr, ya que no se encontraban en situación de soportar semejantes ataques. Enviar a Vigdis le había parecido una buena idea: a pesar de que era una mujer, era la hija de un *jarl* y estaba orgullosa de que le hubieran encargado la tarea de un hombre.

—Debería haber sido más estricto con ella —reconoció Randver—. De ese modo, no habría asumido que el mundo le debe nada. Se habría limitado a cumplir con sus deberes, como su madre y como cualquier otra mujer. No deberías haber confiado en ella. —Se volvió a Sigurd—. Nunca confíes en una mujer, hijo.

Las palabras le recordaron a su madre e hicieron que los músculos le dolieran como estremecidos antes de tener fiebre.

Lo que le había ocurrido a Vigdis había sido su culpa. La culpa le colgaba del pecho como una piedra; esperaba no haber enviado a su hermana a la muerte. Si Fuldarr le había tocado tan solo un pelo de la cabeza, Sigurd le arrancaría el corazón y se lo daría de comer a los cerdos.

Los barcos llegaron. Varias decenas de guerreros de Fuldarr los miraban con los ceños fruncidos, pero nadie se movió. En el barco más grande, Sigurd vio al *jarl* Fuldarr con la *brynja* más costosa que había visto en toda su vida, la barba larga trenzada, el cabello oscuro peinado y engrasado y un abrigo de piel de marta sobre los hombros, que lo debía de haber protegido de las noches frías a bordo del barco.

Fuldarr los observaba sin moverse. Sigurd apretó el mango del hacha de batalla listo para atacar o construir un muro de escudos al oír la orden de su padre, pero un movimiento le llamó la atención y volvió la mirada a la silueta de una mujer que apareció al lado de Fuldarr. Sin dar crédito a lo que veía, parpadeó.

Era Vigdis y estaba sana y salva. Tenía la espalda erguida, el largo cabello dorado oculto debajo de un pañuelo plateado, un indicio de que estaba casada, y el rostro frío de una reina. Llevaba puesto el vestido más hermoso que había visto en la vida, del color de un cálido atardecer de verano, y joyas de una belleza tal que solo había visto en una ocasión cuando saquearon en Francia. Tenía una bufanda de marta cibelina alrededor del cuello. Se veía hermosa, como su madre. Sigurd sintió el dolor de la pérdida de la primera mujer que había traicionado a su familia. Su padre tenía razón, como de costumbre.

—¿Te encuentras bien, Vigdis? —le preguntó Randver.

Su rostro perdió la expresión orgullosa durante un instante efímero y registró culpa.

—Sí, padre.

—En ese caso, veo que tus negociaciones han ido bien —repuso Randver—. Jamás creí que te casarías con nuestro enemigo.

—Fuldarr me ofreció algo que tú jamás me ofrecerías. —Alzó el mentón—. Igualdad de voz y voto en su mesa. Para siempre. Me trata como a una reina, y no como tú has tratado a mi madre. O a mí.

Randver escupió sobre la playa de piedras sin interrumpir el contacto visual con Fuldarr.

—¿Y a qué has venido, Fuldarr? Ahora somos familia, ¿no?

En la playa reinó el silencio. Randver le susurró por lo bajo a Sigurd:

—Le ha contado todo acerca de nuestras defensas. Por eso se casó con ella. Ya sabes qué hacer. Vete.

—¡He venido a reclamar lo que me pertenece! —rugió Fuldarr.

Sigurd le respondió a su padre en voz baja:

—No te dejaré aquí. Nos duplican en números.

Randver se rio, y los ojos celestes le brillaron por primera vez en mucho tiempo.

—Hijo, recibiré agradecido esta muerte. Un arma me quitará la vida y no la enfermedad que me ha tenido agarrado de los testículos como un crío. Odín me recibirá en el Valhalla hoy, y beberé hidromiel con él y con mi padre. Te estaré esperando allí cuando llegue tu momento. Pero no te des prisa.

Lo sujetó del hombro y se lo apretó.

—Ahora, vete. Protege la aldea.

A Sigurd se le cerró la garganta. La traición de su hermana, el enemigo a sus pies y la muerte certera de su padre hicieron que se le subiera la bilis por la garganta. Lo último que quería hacer

era abandonar a su padre y a sus mejores guerreros en la primera línea de defensas, pero sabía que Randver tenía razón. La aldea necesitaría a Sigurd para liderar a los guerreros cuando cayera la primera línea.

—Te veré en el Valhalla, padre. —Sigurd le apretó el hombro poderoso a su padre, y se despidieron con un asentimiento de la cabeza mientras se miraron a los ojos por última vez.

Dejó la fila de guerreros mientras comenzaron a moverse bajo el último grito de su padre:

—¡Muro de escudos!

No podía creer que su hermana lo había traicionado luego de cómo la había protegido durante toda la vida. Recordó las palabras de su padre: «Nunca confíes en una mujer, hijo».

Mientras corría hacia la aldea, una lluvia de flechas comenzó a clavarse en el suelo a su alrededor. Sigurd se tocó el colgante con el martillo de Thor que siempre le daba suerte y susurró:

—No lo haré, padre. Te lo prometo.

CAPÍTULO DOS

C iudad de Nueva York, 2018

DONNA COX TENÍA que ganar el caso porque, de lo contrario, sus cuatro clientas no iban a poder comprar el pan el mes siguiente. Estaban aguardando la audiencia en la sala de espera de la corte. Marta y Helena, sentadas a su derecha, estaban casi a punto de parir. A su izquierda, se encontraban Teresa y Gloria, dos madres solteras que susurraban en español mientras movían los cochecitos que parecían haber visto tiempos mejores.

Las cuatro mujeres habían trabajado en una empresa de limpieza, Cinderellas Inc., hasta que el supervisor las despidió al enterarse de que estaban embarazadas. Donna estaba contenta de que hubieran sido lo suficientemente valientes como para demandarlo porque la mayoría de las mujeres en esa situación no lo hubiera hecho.

El teléfono de Donna comenzó a sonar, y la pantalla se iluminó con la palabra «Mamá». Su madre era su socia en el despacho de abogados que compartían en Brooklyn. Donna alzó un dedo en el aire para indicarles a sus clientas que regresaría en un minuto y salió al pasillo.

—Hola, mamá, no puedo hablar. Estoy a punto de entrar en la audiencia.

—Por eso te llamo. Ha habido un cambio, y necesito que mantengas la calma.

—¿Un cambio?

—Sí, me enteré hace un minuto. Ferguson and Partners reemplazaron a Virginia con... oh, maldita sea, con Daniel Gleason.

Donna se ruborizó. Daniel Gleason representaba todo lo que detestaba con pasión en el mundo y era el motivo por el que se especializaba en casos de discriminación. En Nueva York abundaban las personas como él, que gozaban de tener demasiado poder sobre las mujeres. Ese tipo de hombres dirigían despachos de abogados, fondos de protección y compañías de seguros. A veces, enseñaban en las escuelas, conducían taxis y preparaban cócteles. Y uno de ellos le había roto el corazón.

Daniel parecía un dios nórdico vestido de traje. Al ser el típico macho alfa, creía que solo las mujeres hermosas debían de ser secretarías y que todas las directoras de empresas y las mujeres en política eran lesbianas. Hacía tres años, había insistido en que Donna dejara de trabajar, buscara un marido adinerado y diera a luz a cinco hijos varones. En esa época, ella había deseado en secreto que él fuera ese marido. A pesar de sí misma, había considerado seguir esa sugerencia porque había estado enamorada.

Gracias a todos los cielos no lo había hecho. Y él tampoco se lo había propuesto. En retrospectiva, estaba contenta de que hubiera dejado de acostarse con ella de un día para el otro. Le había enseñado una lección. Una lección que había sido parte de su ADN, algo que su madre soltera le había dado de desayunar todos los días: jamás, bajo ninguna circunstancia, debía enamorarse de un hombre apuesto que le hiciera agua la boca y tuviera un ego gigante y una sonrisa seductora.

Por eso ahora solo salía con ñoños, que a menudo eran escritores o desarrolladores web. Eran hombres que respetaban a las mujeres. ¿Y cuál era el problema si el sexo era más plano que una botella de champán abierta sin burbujas? Eran hombres inteligentes y graciosos, que le rogaban tener otra cita, sin esperar a que fuera ella la que les rogara a ellos.

—¿Donna? ¿Estás allí?

Donna parpadeó y notó que le temblaba la mano.

—Sí, mamá.

—Cariño, escúchame. Esta es la demanda más importante de tu carrera. De nuestra carrera. Esto podría ser muy trascendental para nuestro despacho. Haz la ira a un lado. ¿Estás segura de que puedes arreglártelas?

Donna soltó el aliento, pero eso no la ayudó.

—Apuesto a que fue justo por eso que le asignaron el caso.

Su madre soltó un suspiro.

—Saben contra qué tipo de hombres nos enfrentamos. Pero no importa. Tú puedes.

—Está bien. Regreso a la sala de espera.

—Buena suerte.

Donna colgó el teléfono y sacudió las manos para aliviar la tensión. Cuando volvió a entrar, vio a una anciana en su asiento. Parecía la típica abuela con unas pequeñas gafas redondeadas. Estaba tejiendo una bufanda ancha con un patrón de ramas de árboles entretejidas, y le recordó al arte celta o vikingo. En el regazo, tenía un huso dorado. Donna no tuvo tiempo de analizar lo peculiar que era todo, porque al lado de la anciana, en el asiento de Marta, se encontraba Daniel.

Al verlo, se congeló como si acabara de golpearse contra una pared de cristal. No lo había visto en tres años y se veía más atractivo y más arrogante que antes. Alto, de hombros anchos y textura perfecta, estaba sentado con las piernas largas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos. La observaba con una sonrisa condescendiente, como si ella fuera una tierna gatita a punto de enfrentarse a un toro.

A Donna se le sonrojaron las mejillas de la vergüenza al recordar el pasado sin resolver, y el odio ardió en su interior como ácido. Daniel estaba utilizando los sentimientos del pasado en su contra con su simple presencia.

Donna frunció el ceño. Algo no estaba bien en esa escena. Su clienta estaba embarazada de ocho meses y se encontraba de pie frotándose la parte baja de la espalda al tiempo que se apoyaba contra una pared y hacía una mueca de dolor, mientras que ese hijo de su santísima madre ocupaba su silla como si estuviera aguardando un masaje en una sauna turca. No. ¡Eso no acababa de pasar! La furia le hizo hervir la sangre. Avanzó hacia ellos con los tacones repiqueteando enfadados contra el suelo de mármol del tribunal de justicia.

—Pero ¿qué crees que haces, Daniel? ¡Qué simio más egocéntrico! ¿Le has quitado el asiento a una embarazada? ¿Le has dicho que regresara a México también? ¿Te das cuenta de que te podemos demandar por esto? Tenemos testigos. —Señaló a la anciana.

El rostro de Daniel perdió el color, y la sonrisa se le cayó como una toalla húmeda. Se incorporó de un salto.

—Donna... No, yo jamás... No fui...

Eso era nuevo. Jamás lo había visto tartamudear de esa manera. Quizás debería hacerle acusaciones más seguido. Marta la miró con timidez.

—Donna, por mucho que disfrute de este espectáculo, el señor Gleason no me robó el asiento. La espalda me está matando. Necesitaba caminar.

Donna sintió el golpe de la mortificación como el impacto de una bola de nieve. Daniel se cruzó de brazos y volvió a ofrecerle esa sonrisa arrogante que le iluminaba el rostro.

—Y ahora ¿quién demandará a quién, Donna? Pero me siento generoso. Estoy dispuesto a olvidar los insultos si me dejas comprarte un trago cuando termine de derrotarte. Me encantaría ponerme al día contigo.

Donna tomó una profunda bocanada de aire. Se dio cuenta de que Daniel había conseguido lo que tanto había buscado. La sacó de quicio, la hizo sentir emocional y le demostró quién tenía control de la situación.

No, no le daría esa satisfacción. Era una excelente abogada. Se había graduado de Harvard. Tenía que enseñarle cuál era su lugar. Pero antes debía encontrar el valor. Todos la estaban mirando, incluso la anciana, que le ofreció una sonrisa tímida.

—¿Sabes qué, Daniel? No te dejaré ganar jamás. Te puedes meter el trago por la nariz.

Sabía que sonaba de lo más ridícula, pero la ira y la vergüenza la hicieron atragantar. ¿Por qué no se le daba bien lo de ser grosera?

Volvió la espalda hacia Daniel y, tras fingir que miraba los documentos de la demanda, salió de la sala de estar para entrar en el gran salón como una estudiante de secundaria. Por fortuna, el pasillo estaba vacío, y pudo respirar un momento.

—Disculpa... Eres Donna, ¿no?

Donna se dio la vuelta con las mejillas sonrosadas. La anciana con el tejido se encontraba de pie a sus espaldas.

—Sí. —Dio un paso hacia ella.

La mujer la estudió con la curiosidad de una científica. Tenía un acento que no lograba identificar.

—No pude evitar oírte. Al parecer, tienes problemas con los hombres fuertes.

Donna frunció el ceño.

—¡No tengo ningún problema con los hombres fuertes!

—Oh, claro que sí, querida. Te necesito en un sitio. No, me equivoqué. Hay un hombre que te necesita.

—¿A mí? ¿Como abogada? En general, represento a las mujeres frente a los hombres, así que...

La anciana sonrió.

—Exacto. ¿Me puedes sostener esto, por favor?

Le entregó el huso, y Donna notó que estaba tallado con ramas de árboles, serpientes y hojas entretejidas en un patrón sin fin. Se preguntó quién usaría un huso en la modernidad al tiempo que cerraba la palma alrededor de él.

El metal le produjo ardor en las puntas de los dedos como una taza de té caliente tras un día helado. Era frío y afilado. La sala de espera desapareció. Fue como si algo le hubiera succionado toda la sangre del cuerpo, miles de hachas le hubieran atravesado la piel y un horno le derretiera los huesos. Gritó de dolor, pero solo oyó el canto de un hombre, y comenzó a girar y girar como el huso dorado.

Y luego, no quedó más nada.

CAPÍTULO TRES

Vörnen, Noruega, 871 d. C.

A SIGURD le dolían los músculos de la espalda y los brazos. Tenía el cuerpo agotado, los puños envueltos en una cuerda y jalaba un poste que sería parte de la fortaleza. Estaba hecho con pino antiguo y era el doble de alto que él. El tronco estaba plantado en una zanja profunda.

Sigurd solo tenía un ayudante, Floki, que empujaba el poste desde el otro lado para ponerlo en posición vertical. Necesitaban al menos un hombre más para jalar de la sogá y otro más para ayudar a empujar.

Estaban construyendo una empalizada bajo un gigantesco arco de piedra que los dioses debieron haber tallado cuando crearon el mundo. Parecía que una fuerza invisible había pegado unas piedras de diferentes tamaños para formar una línea áspera entre las paredes de granito de la montaña y crear una puerta natural sobre el sendero de tierra que conducía a la aldea.

La empalizada debajo del arco protegería la aldea como parte del sistema de fortificación contra las amenazas del oeste. Por el norte, la aldea estaba protegida por las montañas, pero era vulnerable a los ataques por tierra del este. El lateral sur necesitaba la mayor defensa posible, porque limitaba con la playa, de donde provendrían todos los saqueos por mar.

El barro se pegó a las botas de Sigurd y le dificultó sostener el punto de apoyo. Hasta el momento, el poste iba ganando.

—¡Aguarda! —gritó Floki con el rostro rojo y las venas del cuello sobresaliendo.

Había sido trabajo arduo construir la fortaleza. La batalla a fines de verano del año anterior en contra de Fuldarr había acabado con la mitad de la población masculina. Sigurd esperaba que su padre estuviera comiendo con Odín en el Valhalla, porque había caído en batalla como un héroe y se había llevado a muchos enemigos con él. Por fortuna, Sigurd había salido victorioso, gracias a que su segunda línea de defensa dio vuelta la batalla a su favor. Fuldarr se había retirado con un tercio de sus barcos y con Vigdis.

Fuldarr no se recuperaría pronto de semejante derrota, pero la aldea de Vörnen tampoco. La batalla había durado muchas horas, y los había convertido en un blanco fácil para cualquier otro atacante. Gracias a los dioses, se había librado al final de la temporada de saqueos, de modo que nadie los había atacado. Pero ahora estaban en junio, y la mayoría de los vecinos estaban ocupados plantando los vegetales, el centeno y la cebada de ese año. Aún era demasiado

temprano para los saqueos. Pero tenían que terminar la fortaleza lo antes posible, y, sin dudas, antes del final del verano, porque de lo contrario se convertirían en una presa fácil para cualquiera que quisiera atacar. Lo que más lo preocupaba era el año siguiente, ya que de seguro Fuldarr lograría reunir un nuevo ejército para entonces.

La cuerda le ardió en la mano y crujió con suavidad. Tenía que jalarla porque, de lo contrario, el poste se caería encima de Floki. Si tan solo tuviera más hombres... Se llenó los pulmones de aire y rugió:

—¡Ahora! —Jaló de la cuerda hacia él, con la esperanza de que Floki empujara al mismo tiempo.

Asa, la esposa de Floki, apareció en el sendero con la cesta del almuerzo. Los ojos se le agrandaron como platos y, tras tirar la cesta en el suelo, salió corriendo hacia ellos. Tomó la cuerda detrás de Sigurd y jaló con él. Sigurd sintió que la cuerda se movía hacia ellos al mismo tiempo que el poste, pero gruñó:

—Pero ¿qué haces, mujer? Vete.

Ella lo ignoró y jaló con más fuerza. La punta del poste se alzó demasiado pronto. ¿Cómo era posible que una mujer fuera tan fuerte?

—¡Vete, Asa! —La voz de Sigurd sonaba alarmada. De seguro iba a cometer un error. No tenía ni idea de cómo hacer eso e iba a lograr que los mataran a los dos.

—Necesitas ayuda, *jarl* —lo contradijo apretando los dientes.

Sigurd sintió la ira como bilis cálida en el estómago. Había visto el tipo de ayuda que podían brindar las mujeres...

—¡Les prohibí a las mujeres que se acerquen a la fortaleza!

La ira le daba fuerzas que no sabía que tenía. Jaló de la cuerda, y el poste se alzó. Quedó en posición vertical durante un instante, pero luego perdió el equilibrio y cayó contra la pared izquierda con un estruendo. El arco por encima del sendero se quebró en la parte más delgada por el golpe, y, en consecuencia, se desprendió una lluvia de arena y piedras sobre el camino. Por fortuna, Floki se apartó de un salto, y el arco no se rompió.

—¡Qué mujer más tonta! —masculló Sigurd—. ¿Cómo vamos a construir la muralla cuando las piedras se nos pueden caer encima en cualquier momento?

Sigurd captó un movimiento y apartó la mirada al suelo, al lado de la zanja. Vio a una mujer recostada. El aire cambió, como si hubiera comenzado a irradiar calor de la tierra, pero luego desapareció. Freyja, la diosa del amor, yacía desparramada en el sendero, y su famoso cabello dorado estaba esparcido a su alrededor. Sigurd parpadeó. ¿Cómo había llegado allí?

En ese momento, el poste comenzó a deslizarse hacia el suelo. La fricción del tronco pesado contra la pared quebró el balance del arco partido, y una piedra del tamaño de la cabeza de un niño comenzó a desprenderse y caer hacia la mujer.

Todo sucedió en un instante efímero, pero Sigurd lo vio como si ocurriera ralentizado. Salió disparado hacia la mujer inconsciente y la levantó a tiempo. La piedra cayó en el punto exacto en el que había estado su cabeza. Todos contuvieron el aliento.

Sigurd la miró fijo. Era la mujer más hermosa que había visto. Tenía la piel perfecta, los párpados le destellaban con tonos de nebulosas doradas y los succulentos labios rosados parecían pedirle un beso. Tenía puestas las prendas más extrañas que había visto en toda su vida: un abrigo gris que le abrazaba la cintura y los brazos, de modo que no le quedaba demasiado espacio para moverse, una falda que se le aferraba a las caderas y le caía hasta las rodillas dejándole al descubierto unas hermosas piernas. En el talón de los zapatos, tenía unos palos afilados que podrían perforarle el ojo a un hombre. ¿Los utilizaría como armas?

En el cuello llevaba un delgado colgante de oro tan delicado que solo lo podrían haber confeccionado los enanos de las leyendas. Tenía unas perlas en los lóbulos de las orejas y un brazalete alrededor de la muñeca con un círculo blanco, unas diminutas runas alrededor del borde interno y dos flechas que las señalaban y parecían agujas de hueso. El brazalete hacía tictac, y una de las flechas se movía. No cabían dudas de que manos humanas no habían confeccionado esos objetos.

—Debe ser una diosa —susurró Sigurd.

Asa se le acercó.

—¿Está viva?

Sigurd le apoyó la oreja contra el abrigo que se encontraba cálido por el calor del cuerpo. Oyó el latido fuerte y asintió con la cabeza en respuesta. Recorrió a la mujer con la mirada para ver si se encontraba lastimada, pero parecía sana. De repente, tuvo una epifanía y miró a Asa y Floki.

—Los dioses deben haberla enviado para ayudarnos con la fortaleza.

Si bien no confiaba en las mujeres mortales, una diosa era un caso aparte. Los dos asintieron con la cabeza y abrieron los ojos de par en par para reflejar sorpresa. Quizás era una diosa que lo había favorecido. Quizás haría magia y le daría la fuerza que necesitaba para terminar la fortaleza antes del final del verano. Con la cantidad de hombres que tenía en ese momento, no tenían esperanzas.

—Bueno, *jarl*. —Asa se puso las manos como jarras—. ¿Qué vas a hacer con ella? Parece que está bien a primera vista, pero debería examinarla adecuadamente. Y tratarla, si es necesario. Pero imagínate lo que va a pensar si se despierta en un banco en mi casa con los pies de Floki en el rostro, caca de gallina por todo el suelo y los mugidos de las vacas de fondo. Ni siquiera debería dormir en un banco en tu gran salón.

—¿Por qué no? —preguntó Floki—. Fue lo bastante bueno para Vigdis toda su vida. Hasta los reyes duermen allí cuando están de visita.

Asa abrió los ojos aún más.

—¿Acaso quieres ofender a los dioses, Floki? —Sin aguardar respuesta, se volvió hacia Sigurd—. Tiene que estar en el mejor sitio de la aldea para sentirse honrada.

Sigurd sabía a dónde quería llegar Asa, pero no le gustó ni un ápice la idea de tener una desconocida en su cama. Diablos, cómo detestaba cuando las mujeres tenían razón.

—En mi recámara —concluyó—. Tienes razón, debería sentirse honrada. Necesitamos un milagro para terminar la fortaleza.

Sigurd tomó a la mujer en sus brazos como si fuera el tesoro precioso de un saqueo y comenzó a andar hacia la aldea. En donde le rozaba la piel, le cosquilleaba. Quizás, al final de cuentas no sería nada malo tener una diosa en su cama.

CAPÍTULO CUATRO

Alguien estaba respirando al lado de ella. Qué extraño. Debía tratarse de un sueño. No recordaba haber tenido una cita la noche anterior. De hecho, no recordaba demasiado, la mente le vibraba como un gong de meditación.

Qué bien. El sabor amargo de algo desagradable que le había ocurrido estando despierta le asaltaba las esquinas de la psiquis como un ladrón. Quería olvidarse del asunto y hacerlo desaparecer. Si ese era uno de esos sueños con un hombre a su lado, sería mejor que disfrutara de su compañía.

Abrió los ojos y vio la silueta de alguien que yacía de espaldas a ella. En efecto, se trataba de un hombre. Eso sí que era nuevo. Sus sueños eróticos solían comenzar más cerca de la acción y solían involucrar a un caballero, un pirata o incluso un samurái que se le acercaba para susurrarle algo dulce al oído, y la tomaba como si estuviera famélico y ella fuera su última comida. Estando despierta, detestaba a ese tipo de hombres. Pero en la privacidad de sus fantasías, solo los hombres fuertes y poderosos le hacían hervir el cuerpo.

Donna estudió la habitación en la que se encontraba. Estaba oscura, y la única fuente de luz provenía de las cuatro lámparas que colgaban en las esquinas. El techo de paja tenía una pendiente alta por encima de su cabeza. Varias espadas, escudos y hachas colgaban de los tablones de las paredes. Había tres baúles cerca de la puerta de madera, que tenía unos huecos que ofrecían muy poca privacidad, y no había ninguna ventana. El viento aullaba en el exterior, y el olor de la lluvia le llegó a la nariz. No era su departamento en Nueva York, eso era seguro. Qué fantasía más extraña.

Se giró a un lado, y las pieles le produjeron un cosquilleo en los tobillos. Se volvió debajo de la manta de piel. Tenía una especie de camisón de lino puesto. Parecía una prenda medieval.

Sentía curiosidad por qué tipo de hombre se le había ocurrido a su subconsciente en esta oportunidad. A juzgar por la habitación, era un vikingo... Estiró la mano hasta el gigantesco hombro y le recorrió la forma con los dedos. El hombre se removió y le golpeó la mano como si fuera una mosca. Donna frunció el ceño. «Uy, esto es demasiado real, ¿podemos endulzarlo un poco, por favor?».

Se acercó al hombre, le acarició el omóplato con la mano y fue bajando por los músculos de la espalda. Pero antes de llegar a las nalgas, que de seguro serían deliciosamente firmes y redondeadas, el hombre se volvió, la colocó contra el colchón y le acercó una daga a la garganta.

Donna soltó un jadeo al tiempo que la adrenalina le aceleraba el corazón. El hombre la estudió. Luego se le relajó el rostro y rodó sobre la espalda. Donna se aferró a la manta de piel bajo el mentón y se arrastró hasta la esquina más alejada de la cama.

—Diosa, eres tú —la voz del hombre resonó como el ronroneo de un león e hizo la daga a un

lado—. No se juega con un guerrero dormido.

Ni hacía falta que lo mencionara. Donna tragó con dificultad. Al tiempo que se le calmaba el latido del corazón, se dio cuenta de que la había llamado diosa. No había forma de que eso fuera real.

Lo observó. Era hermoso: tenía el cabello rubio oscuro, la barba corta y los ojos de color plomo. El aire zumbaba a su alrededor, y aunque no la estaba tocando, el aura de su presencia le producía un cosquilleo en la piel como la electricidad estática. Nadie jamás la había afectado de esa manera, ni siquiera Daniel. Eso bastaría. Donna soltó el aliento y se rio.

—Bueno, tú también me has asustado.

Mientras las palabras le salían de la boca, supo que había hablado en un idioma extranjero. Pero no tuvo ninguna dificultad a la hora de buscar las palabras para comprender al hombre. Ese sueño iba a ser divertido.

—¿Cómo te sientes? Has estado inconsciente desde ayer.

Al oírlo, frunció el ceño.

—¿De verdad? No recuerdo cómo llegué a este lugar.

—Te apareciste de la nada. Y te traje aquí. Espero que lo encuentres satisfactorio.

—Oh. —Donna le sonrió—. Claro que sí. ¿Cómo te llamas?

—Sigurd Randverson. Soy el *jarl*.

Donna se mordió el labio. Recordaba de la clase de historia que un *jarl* era como un conde. Y se encontraba en la cama con un *jarl* vikingo de lo más atractivo. La anticipación le calentó el cuerpo. Estiró la mano y le rozó el labio inferior con el pulgar. A Donna se le aceleró la respiración.

—Bienvenida. ¿Cómo te puedo llamar, diosa?

—Donna.

—Donna —pronunció el nombre como si fuera un dulce en la lengua. Le recorrió el cuerpo con la mirada, y le produjo un cosquilleo en la piel—. Mi hermosa diosa.

A Donna se le encendieron las mejillas, y las palabras la hicieron derretir como el caramelo al sol. La mujer de Nueva York que llevaba dentro ya se habría burlado de él y de ella misma por reaccionar de ese modo. Pero la mujer de Nueva York que llevaba dentro podía tomarse un descanso.

Donna le pasó los brazos por el cuello y se lo acercó con delicadeza. Su aroma la envolvió. Olía al océano, a pino y al almizcle de un hombre. Oh, con qué facilidad habría podido perderse por completo en él. Lo recorrió con las palmas hasta aterrizar en su torso musculoso cubierto por una mata de rizos rubios, mientras que él le recorría los antebrazos con los dedos y le masajeaba los músculos de los brazos. Sus manos la calentaron y la relajaron.

—Tienes una piel suave como la seda —le murmuró—. Esta no es la piel de una mortal. ¿Te quieres acostar conmigo, diosa?

¿Acostarse con él? Estaba lista para vender el alma con tal de pasar una noche con su compañía.

—Sí.

El hombre ladeó la cabeza y le selló la boca con un beso. Los labios firmes eran suaves y estaban llenos de necesidad al tiempo que se apretaban contra los suyos con suavidad. Le saboreó la lengua con la suya y se la acarició.

Le bajó las manos por las piernas y le jaló el camisón para quitárselo por la cabeza y dejarla libre de la prenda. La piel desnuda le ardió de deseo. Le dibujó círculos alrededor de los pezones, pero no se los tocó. Le produjo una ola de electricidad, y los senos le dolieron de placer. Donna

retorció el cuerpo contra el de él, impaciente de experimentar más de esa dulce fricción que la volvía maleable y cálida. Estiró la mano hacia sus pantalones, pero la detuvo.

La recostó sobre el colchón y le colocó los brazos por encima de la cabeza para mantenerlos en ese sitio con una mano y regresar a los senos y masajearse los con la otra mano. Donna arqueó la espalda y se apoyó contra su palma. Se mordió el labio inferior en el intento fallido de contener un gemido.

—Quiero que me supliques —le dijo con la voz ronca que le hizo eco en el pecho.

«Oh, no hará falta demasiado para eso...».

Bajó la mano por un lateral y la llevó a la entrepierna para provocarla con los dedos. Un roce del pulgar sobre el clítoris le arrancó un gemido. Cuando le deslizó un dedo largo en el interior húmedo, a Donna se le escapó un jadeo por la garganta. Acto seguido, sintió otro dedo que se deslizaba en su interior, y la excitaba más despacio de lo que había deseado, pero la envió a un mundo de dulce agonía que no sabía ni siquiera que existía.

—¿Te gusta esto? —Sigurd inclinó la cabeza para depositarle una línea de besos y lamerle el cuello con delicadeza antes de morderle el hombro.

—Oh... —Deliraba de placer. —Es el mejor sueño que he tenido.

Él continuó con la dulce tortura.

—¿Un sueño? Diosa, si esto es un sueño, entonces soy un enano de Nidavellir.

Ella estaba demasiado excitada y demasiado involucrada como para comprender esas palabras.

—Sí, sí, lo que digas... por favor, no te detengas. —Su cuerpo continuaba moviéndose en olas contra el suyo, pero él se quedó quieto.

—Donna, esto no es un sueño. Estás aquí, conmigo, en Vörnen, Noruega.

Eso era demasiado preciso. Abrió los ojos y lo vio ceñirse sobre ella con el ceño fruncido. Luego tragó con dificultad.

—¿En Vörnen, Noruega? ¿Y tú eres un *jarl* vikingo?

—Sí, un *jarl* nórdico.

Sintió una capa de sudor frío en la piel. ¿Y si no estaba soñando? Aún excitada, tomó consciencia de su desnudez. Se sacudió para quitarse las manos de debajo del brazo y se cubrió, pero él la volvió a acorralar contra la almohada y la empujó contra el colchón.

—Pellízcame —le pidió.

—¿Cómo has dicho?

—Si no es un sueño, me va a doler. Pellízcame.

—Qué lógica más extraña, diosa.

Él le pellizcó el lateral desnudo de la cintura, y le produjo un dolor intenso mezclado con un cosquilleo. Donna se congeló al tiempo que los recuerdos la arrasaban como una avalancha. Estaba en la corte de justicia. Recordó a Marta, a Daniel y a la anciana con el huso. «Hay un hombre que te necesita...».

Una ola de horror le recorrió la columna vertebral. Acababa de comenzar una situación sexual con un hombre al que acababa de conocer. Pero, más importante aún, ¿dónde estaba? ¿Estaba alucinando? Todo era demasiado real, y el pellizco de Sigurd le dolió. ¿Acaso la había secuestrado una cómplice de la anciana? No recordaba más nada luego de haber tocado el huso. ¿Se habría caído inconsciente? ¿Se habría golpeado la cabeza? No le dolía la cabeza. ¿Dónde estaba y qué le había pasado? Sentía una necesidad incontrolable de huir en busca de refugio que le tomó el mando del cuerpo y de la mente. Tenía que ver el exterior.

—¡Suéltame, bárbaro! —Se retorció como si su vida dependiera de ello, lo pateó y lo mordió.

Tenía que saberlo. Pero él era como una montaña.

—No, no te dejaré huir.

—No quiero huir. Solo necesito ver dónde estoy. ¡Suéltame!

Estaba mintiendo. Si debía hacerlo, huiría. Sin dejar de sostenerle los brazos, él se puso de pie.

—No creas que te dejaré salir de mi vista ni por un instante.

Donna asintió con la cabeza. Él la soltó y se dirigió hacia la puerta para bloquearla. Seguía desnudo de la cintura para arriba, y Donna se quedó sin aliento al verle el cuerpo poderoso. Era el hombre más magnífico que había visto en la vida.

Con la cabeza, señaló hacia uno de los baúles.

—Allí hay prendas para ti. Las que tenías puestas no son apropiadas para este clima. Quizás sean perfectas para tu mundo... —con el dedo, señaló el cielorraso—, pero aquí, te congelarás. Oculté las armas de tus zapatos en un sitio seguro. No puedo confiar en ti.

Donna quería reírse. ¿Acaso creía que los tacones aguja eran armas? Qué idea más ridícula.

Se puso de pie con la manta de piel envuelta en el cuerpo para cubrirse la desnudez y caminó hacia los baúles. Abrió el que él le había indicado y encontró una túnica larga de lino, un vestido rojo con unos broches y unos suaves zapatos de cuero.

—Date la vuelta —le dijo.

Él arqueó las cejas.

—Date la vuelta, Sigurd —insistió.

—No te apartaré los ojos de encima, diosa. Primero, porque no confío en ti aún y, segundo, porque no me privaré del placer de ver tu cuerpo desnudo en mi propia casa.

Donna soltó un gruñido.

—Pero ¿cómo te atreves a tratarme como si fuera tu propiedad?

Sigurd se limitó a soltar un bufido.

—¡Date la vuelta, pedazo de hemorroide!

—¿Pedazo de qué?

—No me cambiaré bajo tu mirada.

—Como quieras. Quédate desnuda para siempre.

Donna alzó el mentón e hizo la ira a un lado. Tenía que ver dónde estaba. Tenía que decidir qué era más importante: si su orgullo o descubrir la verdad.

—Oh, ¿qué importa? ¿Quieres verme desnuda? De acuerdo. Ya lo has hecho. Tengo que ver qué hay afuera.

Las pieles se cayeron en una pila pequeña a su alrededor. Sigurd tomó una profunda bocanada de aire, y Donna ocultó una sonrisa. Sin mirarlo, pero con las mejillas sonrosadas, se vistió. Las prendas se sentían suaves y agradables contra la piel, y los zapatos le iban un poco grandes, pero eran cómodos.

—Vamos —dijo.

Sigurd se puso una túnica y tomó un hacha. Le sujetó el codo, y ella lo empujó.

—¡No me toques!

Él se limitó a reírse.

—Eso no es posible, diosa.

Le tomó el brazo con más firmeza, abrió la puerta y la condujo a una sala gigante. Donna observaba todo con la boca abierta. La sala era oscura, espaciosa y alargada. Había una pequeña plataforma con un trono gigante de madera. El fuego ardía en un hogar que ocupaba el centro de la habitación. A lo largo de las paredes, había bancos con gente que dormía sobre ellos. Las

columnas estaban decoradas con patrones vikingos que le recordaron al huso dorado. Olía a heno, cerveza y madera. Todo parecía tan real, que le empezaron a temblar las manos.

Atravesaron las puertas del salón y salieron al exterior. Estaba amaneciendo, y Donna vio varias casas de madera a su alrededor. Más allá de la aldea, pudo ver la superficie de un fiordo suave, varios barcos vikingos anclados en el muelle y unas montañas que se alzaban como murallas a lo largo de las orillas. El aire era fresco y casi sabía dulce.

Al parecer, por algún milagro, se encontraba en Noruega, en alguna especie de aldea medieval. Si hubiera creído en la magia, habría llegado a pensar que había viajado en el tiempo...

No. Era imposible. Tenía que tratarse de algún tipo de recreación. Pero ¿cómo había llegado allí y cómo haría para regresar a casa? ¿Era una prisionera allí? Se le oscureció la mirada y la tierra se movió bajo los pies. Con la mano, buscó algo a lo que aferrarse y le sujetó el brazo.

Se volvió hacia Sigurd, que la miraba a los ojos, y la fuerza sólida de su mirada gris la calmó.

—Tengo que regresar.

CAPÍTULO CINCO

¿Qué acababa de decir que tenía que hacer?

La mano de Sigurd se puso rígida alrededor del codo de Donna, que parecía a punto de desmayarse, como si se encontrara en un sitio imposible. Había algo demasiado humano en esa reacción. En ese momento, no parecía para nada una diosa. Los ojos celestes reflejaban un ruego... así como también pánico y terror.

Sigurd apretó los dientes. Aún tenía los músculos empapados del sabor de su cuerpo contra el de él. No podía recordar haber deseado a una mujer tanto como la deseaba a ella. Todo lo que había sentido a su lado se aproximaba a lo divino. Había pensado que, por fin, los dioses le habían sonreído. Pero, si no tenía ninguna intención de encontrarse allí, ¿por qué los dioses se la habían enviado? Había dicho que tenía que regresar...

—¿A dónde?

—A Nueva York —respondió.

—¿Te refieres a Jorvik, en Northumbria, la ciudad que conquistó Ivar el Deshuesado?

Los ojos se le agrandaron aún más.

—¿Northumbria? ¿El reino antiguo que ya no existe? ¡Ya déjate de bromas! Todo el mundo ha oído de Nueva York.

Arqueó las cejas.

—Ya sabes, ¿Nueva York? ¿En los Estados Unidos de América?

Sigurd se rio.

—Tus palabras son más retorcidas que la barba enmarañada de Loki. ¿Dónde queda eso? Suena a un sitio en Irlanda, pero jamás oí hablar de él.

Donna gruñó exasperada y se miró el codo, que él seguía sujetando. Se debatió para liberarlo.

—¿Me puedes soltar? ¡Ni siquiera sabría a dónde correr!

Era pequeña, pero sabía dar batalla.

—¿Estás intentando tomarme el pelo, diosa?

Abrió y cerró la boca. Él sonrió. Inspirado por una idea, miró la pila de materiales de construcción que yacía al lado de la puerta alta de la casa. Había unas cuerdas y, sin soltarla, tomó una corta. Donna jadeó.

—¿No estarás pensando...?

Sin responderle, la atrajo hacia él, le soltó el codo y le envolvió los brazos con la cuerda que tenía en la mano. El cuerpo de ella quedó apretado contra él, y se le dilataron las pupilas y entreabrieron los labios. Su aroma dulce lo envolvió: olía a frutos del bosque, madera calentada al sol y aire fresco de la cima de la montaña... pero también a algo más: algo fuera de este mundo.

Sigurd le sujetó la cuerda por la cintura y le hizo un nudo. A ella se le agrandaron los ojos aún más, soltó un jadeo y comenzó a debatirse y empujarlo, pero él la mantuvo en su sitio. Tenía una cintura demasiado estrecha y frágil. El recuerdo de la piel sedosa bajo los dedos lo hizo tragar y sentir una descarga de deseo en el cuerpo.

—No te alejarás ni un paso de mí —le dijo con la voz ronca.

La soltó, y se tambaleó como si acabara de perder el equilibrio.

—¿Acaso soy una suerte de esclava para ti? ¡Suéltame de una vez! ¿Cómo te atreves?

Donna no podría parecer una esclava por más que lo intentara. En realidad, parecía la diosa de las tormentas, con las mejillas sonrosadas y los ojos destellando como relámpagos. Hasta parecía haber crecido en tamaño.

Pero no podía actuar en función de sus deseos. Tenía que construir la fortaleza, y tenía que saber si podía utilizar a la diosa de alguna manera. Sin decir más nada, caminó sobre el sendero de tierra hacia el arco y jaló de ella a sus espaldas. Sin embargo, ella clavó los pies en el suelo como una cabra terca.

—¿A dónde me llevas?

—Al arco de piedra donde apareciste. O el arco o tú tienen poderes especiales, y voy a averiguar la verdad.

Donna dejó de luchar. Sigurd miró hacia atrás y la vio observando todo con la boca y los ojos abiertos. Estaba pálida y apenas veía por dónde andaba. Pero si estaban pasando por delante de otras casas, ¿qué tanto había que mirar? ¿Quizás los tallados expertos de Floki sobre las vigas? Floki había tallado su diseño personal, que distinguía a la aldea de Vörnen de otras. Si bien eran dignos de admiración, Donna estaba mirando todo como si esperara que los troles y los gigantes de Jötunheimr salieran por las puertas y de detrás de las esquinas de las casas. Aún era temprano, de modo que solo había unas pocas personas que habían comenzado con las tareas matutinas del día.

—¿Estamos en un plató cinematográfico? —le preguntó.

—¿Un qué?

—¿Por qué las personas van vestidas como si estuviéramos en la época medieval? ¿Dónde están los postes de electricidad? ¿Por qué las casas no tienen ventanas? Y esos barcos... —señaló los *drakkars* que se encontraban en la playa, detrás de la fortaleza en construcción—. Tiene que haber alguna explicación lógica. ¿Acaso son parte de un culto? ¿O son una de esas comunidades como los *amish* pero en Noruega?

Sigurd frunció el ceño. Algunas de las palabras que decía no tenían ningún sentido.

—¿Estás intentando hacer un hechizo, diosa?

—¡Ya deja de tratarme de diosa, por favor! Déjame pensar. Soy una persona racional. Estaba en la corte de justicia con mis clientas y Daniel, y luego vi a la anciana... Aguarda. Acabas de decir que aparecí de la nada. Debajo de ese arco, ¿no? ¿Qué ocurrió exactamente?

¿Corte de justicia? ¿Clientas? Era como si fuera de otro mundo.

—Floki, su esposa Asa y yo estábamos construyendo la empalizada. Un poste se cayó sobre el arco, y luego apareciste.

Se acercaron al arco, que se encontraba a unos pasos de distancia de la última casa, oculto detrás de la arboleda. La piedra que casi la había matado aún yacía en el suelo, y Sigurd señaló en esa dirección.

—Allí es donde apareciste ayer.

Donna miró el arco con los ojos abiertos como platos.

—Pero está en el medio de la nada. Hasta el fiordo está alejado, de modo que no pude haber

llegado por mar. Hay algunos árboles alrededor, así que un helicóptero no podría haber aterrizado. ¿O me dejaron caer? Pero no siento dolor en ningún lado. ¿Cómo pude haber aparecido sin más?

—¿Un helicóptero? ¿Qué tipo de dragón habría montado la diosa? Sigurd buscó algún indicio de magia que pudiera estar experimentando al encontrarse cerca del arco. Pero la única magia que sintió fue el latido acelerado de su corazón gracias a su presencia.

—¿Sientes algo?

—Siento que me estás lastimando. —Jaló de la soga alrededor de la cintura.

Sigurd le aflojó un poco el nudo, y los dedos se le derritieron al rozarle el cuerpo. ¿Por qué tendría ese efecto sobre él? Ardía por ella. Eso no era nada bueno. No podía concederle que tuviera ese poder sobre él. Tragó con dificultad e insistió.

—Pero ¿nada de magia? ¿Puedes alzar la piedra en el aire?

Donna soltó un bufido.

—¡Ay, pero por favor!

Se alejó de él hacia la piedra, y Sigurd se sintió desilusionado de que se hubiera apartado de su lado. Caminó alrededor de la piedra con pasos llenos de gracia y las curvas suaves moviéndose debajo de las prendas. La cuerda se alargó, pero él jaló de ella hacia él, y ella lo fulminó con la mirada.

Aunque Sigurd la había llevado allí, no quería que se acercara a las piedras. ¿Y si desaparecía de la misma manera en que había aparecido? O, peor aún, ¿y si tomaba una piedra para golpearlo mientras dormía?

—¿Qué estás buscando?

—No lo sé. Cualquier señal de una explicación lógica. Como una mordaza con cloroformo. Una puerta oculta. Una caja espejo. —Se paralizó y alzó la mirada para verlo—. Aguarda. ¿Has dicho que Asa se encontraba contigo? ¿Es anciana? ¿Tiene un huso dorado?

—¿Hablas de un huso de oro? Asa no tiene suficiente riqueza como para tener semejante tesoro. Ni siquiera yo tengo oro ya.

Un *jarl* necesitaba tesoros para mantener la lealtad de sus guerreros. Sigurd había entregado todo su oro para retener a los últimos guerreros fuertes luego de que su padre se enfermara, y, desde entonces, no había participado de ningún saqueo. El oro se había acabado, y solo le quedaba plata, que también desaparecía a paso acelerado mientras les pagaba a los hombres que le quedaban. Solo podía esperar que estuvieran en condiciones de saquear el año siguiente, cuando hubieran terminado de construir la fortaleza. Todos esos inconvenientes se debían a la traición de una mujer...

Sigurd frunció el ceño, algo de lo que había dicho Donna le llamó la atención. Un huso de oro. Una anciana... ¿Podría tratarse de...?

—¿Dónde viste a la anciana con el huso?

—En un tribunal de justicia en Nueva York. Se me acercó para decirme que había un hombre que me necesitaba y luego me pidió que le sostuviera el huso de oro. Tenía unos patrones tallados y parecían como los de las columnas de aquí. Estaba tejiendo una bufanda con un árbol.

—¿Un árbol? ¿Podría tratarse del Yggdrasil, el fresno del universo? El único ser que tiene un huso de oro es una de las tres nornas.

—¿Las tres nornas? ¿Quiénes son?

—Son quienes tejen los destinos de las personas y de los dioses. Definen cuándo nacemos, cuándo morimos y todo lo que nos pasa. Un escaldo visitó la aldea cuando mi padre aún era *jarl*, y con una de sus canciones nos contó la leyenda en la que las tres nornas tenían un huso de oro,

uno de plata y uno de bronce.

Donna frunció el ceño. Sigurd echó un vistazo hacia el arco. Siempre le había parecido más que una extraña colección de piedras apiladas juntas. Tenía que serlo. Ahora deseaba tener un sacerdote o una bruja en la aldea, que supiera de *seidr*, el arte de la magia y la hechicería. Ellos sabrían más acerca del arco.

Pero hasta Sigurd, que no era ningún hechicero, podía sentir algo poderoso más allá de las palabras en esas piedras. De modo que no le sorprendió que alguien como ella apareciera allí. Cuando completaran la fortaleza y recuperaran la fuerza como reino, sería el sitio perfecto para una arboleda sagrada. A los dioses les encantaría el arco. A la norna de seguro también le encantaba si había enviado a Donna allí.

Donna negó con la cabeza y se volvió para caminar hacia el arco. La cuerda se estiró, y Sigurd se sintió como un trol que acababa de atrapar un pez. Jaló de ella. No quería que tocara las piedras sagradas. El arco podría ser el portal por el que había llegado.

—No te acerques.

Donna se apretó las manos exasperada, pero lo miró con recelo.

—¿Por qué no?

—Porque yo te lo digo.

—No me creo estas tonterías. Soy una abogada de Nueva York, por el amor de Dios. No existen ni las nornas ni la magia.

Pero, a medida que hablaba, las palabras se le iban apagando. Sigurd se cruzó de brazos. ¿No creía en la magia? Mentía. La sujetó del codo y la hizo girarse para enfrentarlo.

Su rostro era una máscara de furia, tenía los senos apretados contra él y le hacía sentir calor en los músculos como el hidromiel más fuerte. La tenía tan cerca que inhaló el aroma dulce de su aliento. La necesidad de besarla le hizo dar vueltas la cabeza.

—Me importa un rábano lo que creas. Estás aquí porque el ser más poderoso de todos los mundos te quiere aquí. Conmigo. Ahora. ¡Así que deja de comportarte como una necia confundida y haz algo con la fortaleza!

CAPÍTULO

SEIS

—¡N o puedo!

Donna no se había sentido de ese modo en toda su vida. La incredulidad ante la única explicación lógica, que era imposible, le desgarró la mente como una fiebre elevada. La montaña del cuerpo de Sigurd y su rostro lleno de furia la intimidaban a pesar de sus intentos de sentirse fuerte y llena de confianza. Tenía los músculos duros de él apretados contra el cuerpo y hacían que se le acelerara el corazón y le vibrara la piel con la más dulce anticipación. Se encontraba tan cerca de ella, que, si quisiera, podría besarla. Pero que la condenaran si permitía que volviera a ocurrir eso. Tenía que encontrar la manera de regresar. Tragó con dificultad.

—No soy una diosa. —No podía creer lo que estaba a punto de decir en voz alta—. Soy una mujer común y corriente. Del futuro.

Mientras oía sus propias palabras, le soltó un bufido contra el rostro. Él parpadeó, y Donna soltó una risita al verlo perplejo y comprender lo absurdo que era soltar un bufido en el rostro de un vikingo gigante y la ridiculez de los pensamientos que se le pasaban por la cabeza. Y así, de repente, rompió a reír sin poder controlarse. Estaba histérica. De tanto reírse, se le tensó, le dolió y se le estremeció el vientre. Daba por seguro que había perdido la razón.

Sigurd la soltó y se limpió el rostro con la palma sin dejar de fruncir el ceño. Donna se dobló al medio intentando recuperar el aliento y calmarse, pero no pudo contener más carcajadas.

—¿Has terminado?

Donna respiró hondo para recuperar la compostura y asintió con la cabeza.

—Lo siento. —Con el dedo índice hizo un movimiento circular y le señaló el rostro.

En respuesta, recibió un gruñido.

—¿Por qué no estás perdiendo la cordura, Sigurd? Suena de lo más descabellado. Es lo más irracional que he dicho en toda mi vida.

Sintió el peso de los ojos de Sigurd en ella.

—Una mujer del futuro. —Le recorrió el cuerpo de arriba abajo con la mirada y, a pesar de sí misma, sintió una ola de calor y un cosquilleo en la piel—. ¿Cómo lo sabes?

La pregunta era tan ridícula que casi se atragantó.

—Las hachas, las casas de madera, la falta de electricidad, el modo en que van vestidos, los barcos, la tecnología... —señaló el poste que yacía en el suelo—. Todo esto es medieval. Además de que, por arte de magia, comencé a hablar y entender noruego... o lo que fuera el equivalente en esa época. —Frunció el ceño—. En esta época.

¿Quién iba a decirlo? Estaba debatiendo para el lado opuesto.

—¿En el futuro utilizan zapatos como armas?

Ella se rio.

—No, solo para caminar. Es un tema de belleza. El mundo es un lugar más pacífico dentro de mil años. Bueno, relativamente. La mayoría de las personas no necesitan armas. Mi madre y yo...

Oh, no. Su madre. Debía de estar muerta de preocupación. ¿Y quién iba a ayudar a las cuatro clientas de Donna? Su madre no podía lidiar con sus propios casos más el de ella, que era el más importante que había tenido su pequeña firma.

—No me crees, ¿no?

—Oh, claro que te creo. Las nornas son capaces de eso. Debe ser Skuld —le dijo, y Donna comprendió que era un nombre que significaba «lo que debería ser»—. Es la que rige el destino a través del tiempo. Lo que no entiendo es por qué te escogió a ti.

Donna arqueó las cejas. El hecho de que le creyera sin cuestionarla la estremeció, y lo recorrió con la mirada en busca de alguna señal de que estuviera bromeando. Un hombre moderno dudaría de sus palabras, pero él no era un hombre moderno. Eso le resultó como otro clavo en el ataúd de su esperanza.

—¡No lo sé! Se equivocó. No tengo ni idea de cómo ayudarte. ¡Pero necesito regresar, Sigurd!

—No puedes.

Las palabras la golpearon como piedras.

—¿Cómo has dicho?

Sigurd frunció el ceño.

—No hay forma de regresar si una norna te quiere aquí.

A Donna se le tensó el pecho. ¿No había forma de regresar? A pesar de que estaba al aire libre, se sentía atrapada en una caja de zapatos. A menudo, se sentía al borde de un ataque de pánico cuando se encontraba en espacios chicos, en elevadores o en el metro. Había lidiado con eso desde los cuatro años.

Una vez, Donna se había despertado en el medio de la noche con unos gritos y golpes de muebles contra las paredes. Su madre había estado discutiendo con su novio de ese entonces, Joseph, que era un fiscal en el prestigioso despacho de abogados en el que trabajaban ambos. A Donna se le había acelerado el corazón y había salido disparada hacia la puerta para buscar a su madre, pero la puerta estaba cerrada. Vivían en un departamento antiguo con puertas que tenían el pestillo del lado de afuera. Sin que su madre lo supiera, a su novio le gustaba cerrarle la puerta de su habitación con el pestillo para que no los molestara cuando se quedaba a dormir. Donna había pasado el resto de la noche acurrucada en un ovillo, con las manos pegadas a las orejas y los ojos cerrados para no escuchar ni ver cómo las paredes de la pequeña habitación en Manhattan se le venían encima. Muchos años después, Donna se enteró de que esa noche, Joseph le había contado a su madre que lo habían ascendido a socio minoritario.

Encontrarse atrapada allí se sentía como esa noche para Donna. Las manos le temblaban, y el pecho le empezó a doler. No. No podía tener un ataque de pánico. No en ese momento.

—Necesito regresar, Sigurd. Hay gente que depende de mí. Cuatro mujeres y sus hijos podrían perderlo todo... y probablemente acabar en la calle.

A él se le tensaron los músculos del mentón, pero señaló la zanja.

—Si no acabamos de construir la fortaleza, toda la aldea podría morir. Y estás aquí para evitar eso, aunque solo seas una mujer. Quizás si vienes el futuro, eres diferente. Así que disculpa, pero no tengo ninguna prisa por enviarte de regreso.

Donna soltó un jadeo.

—¿Solo una mujer? ¿Hablas en serio? Y, disculpa, ¿cómo es eso de que estoy aquí para

evitar que toda la aldea se muera?

—Estoy construyendo una fortaleza alrededor de la aldea. Tengo que terminarla antes de que acabe el verano, pero no estamos avanzando lo suficientemente rápido. ¿Qué puedes hacer? ¿Eres obrera?

Donna le echó un vistazo al poste.

—No.

—¿Sabes algún oficio?

—No.

—¿Al menos puedes luchar?

—Tomé una clase de defensa personal con una mujer brutal que tenía el rostro quemado. Y practico *krav magá* dos veces a la semana.

—¿Y en el *krav magá* se usan espadas y hachas?

—No.

—Entonces no nos ayudará en una batalla. ¿Cómo ayudarás?

Donna miró alrededor. Observó la zanja, el poste caído y el arco. La desesperación le hizo sentir los pies pesados y las manos débiles.

—¡No lo sé! Pregúntale a la norna.

—¿Y qué es lo que haces en tu época?

¿Siquiera tenían el concepto de abogacía los vikingos?

—Protejo los derechos de las mujeres que son maltratadas, que sufren a manos de los hombres, sus empleadores o el gobierno.

—Pero qué ridiculez. Si alguien le hace daño a una mujer, es el derecho y la obligación del marido, del padre o de los hermanos vengarla. Pero no es la tarea de otra mujer. Además, no se le puede confiar algo tan importante como la ley a ninguna mujer mortal. ¿Qué puedes saber al respecto?

La ira le ardió en el cuerpo, y Donna tomó una profunda bocanada de aire para calmarse. Se recordó que esa era una época de lo más salvaje.

—Pues, te informo que en un poco más de mil años, las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres. Bueno, oficialmente. Porque en la práctica a menudo las tratan como en tu época.

Sigurd se le acercó, y contuvo el aliento. Con las manos le desató el nudo de la cuerda alrededor de la cintura y le produjo unas olas de electricidad en toda la piel.

—No me sirves para la fortaleza. Mantente fuera del paso. Considerando que atravesaste el arco, debe ser el portal. Quizás puedas regresar por él. Tendremos que reconstruirlo porque es una parte importante de las defensas, no por ti. Y luego, si te quedas o te vas, no me puede importar menos. Pero no te atrevas a tocar nada. Mantente ocupada con tareas femeninas: ayudando en la cocina y limpiando. No hables con nadie. Regresa a la casa. Si tienes hambre, puedes comer. Si necesitas aliviarte, puedes usar la dependencia externa.

Donna soltó un jadeo de todos los insultos. Tareas femeninas... Mantenerse fuera del paso... ¡Como si fuera una esclava!

Sigurd se alejó hacia la aldea y la dejó sola.

—Regresa a mi recámara al atardecer. Aún no he terminado contigo allí —le arrojó por encima del hombro.

CAPÍTULO SIETE

Donna se quedó de pie un momento abriendo y cerrando la boca sin emitir ni un solo sonido. La ira y la conmoción le hervían en el estómago como una tetera, pero había algo más, algo que se prohibió sentir. Los músculos internos le palpitaron cuando la imagen del cuerpo desnudo de Sigurd sobre ella le invadió la mente.

No. ¡No! No podía actuar sobre esos sentimientos. Si bien no podía negar que se sentía atraída hacia él, Sigurd y ella no tenían ningún futuro juntos. Él era exactamente el tipo de hombre del que había decidido mantenerse alejada desde Daniel. Y, más importante aún, no pertenecía a esa época y tenía que regresar a la suya. ¿Una abogada de Nueva York con un vikingo? Le pareció un disparate, pero el pensamiento no le sonaba tan absurdo como hubiera querido.

«¡Ya deja de pensar en él y pon manos a la obra!». Aunque Donna sabía que probablemente sería en vano, se acercó al arco y apoyó las manos sobre él. Las piedras estaban frías, ásperas y apagadas. Se obligó a cerrar los ojos con la esperanza de abrirlos en Nueva York, pero no ocurrió nada. «Maldición». De verdad estaba atrapada allí.

Miró alrededor y el pecho se le estrechó como si se lo apretara un tornillo de banco. Sintió como si los árboles comenzaran a ceñirse sobre ella como lo habían hecho las paredes en su habitación en Manhattan y corrió hacia la aldea.

Los habitantes estaban despiertos, la gente estaba ocupada con sus tareas matutinas y tenían expresiones serias. Los hombres caminaban hacia los laterales de la aldea, seguro para continuar construyendo la fortaleza. Las mujeres guiaban a las vacas, las ovejas y las cabras a los pastizales chasqueando la lengua y los niños las ayudaban cargando heno, vegetales y algunos baldes con agua. Las gallinas cacareaban, y los gansos graznaban. El olor a estiércol pendía en el aire dulce, pero no era molesto. Por algún extraño motivo, le resultaba reconfortante.

Desde la distancia, Donna vio a Sigurd salir de la casa. Esperaba que la viera, pero se alejó caminando hacia el centro de la aldea armado hasta los dientes con un escudo, un hacha de batalla y una espada. Se veía glorioso, como un jefe militar antiguo.

Al verlo, se quedó sin aliento. ¿A dónde iría? Si Donna quería regresar, el arco tenía que estar reparado. Y, para eso, necesitaba que Sigurd hiciera algo ya mismo, y no cuando le viniera en gana. Determinada, lo siguió.

Sigurd se había detenido en una pequeña plaza donde una decena de niños y adolescentes se enfrentaban unos a otros con escudos, hachas y espadas de madera. Sigurd gritó: «¡Muro de escudos!», y todos se acercaron para construir tres filas de escudos. A Donna se le tensó la garganta al pensar en esos adolescentes, esos niños, entrenando para la guerra. Sigurd ladraba órdenes, y ellos se agrupaban y reagrupaban, o se enfrentaban entre ellos y a él, que los corregía,

los elogiaba y, con el entrenamiento, los hacía amararse. Todos lo miraban como si fuera un dios. Y tenía el aspecto de uno. ¿Quién era el dios de la batalla? Thor, ¿no? Bueno, bien podría haberlo sido Sigurd.

Por primera vez desde que había llegado, tuvo un momento para pensar y preguntarse qué tipo de hombre era. Sin dudas, sería un gran guerrero, un hombre fuerte y un buen líder si le importaba tanto su gente como para arriesgarlo todo para construir la fortaleza. Trabajaba con sus propias manos junto a su gente. Le había dicho que había estado construyendo la empalizada con Floki y Asa cuando se apareció allí. Y ahora, estaba tomando cuidado personal para asegurarse de que esos niños tuvieran una posibilidad contra cualquier enemigo que los amenazara. Parecía un buen hombre. El corazón se le ciñó y se le expandió cierta calidez por todo el cuerpo. No, no debería albergar esos sentimientos. Todo eso era bueno, pero él seguía siendo discriminador, terco, arrogante...

Alguien la tomó de la muñeca y la hizo dar vuelta. Un vikingo que no había visto antes se ciñó sobre ella. Era más joven y más bajo que Sigurd, así como también menos corpulento. En el rostro tenía una expresión de curiosidad violenta que le hizo cerrar la garganta de temor.

—¿Eres la diosa que se cayó del cielo ayer?

Donna intentó liberar el brazo, pero el hombre era fuerte como un buey. Debería darle una patada en el trasero, pero no quería que la situación escalara.

—¡Suéltame!

Llevaba una túnica hecha en casa, más vieja que la de Sigurd, y apestaba a sudor.

—No pareces una diosa. Pareces la mujerzuela de Freyja.

Donna soltó un jadeo, y se le erizó el vello de la nuca y los brazos. Él la jaló contra su cuerpo.

—Será mejor que vengas conmigo —le susurró al oído—. Cumplirás tu destino.

Ya era suficiente. Donna perdió la paciencia y alzó el brazo que le estaba sosteniendo. El nórdico perdió la ventaja con la extremidad tan alta. Se valió de su confusión, le sujetó la muñeca con las dos manos, le torció el brazo en una línea derecha y lo hizo volverse de espalda hacia ella. Luego le tomó el brazo derecho y se cayó de rodillas al suelo gruñendo de dolor.

—¡Por los gusanos en el cráneo de Loki! —Donna oyó la voz de Sigurd tronar a sus espaldas.

Echó un vistazo hacia atrás y vio a Sigurd con una expresión de conmoción en el rostro que le resultó invaluable. Practicar defensa personal y *krav magá* había sido beneficioso. Si podía obligar a un vikingo a arrodillarse, podría lidiar con lo que sea que esa pesadilla de viaje en el tiempo tuviera en puerta para ella.

—Geirr, has puesto las manos sobre la mujer de otro hombre. Pero veo que no necesita que ningún hombre la proteja.

A Donna le cosquilleó la piel ante la mirada de respeto en los ojos de Sigurd.

—¡Suéltame, bruja! —gruñó Geirr—. *Jarl*, no sabía que tenía dueño.

Sigurd se detuvo a su lado.

—Tiene dueño. Soy yo.

Donna se quedó sin aliento. Un estremecimiento prohibido la recorrió entera. Sus palabras sonaban tan mal y primitivas, pero, por todos los cielos, quería arrojarse en sus brazos y mostrarle cómo le pertenecía.

—Suéltalo, Donna. No te hará daño. Nadie te hará daño.

Soltó a Geirr, que se puso de pie para observarlos por debajo de las cejas pobladas. Sigurd asintió con la cabeza.

—¿No deberías estar en la fortaleza?

El hombre dio un paso hacia atrás y desapareció detrás de la esquina de la siguiente edificación. Sigurd hizo que Donna se volviera. Se ciñó sobre ella como la montaña se ceñía sobre el fiordo con los ojos del mismo tono de gris. Sin embargo, no reflejaban deseo como Donna había esperado en secreto. Por el contrario, estaban llenos de furia.

CAPÍTULO OCHO

Por Odín y Thor, ella sí que era un problema.

Había pensado que quizás las mujeres del futuro serían diferentes, más dignas de confianza. Era evidente que les habían dado más responsabilidades. Pero una pequeña mujer como Donna había hecho que uno de sus mejores guerreros se arrodillara ante ella con unos pocos movimientos efectivos.

Sigurd estaba furioso. No solo con ella, sino también con él mismo. Debería haber sido más cuidadoso, debería haberla encerrado y asignado centinelas que se aseguraran de que no anduviera caminando por la aldea confundiendo a los hombres, creando caos y distrayéndolo. Sin embargo, no tenía hombres de sobra ni tampoco tiempo que perder.

Donna se encontraba de pie a su lado con los ojos bien abiertos. Los labios succulentos y jugosos como cerezas maduras le rogaban que los besara. Su aroma lo envolvió.

Le había dicho a Geirr que le pertenecía. En ese momento, lo que más quería hacer era adueñarse de ella. Tomarla y hacerla suya, hundirse en su aroma como se sumergía en las aguas del fiordo y olvidarse de todo en sus brazos hasta encontrar el alivio en su profundidad.

Sigurd tragó con dificultad y alzó la mirada para distraerse. Necesitaba controlarla y regresar a trabajar en la fortaleza. Avanzó hacia el gran salón y la jaló tras él.

—Te he dicho que no hables con nadie.

A Donna se le abrieron los ojos de par en par.

—¡Él se me acercó! Me sujetó y...

Sigurd gruñó.

—Te dije que fueras a la casa. Que te quedaras ahí y no salieras.

Llegaron al gran salón, y Donna comenzó a debatirse, pero él la condujo hacia la recámara ignorando las miradas llenas de curiosidad que les dirigían los esclavos.

Cuando llegaron a la recámara, Donna se liberó el brazo y giró para enfrentarlo, con los ojos celestes llenos de furia en la oscuridad de la habitación.

—¡Eres peor que un dictador! No tienes ningún derecho a decirme qué hacer. ¿Y qué es eso de que eres mi dueño? Nadie... escúchame bien, ¡nadie es mi dueño! Me pertenezco a mí misma. Soy mi propia dueña. Soy...

Sigurd no comprendía ni la mitad de todo lo que decía. ¿Dictador? ¿Qué era eso?

—Tengo derecho a hacer lo que me parezca adecuado contigo. Estás bajo mi protección.

Donna lo fulminó con la mirada y se cruzó de brazos. Por Freyja y Frigg, sus labios se veían de lo más tentadores.

—Sé de utilidad y ayuda con la cocina y la limpieza como te dije.

Ella alzó el mentón.

—¿Y también quieres que te caliente la cama?

Él tragó con dificultad y miró al objeto en cuestión, que estaba lleno de pieles suaves y se veía de lo más apetecible.

—Sí, también quiero que calientes mi cama.

Donna tomó una profunda bocanada de aliento.

—Te puedes ir olvidando de eso.

Sigurd dio un paso hacia ella. ¿Acaso se iba a oponer a todo lo que decía?

—No creo que pueda. —Le llevó la mano al rostro para recorrerle la curva suave de la mejilla.

Tenía la piel de una diosa. Ninguna mujer que hubiera conocido tenía esa piel. Mientras la acariciaba, ella abrió los dulces labios. Podía decir lo que quisiera, pero estaba tan afectada como él.

Antes de que la voz en su cabeza pudiera rugirle que se detuviera y se alejara, bajó la cabeza hacia ella. Necesitaba reclamarla antes de que creara más caos. A pesar de que se convenció de eso, sabía que no era más que una excusa. El verdadero motivo era que sus labios rozaron los de ella, y ella le dio la bienvenida como si él fuera una parte de ella perdida hacía mucho tiempo. Soltó un gemido apenas audible, y apretó el cuerpo contra él. Sigurd inhaló su aroma mientras la devoraba con la lengua y el dulce sabor de su boca lo hacía desearla aún más.

La levantó en sus brazos y la llevó hasta la cama. Se sentó en el borde, se la acomodó sobre el regazo y la hizo girar para que le envolviera las piernas por las caderas. Le apretó el cuerpo contra el suyo y sintió sus senos suaves, su vientre y su calor. Se miraron a los ojos que reflejaban el deseo y la voracidad que ambos sentían. Pero los de ella también albergaban la sombra de la duda. No, ya no habría nada de eso. Ni pensamientos, ni preguntas, ni dudas.

Le cubrió los labios con los suyos antes de que no hubiera retorno y la duda se apoderara de ella. Le pasó una mano por el cabello mientras permitía que la otra le recorriera la columna vertebral, le acariciara la redondez del trasero y se moviera por el muslo antes de deslizarla por debajo del vestido y rozarle la rodilla. Los dedos le recorrieron la piel aterciopelada.

Se sentía como una diosa, pero sabía que era solo una mujer... y qué mujer más obstinada. Le tomó el cabello en la mano y le echó la cabeza hacia atrás para dejar el cuello al descubierto y besárselo devorándole hasta el último centímetro de piel. Luego llegó a un punto debajo de su oreja y, cuando se lo mordió con delicadeza, Donna soltó un gemido de placer. Estaba conectada con él, no sabía cómo, pero sentía que lo que deseaba y lo que la haría sentir bien. Y estaba feliz de dárselo.

Sigurd le deslizó las manos por las caderas para sostenerla al tiempo que se ponía de pie. Se volvió hacia la cama y la arrojó sobre el colchón antes de unirse a ella. Tenía los labios llenos, la boca entreabierta y los párpados entrecerrados. Sigurd se inclinó sobre ella, y el colchón se hundió a ambos lados de sus hombros. Cuando se arrodilló entre sus piernas, la oyó soltar un gemido, y así las piernas quedaron abiertas a su merced. Donna se mordió el labio, echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos. Sigurd bajó aún más y la clavó en el colchón. Le sujetó las muñecas con una mano y le acomodó los brazos por encima de la cabeza para acabar lo que habían comenzado esa misma mañana.

Donna se retorció un poco y se frotó contra él. La volvió a besar, y gimió contra su boca. Sigurd estaba completamente apoyado contra ella, y Donna podía sentir el miembro duro que le palpitaba contra el sexo. Le devoró la boca con la suya. Como si tuviera mente propia, su cuerpo comenzó a frotarse contra ella.

Sigurd le abrió los broches y le recorrió la pierna con la mano antes de volver a sujetarle el

vestido. Se apartó un momento para quitárselo por la cabeza. Contempló el cuerpo blanco leche que yacía debajo de él, los senos llenos, la cintura delicada y las caderas redondeadas. La piel... oh, cielos, esa piel... el triángulo de vello marrón claro en la entrepierna...

Sigurd soltó un gruñido. Y luego le sorprendió sentir las manos de ella en su cintura, jalando de su túnica en el intento de quitársela. Alzó la mirada hacia ella, que le susurró:

—¿Por qué tienes que hacer todo el trabajo?

La túnica cayó al suelo. Luego los dedos llegaron a la cuerda que le sujetaba los pantalones y le rozó la piel del estómago, cerca de la erección. Sigurd sintió una mezcla de electricidad y pánico, y se le estremeció el miembro. Jamás permitía que una compañera de cama le diera placer oral. No podía darle semejante control a una mujer. Tenía que proceder con cautela. ¿Qué iba a hacer?

Lo tocó con sus dedos y le produjo una intensa ola de placer. Sigurd apretó los puños e intentó recurrir a todas sus fuerzas para no arrojarle sobre ella y tomarla. La dejó explorarlo, recorrer su longitud y jugar con ella, pero supo que no duraría mucho. ¿Acaso sabía lo loco que lo volvía?

Donna alzó la mirada para verlo y se humedeció los labios al tiempo que se movía para bajar. Sigurd se alarmó y le colocó las manos sobre las de ella, que lo miró sorprendida mientras él volvía a llevarse las palmas al pecho.

Se imaginó su miembro en la boca de ella, su lengua provocándolo, deslizándose arriba y abajo, y se endureció aún más. Pero no lo iba a permitir. Solo sería eso: una fantasía.

La volvió a empujar sobre la cama y le apoyó el cuerpo contra el de ella, abriéndole las piernas mientras le depositaba un sinfín de besos en el cuello.

Se apartó un poco para mirarla antes de deslizarse en su interior. Estaba muy húmeda y cálida y era muy estrecha. Donna echó la cabeza hacia atrás mientras la penetraba y soltó un gemido de placer por lo bajo. Por Freyr, era tan hermosa que era difícil de creer que fuera una mortal.

Cuando quedó completamente dentro de su centro estrecho, tuvo la extraña sensación de haber llegado a casa. Si no hubiera estado tan excitado, se habría detenido. Pero no podía. Lo único que podía hacer ahora era moverse.

Se hundió en su interior y se retiró. Al principio se movía despacio, pero luego más rápido. Ella le pasó las piernas por la cintura para acercárselo aún más y hacerlo sentir como si fueran un solo ser. Luego gimió, gritó de placer y le rogó que no se detuviera jamás.

—No tengo ninguna intención de hacerlo —le aseguró con un gruñido.

Se llevó un pezón a la boca y lo succionó al tiempo que arqueaba la espalda para brindarle mejor acceso.

Sigurd se fue moviendo cada vez más rápido, sabiendo que pronto llegaría a la cima del placer. A pesar de que no quería que eso acabara, ella también estaba cerca del orgasmo.

Con unas embestidas más, la sintió estremecerse y respirar entre jadeos al tiempo que soltaba los gritos de éxtasis más dulces que había oído. Lo hizo llegar al orgasmo y se derramó en su interior adueñándose de cada uno de sus rincones.

Mientras colapsaba encima de ella tras el orgasmo más intenso de su vida, Sigurd sintió los pechos que subían y bajaban al unísono y el cuerpo sedoso en sus brazos. Y, por primera vez, no quiso dejar ir a una mujer.

CAPÍTULO NUEVE

Cuando Donna se despertó a la mañana siguiente, Sigurd se había marchado, y la cama le enfriaba la piel sin su calor. El día anterior, había experimentado lo que sin dudas había sido el mejor sexo de toda su vida. Su cuerpo se sentía satisfecho y vivo, como si cada célula del cuerpo se le hubiera despertado tras un largo período de sueño. Mientras se estiraba, un ritmo tranquilo y primitivo le latía en el pecho y le daba fuerzas y energía. No podía creer que hubiera cedido ante Sigurd, pero si lograba regresar a Nueva York, recordaría esa experiencia como una pequeña aventura, como algo que solo ocurría una sola vez en la vida.

Oh, cierto. Nueva York. Su hogar. Tenía que encontrar la manera de regresar. El pensamiento la hizo regresar al presente y comenzar a vestirse.

¿Acaso Sigurd seguía en alguna parte del gran salón? Donna abrió la puerta y pasó la mirada por el enorme gran salón, pero no lo vio. Debía de estar en la fortaleza. Vio mujeres con prendas sencillas que hacían las tareas del hogar: cocinaban frente al hogar, barrían el suelo o cosían. Todos cumplían con las reglas tradicionales del género. Donna negó con la cabeza, pero se recordó que esa no era su batalla. Por fortuna, vivía en el siglo XXI.

Cuando se acercó a una mujer que estaba cortando zanahorias y las arrojaba a un caldero que olía a estofado, se le hizo agua la boca. El estómago le rugió, y la mujer alzó la mirada para verla.

—Oh, diosa. —Hizo un ademán hacia un sitio en el banco al lado de ella—. Te ves mejor. ¿Quieres comer?

Donna frunció el ceño.

—No soy ninguna diosa.

La mujer la recorrió con la mirada. Tenía el rostro curtido, rojo y seco, y unas arrugas profundas. Sin embargo, los ojos hablaban de una persona joven, y el cabello le brillaba como el oro.

—Es cierto que pareces una mortal.

Donna se rio.

—Y, como mortal, te puedo asegurar que estoy famélica y muerta de sed. ¿Dónde puedo encontrar algo de comer?

La mujer miró alrededor de la habitación.

—¡Hilde! Tráele algo de comer a nuestra invitada. Y no te olvides del hidromiel.

Una joven con el cabello corto y prendas que le recordaron a una bolsa de patatas, asintió y se dirigió hacia el extremo opuesto de la sala.

—Me llamo Asa. —La mujer volvió a cortar las zanahorias—. ¿Cómo te llamas?

—Donna. ¿Tú eres la Asa que me vio aparecer en el arco?

—La misma. ¿Cómo llegaste aquí? El *jarl* cree que has venido a ayudarnos con la fortaleza.

Donna tragó con dificultad. ¿Qué querría Sigurd que supiera la gente de ella? ¿Qué sería seguro compartir con Asa, que parecía de lo más amigable?

—Es una larga historia.

Asa arqueó las cejas, pero no insistió, y Donna se sintió agradecida por eso. Miró alrededor. Notó que muchas mujeres trabajaban, y algunas parecían charlar mientras hacían sus tareas sin prisa. No había ni un solo hombre en el gran salón.

Hilde se le acercó con un cuenco y una taza de madera que olía a miel. Donna le agradeció y bebió el hidromiel. Era refrescante y delicioso. Dulce y frío, con una nota leve a alcohol. Chasqueó la lengua al sentir las pequeñas burbujas que le subieron por la garganta. La cabeza le zumbó. Comenzó a comer, pero la comida, una combinación de queso y yogur con avena, no le pareció demasiado apetitosa. Estaba algo salada y acre. A pesar de eso, era comida.

—¿Por qué no hay suficiente mano de obra? —preguntó Donna con la boca llena.

Asa se quedó petrificada con el cuchillo en la mano y luego reanudó la labor despacio.

—El ataque del año pasado acabó con la vida de muchos. Al menos la mitad de los hombres murieron, incluyendo al antiguo *jarl*. Pero el enemigo se retiró con el rabo entre las piernas. Y ahora cada uno de los hombres está trabajando en la fortaleza. Tenemos prisa de terminarla antes del final del verano para que la próxima temporada de saqueos tengamos protección contra nuestro mayor enemigo, aunque contemos con menos personas.

Donna sintió escalofríos en la columna vertebral. Esa era una época muy dura. Si bien la guerra, la muerte y la violencia aún desgarraban países y comunidades enteras en su propia época, hasta ese momento las había experimentado desde la distancia y a través de la televisión o las redes sociales. No se podía imaginar que la mitad de la población masculina de Brooklyn muriera de repente como les había ocurrido a los hombres de esa aldea. El pecho se le estrechó.

—Déjenme adivinar. Sigurd no emplea a mujeres para que trabajen en la fortaleza.

Asa miró a Donna a los ojos.

—No.

Donna se puso de pie, y una idea le iluminó el ánimo. Oh, ¿así que Sigurd no quería que las mujeres ayudaran? Pero no tenía suficientes hombres, y algunas mujeres no parecían tener cosas importantes que hacer.

—Pero les podría pedir ayuda a ustedes, ¿no? Eso le daría suficiente mano de obra, ¿no?

Asa la miró de reojo.

—Sí, claro.

Donna sabía por qué la norna la había enviado allí. La abogada especialista en casos de discriminación que llevaba dentro prácticamente cantó. Ella luchaba por la igualdad de derechos para las mujeres, y Sigurd las estaba discriminando.

—Asa, ¿por favor, puedes reunir a las mujeres aquí?

Asa frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque he venido a ayudar con la fortaleza.

Asa entrecerró los ojos y luego una sonrisa le dibujó unos hoyuelos en las mejillas. Asintió con la cabeza y dejó el cuchillo sobre la tabla de cortar. Luego caminó por la habitación y llamó a todas las mujeres al tiempo que señalaba a Donna. En breve, todas se reunieron alrededor de ella. Debía de haber alrededor de unas treinta mujeres. Algunas habían venido de afuera, y todas la miraban con curiosidad.

A Donna se le estremeció el estómago. ¿Y si se equivocaba? ¿De verdad estaba asumiendo

que podía intervenir en la vida de los aldeanos? Era una forastera, alguien de otra época. Pero sí. Si podía aportar un cambio positivo, tenía que hacerlo. Se aclaró la garganta y se imaginó que se encontraba delante de un jurado, porque en general les caía bien a los miembros de los jurados.

—¿Cuántas de ustedes quieren ver a sus familias y vecinos sanos y salvos?

Todas las mujeres asintieron con la cabeza y cruzaron miradas mientras intercambiaban comentarios de aprobación entre susurros.

—¿Cuántas de ustedes creen que los hombres no lograrán terminar la fortaleza antes de la próxima temporada de saqueos?

A las mujeres se les agrandaron los ojos de temor, y las voces sonaron más fuertes.

—El *jarl* Sigurd necesita más manos. ¿Acaso el trabajo en las defensas no es más importante que refregar esa olla hasta sacarle brillo? ¿Sería tan malo dejar que el suelo acumule un poco de polvo si eso significa que sus hermanos, sus maridos y sus hijos estarán vivos el año que viene?

Miró alrededor de la sala y se detuvo a observar los ojos a cada una de las mujeres.

—Tengo una sugerencia. Todas las que tengan algunas horas de más para ir a ayudar a los hombres a construir la fortaleza, vengan conmigo.

Las mujeres guardaron silencio.

—El *jarl* Sigurd nos prohibió tocar la fortaleza —le dijo Asa.

—¿Y les ha dicho por qué?

—Dijo que las mujeres no pueden hacer tareas importantes bien.

Donna negó con la cabeza.

—¡Sigurd se equivoca! ¿Las mujeres no pueden hacer cosas importantes? ¡Mírense! ¡Es lo que hacen todo el día! Cocinan, cuidan a los niños y los animales, se aseguran de que todo esté en orden... Me gustaría ver a los hombres sobrevivir un día sin todo el trabajo que ustedes hacen.

Todas murmuraron.

—Si no los ayudamos, no lo hará nadie. Y si no lo hace nadie, no habrá alguien a quién proteger.

Asa asintió con la cabeza.

—Tienes razón, Donna. Tenemos brazos fuertes. Cada una de nosotras puede ayudar mucho. Somos más que todos los hombres. El *jarl* debe verlo.

Las mujeres asentían y celebraban. Donna sonrió.

—¡Vamos! Asa, muéstranos el camino.

Caminaron por la aldea hacia el fiordo y fueron llamando a todas las mujeres que vieron en el trayecto para que se les unieran. Para cuando llegaron a la fortaleza que estaba al lado de la playa, se habían duplicado en número.

Los hombres estaban ocupados. Llevaban postes, cortaban ramas de los árboles, cavaban zanjás y afilaban troncos para hacer postes que clavarían en esas zanjás. La empalizada estaba cubierta de barro, y los postes que estaban incrustados en el suelo en un ángulo preciso le daban soporte por detrás. Una torre de observación de madera se encontraba a unos pocos metros a la izquierda, pero no tenía techo.

Cuando los hombres las vieron, detuvieron lo que estaban haciendo y las miraron con el ceño fruncido. Donna continuó avanzando.

—Asa, ¿quién está a cargo?

Asa señaló a un hombre.

—¡Thorsten! Hemos venido a ayudar con la construcción.

—¿Y el *jarl* ha aprobado esto? —preguntó el capataz al tiempo que se acercaba a ellas.

—El *jarl* necesita ayuda, y eso es lo que le daremos —repuso Asa.

Thorsten dudó unos instantes y arrojó varias miradas hacia la empalizada.

—El *jarl* me va a despellejar.

—Qué bueno, así entonces no tendrás que ver cómo violan y asesinan a tu esposa y tus hijas. El rostro se le ruborizó y se le agrandaron los ojos. Donna intervino.

—Solo danos las tareas más simples.

Él la observó unos instantes y, al final, asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Si la diosa lo cree, quizás el *jarl* cambie de parecer. Ustedes cinco corten las ramas de esos troncos. Ustedes tres afilen los bordes de esos postes. Amba, toma a seis mujeres y traigan barro y heno para mezclarlos...

Todas las mujeres asintieron y se apresuraron a seguir las órdenes de Thorsten. Los hombres las observaron con expresiones serias.

Asa y Donna se acercaron a dos guerreros que estaban de pie al lado de un poste y se pusieron en posición para levantarlo con ellos. A la cuenta de tres, lo alzaron, y el esfuerzo las dejó sin aliento. Estaba agradecida por las clases de *krav magá* que le brindaban fuerza y resiliencia.

El tiempo se pasó volando, y cuando oyeron el rugido de Sigurd cortar el aire, Donna se estremeció. Estaba cargando otro poste con tres mujeres más, pero se detuvieron con cautela y lo apoyaron en el suelo.

Donna se volvió. Los ojos de Sigurd recorrían la construcción con el ceño fruncido y las fosas nasales dilatadas. Oh, se veía glorioso con esa expresión amenazadora, esos músculos y esa pasión; le hizo sentir un estremecimiento en todo el cuerpo. De repente, la miró a los ojos, y la hizo sonrojar. Cuando él avanzó a grandes zancadas en su dirección como si fuera su presa, ignoró el impulso de darse la vuelta y correr a esconderse. Al detenerse delante de ella, la observó como si no existiera más nada ni más nadie, como lo había hecho la noche anterior estando en su interior. Donna entreabrió los labios al tiempo que el deseo de que la tomara le recorría las venas como lava.

—Que Loki me lleve al Helheim, ¿qué es todo esto? —gruñó Sigurd, y Donna tragó con dificultad.

¿Por qué era tan alto? Era demasiado difícil luchar contra él cuando se ceñía sobre ella de ese modo. Sin embargo, alzó el mentón.

—Vinimos a construir...

Él se acercó incluso más hacia ella, que se retiró un paso, pero al final los dos quedaron a medio centímetro de distancia, y el calor de su cuerpo le calentó la piel.

—¿Qué te dije? ¡No pongas un pie afuera de la casa! ¡No hables con nadie!

—¡Ay, si pudieras, me prohibirías todo! Pero estás convencido de que he venido a ayudarte a terminar la fortaleza a tiempo. —Hizo un ademán a su alrededor—. Allí tienes. Mi ayuda.

Sigurd la tomó del brazo, y el roce le produjo una ola de deseo en todo el cuerpo.

—Esto no me ayuda. Las mujeres no pueden construir una fortaleza.

Donna liberó el brazo, y una parte de ella se desilusionó de no sentir más el contacto. Pero solo una parte pequeña, porque estaba siendo de nuevo un patán obstinado, y solo lograría que todos acabaran muertos. Tenía que detenerlo. Con el dedo señaló la fortaleza.

—Pues es justo lo que están construyendo.

¡Si tan solo lograra verlo! Desde que las mujeres se habían unido al equipo de trabajo, el número de postes se había triplicado, la empalizada estaba cubierta con barro y los trabajadores más habilidosos no tenían que hacer tareas simples y podían comenzar a trabajar en el techo de la torre de observación.

Sigurd le mostró los dientes.

—Ahora hay que volver a revisar una y mil veces todo, y quizás hay que rehacerlo. Has duplicado la cantidad de trabajo para los hombres.

Donna soltó un jadeo. Sintió el impulso de asestarle una patada.

—¿Estás bromeando? Hemos hecho cosas simples... ¡Cualquiera puede hacerlo!

—¿Cuántas fortalezas has construido, Donna? ¿O tú, Asa? ¿O cualquiera de estas mujeres? Ninguna. —Se volvió hacia la construcción—. Se acabó. ¡Las mujeres no ayudarán más! Si una de ustedes toca la fortaleza, terminarán exiliadas de mi reino. ¿Me oyen? ¡Exiliadas! —Se volvió hacia Donna—. Y tú. —La perforó con la mirada, y el estómago le dio un vuelco—. Esta noche, lamentarás lo que has hecho.

CAPÍTULO DIEZ

Sigurd soltó un gruñido de furia y frustración de camino a la recámara tras un arduo día de trabajo. Era bueno que hubiera hecho trabajo físico todo el día porque de lo contrario iba a necesitar buscar pelea de lo mucho que anhelaba castigar a alguien. Esa mujer terca lo volvía loco. Casi había organizado una resistencia abierta contra él. Pero, a pesar de todo, no pudo evitar admirar que se las hubiera ingeniado para poner a Asa y Thorsten de su lado y convencer a casi todas las mujeres de la aldea de actuar en contra del *jarl*. No se podía negar que tenía agallas. Agallas, cerebro y lengua. Ansiaba enseñarle una lección, pero la recámara estaba vacía.

La desilusión lo golpeó como un puñetazo en el vientre, y luego la preocupación lo hizo fruncir el ceño. ¿Dónde estaría? Salió al gran salón, pero no la vio por ningún sitio. Oyó unas risitas y gemidos amortiguados que provenían de rincones oscuros y supo que los guerreros se estaban divirtiendo con las esclavas en los bancos. Tanto las criadas como otras esclavas limpiaban el gran salón luego de la cena. No podría haber regresado a su época, ¿no?

Sigurd sintió un nudo en el estómago. ¿En dónde se habría metido ahora? Si uno de sus hombres quería repetir el error de Geirr... Apretó tanto los dientes y los puños que le dolieron los dedos. A la vez sintió que un calor abrasador le recorría el cuerpo de imaginársela en los brazos de otro.

Se aseguró de tener el hacha colgando del cinturón y salió al exterior. Seguía estando claro; los días de comienzos de verano duraban tanto como la canción de un escaldo sin talento. Recorrió la aldea casi llamándola a todo pulmón. Cuando la posibilidad de que se hubiera marchado se tornó demasiado real, el estómago se le retorció y una capa de sudor gélida le cubrió la piel. Aceleró el paso hasta casi trotar y cada vez que miraba detrás de una casa, se le aceleraba el pulso de la anticipación de encontrar su silueta. Pero cada vez que no la veía en el lugar esperado, el pecho se le ceñía aún más hasta el punto de causarle dolor.

Al cabo de un tiempo, terminó en la playa. A través de la parte que la empalizada no oscurecía, vio una silueta que miraba el agua. Era ella. La reconoció en la distancia. Lo inundó un profundo alivio y comenzó a respirar con más facilidad. Luego se acercó a ella y se detuvo a su lado.

—Te estaba buscando —le dijo pasados varios instantes.

—Oh, ¿y creíste que me encontrarías calentándote la cama?

Sigurd apretó los dientes.

—Es lo que te dije que hicieras.

Ella se volvió hacia él con el rostro tenso de ira.

—¿Ah, sí? Y, por supuesto, debo obedecer. ¿Por qué?

¿Era extraño pensar que se veía gloriosa estando tan enfadada? Los ojos le brillaban, tenía los labios suculentos apretados y las mejillas sonrosadas. Si hubiera tenido una espada en la mano, podría haber parecido Brunilda, la legendaria doncella escudera.

Tuvo que reprimir el instinto de tomarla en sus brazos y cubrirle la boca con la suya. Se volvió a mirarla. ¿Le había preguntado por qué debía obedecerlo? Bueno, era obvio.

—Soy el *jarl*.

—No eres mi *jarl*. No eres nadie para mí. —A pesar de que las palabras eran ciertas, le dolieron. Ella continuó—: Oh, aguarda. Claro que sí. ¡Debo obedecerte porque soy una mujer!

Sigurd la estudió. Sonaba como su hermana. Vigdis a menudo se había quejado de que, si hubiera sido un hombre, ya hubiera participado de saqueos, negociaciones y cazas con reyes y *jarls* y de que hubiera recibido su propio barco.

Apretó los puños. Se encontraba en la misma playa en la que había descubierto la traición de Vigdis. La misma playa en la que su padre y muchos grandes guerreros habían perdido la vida por culpa de ella. Y ahora Donna... con las mismas palabras y la misma actitud.

Se pasó los dedos por el cabello.

—Una mujer —escupió—. De hecho, sí eres una mujer. He aprendido del peor modo que no se puede confiar en ellas. Creí que eras distinta porque la norna te había enviado a mí. —La recorrió con la mirada—. Pero estaba equivocado.

El dolor y la confusión le hicieron hacer una mueca.

—¿Cómo has dicho?

—Lo único que quieres es poder, ¿no? Quieres tener voz y voto en la gran mesa, tomar decisiones y gobernar.

—¿De qué hablas? Quiero tomar decisiones acerca de mí. Quiero estar a cargo de mi vida. Quiero igualdad de derechos con los hombres. Y que no me traten como si fuera una propiedad.

Sigurd negó con la cabeza.

—Y ¿qué estás lista para hacer para ganar esos privilegios?

Podía oír el veneno en su propia voz, que sonaba como la serpiente de Midgard, que se enroscaba alrededor del mundo. Donna lo estudió con el ceño fruncido.

—No deberían ser privilegios. Y estoy dispuesta a luchar por ello. A no darme por vencida.

—A traicionar, apuñalar por la espalda, mentir...

Sigurd cerró la boca antes de poder decir algo más que le abriera la herida. Gruñó. La ira y el dolor le hervían en la garganta y amenazaban con derramarse de él en un maremoto. Donna lo observó con los ojos abiertos de par en par.

—¿Apuñalar por la espalda y mentir? Jamás... —Guardó silencio un instante, y él casi deseó que continuara, que le sacara la información como un diente podrido—. No estás hablando de mí, ¿no?

Su voz lo acarició como una piel. La ternura le daba más poder que cualquier fuerza. Tragó un nudo doloroso.

—No.

—¿Qué ocurrió?

La miró buscando la última excusa que lo empujara por el abismo y lo hiciera hablar. El deseo de contarle todo acerca de la experiencia más dolorosa de su vida le dolía como una vieja herida de batalla. ¿Por qué sentía que podía confiar en ella? ¿Por qué quería compartir ese dolor con ella? Quizás porque era una forastera. Y parecía una diosa. O quizás había algo en ella que le iluminaba el mundo y se lo llenaba de esperanza. Lo miraba como si estuviera esperando su siguiente paso. En sus ojos, vio un dolor que se parecía al suyo. Eso lo hizo soltarse.

—Mi hermana se casó con nuestro enemigo en lugar de negociar la paz. Le confié esa tarea, a pesar de que mi padre siempre me dijo que no confiara en las mujeres. Como no quería creer que tenía razón, me resistí. Creí que quizás solo era él, que era su punto de vista anticuado. Mi padre solía decir que no podía depender de mi madre para nada. Tenía una salud débil y a menudo se encontraba en cama en lugar de administrar el hogar. Había perdido muchos embarazos, y él quería muchos hijos. Durante mucho tiempo, fui el único niño que tuvieron. A pesar de eso, creo que la amó. Le prohibió tener más hijos porque temía que muriera, y ella le prometió que no lo haría, que tomaría hierbas. Pero quería ser una buena esposa. Y una buena esposa le da muchos hijos a su marido.

Hizo una pausa y respiró hondo antes de seguir.

—Una vez, cuando mi padre se encontraba lejos, un comerciante adinerado vino a la aldea. Los vi en la lavandería... en esa época creí que estaban luchando. Pero al poco tiempo de que se marchó, mi madre comenzó a sentirse mal, como le ocurría siempre antes de que se le hinchara el vientre. Cuando mi padre regresó, se puso furioso con ella. No lo sabía entonces, pero ahora entiendo que rompió la promesa que le había hecho. Y se había embarazado de otro hombre, aunque esa parte él nunca la supo.

Sigurd echó un vistazo al fiordo, y se vio flotando en un bote de pesca con su padre. Recordó cómo Vigdis y él habían corrido en esa playa de niños juntando piedras. Recordó los *drakkars* que llegaban con velas de diferentes colores. Solía contener el aliento de anticipación ante la llegada de los invitados que traían anécdotas y mercaderías de otras tierras. Todo eso había desaparecido porque había confiado en las mujeres.

—Mi madre murió dando a luz a Vigdis.

Se volvió a mirar a Donna a los ojos, que los tenía abiertos de par en par y llenos de emociones.

—Mi hermana le provocó la muerte a mi gente. Mi padre murió en la batalla, al igual que la mitad de los hombres de nuestra aldea. Fui un tonto al confiar en ella. Todo fue mi culpa porque fui yo quien la envió a hablar con Fuldarr. Mi padre tenía razón: no se puede confiar en las mujeres.

Sigurd se volvió hacia el fiordo. A pesar de las palabras amargas, estaba sorprendido de sentirse bien luego de haber soltado todo el veneno, que era como pus en una herida podrida. El secreto del nacimiento de su hermana lo había carcomido y le había corroído la fe y la confianza.

Donna estaba tan inmóvil que bien podría haber sido una estatua. Tenía los ojos abiertos, pero no miraba el fiordo. Era como si estuviera debatiéndose con su propio dolor interno. El aire estaba quieto y reinaba el silencio. En esa tranquilidad, la voz de ella le pareció un hechizo.

—Decir que ninguna mujer es digna de confianza es como decir que todos los gatos son negros.

Sigurd se rio. Sentía el corazón liviano, y tenía una sensación de paz en el pecho, como si los pulmones se le pudieran expandir en su totalidad por primera vez en años. Donna le apoyó la mano cálida en el antebrazo y le produjo una descarga de fuego. Por todos los cielos, tenía un efecto muy poderoso sobre su cuerpo. Quería tomarla en ese lugar y en ese momento, por equivocado que fuese.

—Puedes comenzar confiando en mí —le sugirió—. Soy una mujer.

Sigurd deseaba poder hacerlo.

Ese día había organizado a las mujeres como él jamás lo había hecho. A pesar de que les había gruñido y las había echado, había visto todo el buen trabajo que habían hecho. La construcción de la fortaleza había avanzado un montón gracias al trabajo de ellas. Donna no tenía

malas intenciones, ¿no? Si la norna se la había enviado, debía de estar allí para ayudarlo. Porque los dioses querían que tuviera éxito.

Además, era una forastera. Había algo muy diferente en ella... Y, aun así, era como si una parte de él la hubiera conocido toda su vida. Quizás desde antes también. Tenía que saberlo. Se volvió hacia ella y se la acercó al tiempo que la envolvía en sus brazos. Sintió como si perteneciera allí.

—¿Puedo confiar en ti?

Donna entreabrió los labios. Estaba tan afectada como él, pero asintió con la cabeza.

Sigurd tragó con dificultad.

—Muéstramelo.

CAPÍTULO ONCE

Las palabras de Sigurd le resonaron en los oídos. Quería que le mostrara que podía confiar en él. La estaba poniendo a prueba. Y quería que ella diera el primer paso.

A Donna se le aceleró el pulso. A pesar de que Sigurd acababa de abrirle el corazón, no era el único atormentado. Sus palabras habían revuelto sus propios demonios, las máximas de su vida. A Sigurd lo habían lastimado mucho las mujeres más importantes de su vida. Al igual que los hombres la habían lastimado a ella y a su madre. A lo mejor, Sigurd y Donna no eran tan diferentes al final de cuentas. Tragó con dificultad.

Mientras le recorría el cuerpo con las manos a través de la túnica, sintió los músculos duros debajo de las yemas. Se le aceleró el aliento, y el pecho se le infló y desinfló más rápido. El aroma masculino de su cuerpo la volvió loca.

Le pasó las manos alrededor del cuello y se maravilló de lo alto que era al tiempo que se ponía en puntas de pie para besarla. Cuando sus labios se rozaron, una ola de deseo la recorrió. El sabor de su boca la hizo querer saltarle encima, pero también le quiso mostrar ternura. Ese hombre fuerte acababa de abrirle las heridas más profundas a ella. Heridas con las que estaba demasiado familiarizada.

Y ahora le respondía con una dulzura similar a la de ella. Le apretó la boca con delicadeza, pero pronto profundizó el beso, y le deslizó las manos por la espalda. Le hizo sentir dicha en toda la piel. La lengua le separó los labios y se hundió en su interior, la acarició, le hizo dar vueltas la cabeza como un carrusel y le hizo olvidar la existencia del mundo.

Le pasó los dedos por el cabello sedoso, y él la envolvió en sus brazos cuando le depositó un beso delicado en los labios, la barba y los pómulos. Fue bajando por el cuello, sintió el latido violento del pulso, descendió por el colgante del martillo de Thor, que parecía una parte integral de él, y llegó al pecho.

Sin embargo, no la dejó continuar. Le apoyó las manos en las nalgas y la alzó en el aire como si no pesara nada. Donna le envolvió las piernas por la cintura.

—Te quiero solo para mí —le gruñó Sigurd mientras comenzaba a caminar por la costa para alejarse más de la aldea hacia el sotobosque que rodeaba la playa de gravilla, detrás del último *drakkar* encallado.

La dejó cerca de unos arbustos, que los protegían de la aldea y creaban una pared acogedora. Solo existían ellos, el fiordo, las montañas y el cielo.

Donna le desató los lazos del abrigo de pie y lo dejó caer sobre la playa. Sin dejar de mirarse a los ojos, permitió que alzara los brazos para quitarse la túnica y dejar al descubierto ese poderoso cuerpo. El corazón se le aceleró y le pasó los dedos por los músculos del pecho hasta llegar a su estómago. Al acercarse a la línea de los pantalones, lo oyó inhalar profundo. Comenzó

a depositarle besos suaves en el rastro que dejaban los dedos y se maravilló ante la belleza y la fuerza que emanaba de él. Adoró su cuerpo y lo amó con cada caricia.

Sigurd le enterró las manos en el cabello y se le petrificaron al sentir los labios de ella cerca de la línea de los pantalones. Comprendía que eso de dejarla tomar el liderazgo debía de ser nuevo para él. Pero en esta ocasión, a diferencia de la noche anterior, no la detuvo. A Donna se le infló el pecho hasta que casi le dolió.

—Estás en buenas manos —le susurró contra el ombligo, y se movió para arrodillarse delante de él sobre el abrigo que se había quitado antes.

Rodeados por las montañas que se alzaban hasta el cielo como murallas, con el espejo del fiordo y el bosque que los envolvía, con el mundo a su alrededor detenido y silencioso, sus palabras sonaron como un hechizo, como una promesa, y a Sigurd se le relajaron los dedos. A pesar de que apenas lo pudo percibir, el gesto se lo dijo todo.

Le desató los pantalones y los dejó caer. La erección salió disparada en toda su gloria. Le dio un beso en la punta y lo oyó gemir al tiempo que se estremecía.

Comprendió cuánta confianza estaba depositando en ella y lo frágil que era el hilo que los conectaba. Ese poderoso vikingo que podría sofocarla hasta la muerte y quebrarle los huesos si así lo deseaba, el guerrero que jamás se separaba de su hacha, estaba al mando de muchos hombres y protegía a toda su aldea, estaba estremeciéndose frente a ella y le mostraba su vulnerabilidad. Solo a ella. Y le estaba dando su confianza.

Le depositó otro beso húmedo en la punta de la erección, y lo volvió a sentir estremecerse. Eso también era nuevo para ella. En algunas ocasiones había practicado sexo oral, pero jamás lo había disfrutado porque siempre se había sentido inferior y utilizada. En cambio, ahora se sentía todo lo opuesto: poderosa, amante y generosa, como una diosa. Tenía un vikingo estremeciéndose a la espera de su siguiente movimiento. Era fuerte y frágil.

—Eres el hombre más magnífico que he visto en mi vida —le susurró y lo oyó contener el aliento. Luego le cerró los labios alrededor de la punta y lo albergó con delicadeza en la boca para darle la bienvenida con la lengua.

Lo oyó gruñir y sintió cómo se le tensaban los músculos de las caderas bajo los dedos. El miembro se le hinchó y le palpitó mientras se lo succionaba, y Sigurd soltó un gruñido. Alentada por esa reacción, se lo introdujo más y lo succionó con más fuerza. La sensación de la piel aterciopelada deslizándose en su boca y la dureza contra la lengua le encendió un calor en las venas que parecía fuego líquido.

—¿Qué me estás haciendo? —masculló apretando los dientes.

Ella se limitó a gemir contra su miembro.

—Tu boca... —Comenzó a embestirla con suavidad.

Donna lo albergó más y comenzó a succionarlo más rápido y más fuerte, ebria del poder que tenía sobre él y del placer que le estaba dando.

—Oh, Freyja... oh, dioses... —gimió—. No dudaré mucho...

Donna casi sonrió contra él. Quería que lo tuviera todo, quería mostrarle que estaba lista para dar sin querer nada a cambio. Pero él se tensó.

—Si no te detienes, voy a acabar, así que será mejor que te detengas ahora.

Donna se limitó a acariciarle toda la longitud con la lengua en respuesta. Sigurd jadeaba y gruñía sin decir nada. Aceleró las embestidas contra la boca hasta que casi se tornaron violentas, pero ella aceptó todo lo que le daba. Y, tras unas últimas embestidas, le derramó la semilla en la garganta, y la sintió salada y primitiva. Se le tensaron los músculos internos de sentirlo llegar a la cima.

—Donna... —gimió su nombre como una plegaria mientras ella atesoraba hasta su última gota.

Cuando terminó, echó la cabeza hacia atrás para mirarlo, y él se cayó de rodillas sin dejar de aferrarse a sus hombros para no perder el equilibrio. Le apretó la frente contra la de ella, y respiró entre jadeos.

El cuerpo de Donna zumbaba de deseo insatisfecho, de la intensidad de la experiencia y del amor que radiaba de su corazón. Tenía a su vikingo, a ese hombre grande y poderoso, en sus manos. Al lado del corazón.

Sigurd le alzó el mentón para mirarla a los ojos. Los de él seguían nublados, pero brillaban con suavidad y algo nuevo. Confianza en sí mismo... o quizás paz. Se veía más joven, como si acabara de despertar de un sueño profundo.

A Donna, la importancia de lo que acababa de ocurrir le derritió algo en el pecho. Había pasado la prueba. Él había comenzado a confiar en ella. Aunque solo fuera un poco. Y sabía que ahora debía confiar en él.

CAPÍTULO DOCE

Donna tenía la cabeza apoyada contra su hombro, y el cuerpo plácido y suave apretado contra su lateral. Y, a pesar de sí mismo, a Sigurd lo embargó una sensación de paz que le recorrió los músculos en los puntos en que su piel conectaba, y jugó con su cabello dorado.

Lo que ella acababa de hacerle... lo que le había permitido hacerle... debía de ser cómo se sentían los dioses todos los días en Asgard: libres, elevados y ebrios. El momento en que se abrió a ella, como jamás se había abierto a nadie en todo el mundo, había sido como saltar al abismo. Y ella lo había atrapado.

La noche los ocultaba en la oscuridad, pero no duraría más que un par de horas. Aunque Sigurd no tenía pensado dormir mucho.

—No soporto a los hombres como tú —le dijo Donna de repente. Sigurd se quedó petrificado. La ira le circulaba por el cuerpo como una ola de calor, e intentó calmarse. ¿La había oído mal?

—¿Qué has dicho?

—Me enfrento a hombres como tú todos los días. Hombres a los que les gusta poner a las mujeres en su sitio, que les arrebatan el trabajo o no les dan empleo solo porque son mujeres. Hombres que no creen que las mujeres deberían tener papeles importantes, estar al mando y, que Dios no lo permita, hacer algo significativo.

No tenía idea de qué estaba hablando. De seguro, esos hombres tenían un motivo para desestimar a las mujeres. Él lo tenía. Los hombros le dolían de la tensión. Se movió para interrumpir el contacto visual y contradecirla, pero ella no lo notó y continuó.

—Pero también les temo a los hombres como tú —continuó con la voz baja, y él frunció el ceño. El temor no era algo menor que admitir—. Mi madre me crio sola. Es una mujer hermosa. Inteligente. Siempre quiso que fuera independiente, que pensara por mí misma y que ningún hombre me quebrara el espíritu... como se lo quebraron a ella.

Sigurd no se podía imaginar que nadie ni nada pudiera quebrarle el espíritu a Donna. Sus ojos brillaban bajo la luz de la luna y observaban la noche que tenía por delante.

—Se llamaba Joseph, y fue la única persona con la que mi madre tuvo una relación seria. Yo tenía seis años, y él me encerraba en mi habitación por la noche para que no molestara ni a mi madre ni a él. Ni siquiera podía ir al baño. Todavía lo recuerdo como a un hombre alto y grandote con el rostro serio que siempre le daba órdenes a mi madre y me decía que me fuera a jugar a mi habitación. Era un abogado en el despacho en el que también trabajaba mi madre. Tenía la misma experiencia y el mismo conocimiento, pero le dieron un ascenso porque era un hombre y a mi madre no, porque era una mujer. Luego la despidieron porque él la acusó de acoso

sexual. En realidad, quería cubrirse la espalda porque los romances en la oficina estaban prohibidos —a Donna se le quebró la voz—. Mi madre no volvió a encontrar trabajo en Manhattan. Tenía una gran carrera por delante y, de no haber sido por él, la hubieran nombrado socia de algún despacho hacía mucho tiempo.

Algunas de sus palabras no tenían sentido para Sigurd, pero comprendía que el hombre le había hecho algo similar a su madre a lo que Vigdis le había hecho a él y a su padre. La traición los unía a través del tiempo y la distancia.

—Hay personas que plantan semillas podridas en nosotros, y nosotros se los permitimos —dijo Sigurd—. Joseph te ha hecho eso.

Donna soltó el aliento al tiempo que se le formaban unas lágrimas en los ojos y lo miró fijo.

—Y Vigdis... te lo hizo a ti.

Él asintió con una amargura que se le retorció en el estómago. Donna continuó:

—Y Daniel me hizo lo que Joseph le hizo a mi madre.

Sigurd apretó los puños. No conocía a Daniel, pero estaba listo para arrancarle el corazón y arrojárselo a los cuervos. Donna también parecía dispuesta a hacerlo. Con el cabello dorado, el cuerpo tenso y el rostro ardiendo con una emoción que se asemejaba a la furia de una batalla, podría ser una valquiria.

—No me arrebató un ascenso ni nada por el estilo. Pero me hizo ver un futuro con él y casi me hizo abandonar todos mis valores, mi independencia, mi lucha por los derechos de las mujeres y la ley. Todo lo que es importante para mí. Y luego me desechó como un pañuelo sucio.

—Que Odín me ayude, pero ese hombre estaría muerto hace rato si lo hubiera conocido.

Donna soltó una mezcla de carcajada y llanto y se relajó un poco.

—Sí. Hubo momentos en que deseé lo mismo. Desde entonces, bueno, en realidad desde Joseph, pero en especial desde Daniel, no puedo mantener la calma si mi oponente me recuerda a uno de ellos. A un macho alfa. —Le echó un vistazo y se ruborizó—. Como tú.

El silencio pendió entre ellos.

—¿Me estás comparando con esas dos porquerías?

Donna se apoyó contra el codo. El pecho suave le rozó la piel, tan lleno y delicioso que le hizo sentir una ola de deseo en todo el cuerpo.

—¡No! Es decir, eres el mismo tipo de hombre. Das órdenes, esperas que todos se sobresalten con cada palabra que dices y, sin dudas, discriminas a las mujeres.

Sigurd apretó los dientes.

—Jamás en mi vida he traicionado a una mujer. De hecho, fui demasiado blando con Vigdis y protegí mucho a mi madre. Y todo lo que hago es proteger a mi gente, aunque les prohíba a las mujeres hacer ciertas cosas. Todo es por el bienestar de la aldea. No te atrevas a ponerme en la misma bolsa que a esos dos gusanos.

Donna le apoyó la mano en el pecho, y le produjo un cosquilleo donde le rozó la piel.

—No lo hago, Sigurd. Ya no.

Ya no lo hacía. A Sigurd se le dilataron las fosas nasales de pensar en que alguna vez había asumido algo semejante de él. Pero, a decir verdad, él también la había acusado a ella de otras cosas.

—Sigurd, jamás le conté esto a nadie. Creo que ni siquiera me lo admitía a mí misma.

La tensión en el vientre de Sigurd se suavizó. Se la acercó. Al encontrarse en el borde del fiordo, protegidos por las montañas y observados por el cielo, era como si los dioses quisieran que se unieran. Sigurd la deseaba. Y ahora la necesitaba. Ella le había abierto el corazón, como

lo había hecho él, y quería demostrarle que el espacio vacío que llevaba dentro era seguro.

La besó, le recorrió la espalda con las manos, y la sintió arquearse como el *drakkar* más hermoso. La hizo rodar de espaldas y la cubrió con su cuerpo sin dejar de devorarle la boca. Un calor líquido emanó de ellos donde sus labios se rozaban, y las caricias suaves de su lengua lo hacían gemir contra su boca.

Pero cuando estaba a punto de concentrarse en sus senos, oyó la gravilla a su lado. Sigurd se apartó y llevó la mano al sitio donde había dejado el hacha, pero una bota se encontraba sobre el mango. Sigurd protegió a Donna, que soltó un jadeo. Enganchó el tobillo del hombre con un pie y lo pateó debajo de la rodilla con el otro. El hombre se cayó, y Sigurd lo clavó contra el suelo y le apretó el hacha contra la garganta.

—Donna, mantente alejada —ladró antes de volverse hacia el hombre—. ¿Quién eres?

—No vengo a hacerte daño, *jarl*. Me ha enviado tu hermana.

—El concepto de daño siempre está asociado con mi hermana.

—Me envió con un mensaje. —El hombre se debatió para moverse debajo de Sigurd, pero este lo sostuvo con fuerza—. Me ha dado algo para ti... Si me dejas extraerlo de la bolsa de viaje...

—¿Me estás tomando el pelo? No muevas ni un dedo.

Sigurd palpó al hombre con una mano. Al rozar una espada, un hacha y un *seax*, extrajo las armas y las arrojó lejos. Luego encontró una bolsa y se la entregó a Donna.

—Mira qué hay dentro.

Donna ya estaba vestida y atrapó la bolsa en el aire con los ojos bien abiertos. La abrió para revolverla y extrajo un morral de cuero y lo abrió. Dejó al descubierto una pequeña figura de madera.

—Creo que es un zorro.

—Muéstramelo —Sigurd estiró la mano, y Donna se apresuró a entregarle el objeto. De hecho, era la silueta de un zorro de madera que solía ser el juguete favorito de Vigdis. Sigurd se lo había tallado. Había sido su amuleto de buena suerte y bienestar. Un dolor le recorrió el pecho.

—¿Cuál es el mensaje?

—Fuldarr ya casi ha reunido un ejército. Atacará pronto. Muy pronto.

Sigurd se quedó sin sangre en el rostro y el cuerpo. ¿Tan pronto? No estaban preparados. La fortaleza no estaría terminada a tiempo.

—¿Y por qué debería confiar en ti?

—Me llamo Bjarni Bjarnison, *jarl*. Soy leal a tu hermana. Ella fue amable conmigo, y juré protegerla. —La voz del hombre se profundizó, y Sigurd vio ternura en sus ojos. ¿Sería que Bjarni estaba enamorado de su hermana? ¿Ella también lo amaría a él? Sigurd frunció el ceño y estudió al hombre.

—Los he visto con mis propios ojos —continuó Bjarni—. Han llegado cinco *drakkars*, todos llenos de hombres.

Una capa de sudor fría le recorrió la columna vertebral. Cinco *drakkars* podrían contener entre veinte y treinta docenas de guerreros, y él solo tenía cincuenta hombres. Estaban condenados.

Fuera el amante de Vigdis o no, no podía confiar en ese hombre. Podría ser un espía. Sigurd sujetó el borde de la túnica de Bjarni y le desgarró un trozo largo. Le sujetó las manos en la espalda y luego le amarró las piernas con otro trozo de tela.

—*Jarl*, no miento. Odín sabe que no deberías maltratar a un mensajero que podría acabar de salvarte.

Sigurd arrancó otro trozo de tela y se lo colocó en la boca.

—Cierra el pico y déjame pensar.

—Sigurd, debes... —comenzó Donna.

—¡Déjame pensar, Donna!

Ella cerró la boca y frunció el ceño. Que Odín lo ayudara, el hombre o acababa de llevarles noticias de una muerte certera o era un espía de Fuldarr.

¿Cuánto tiempo tenían? Cinco *drakkars* era un ejército. ¿Acaso Fuldarr estaba esperando más barcos o ya se encontraba en camino? Fuera como fuera, los cincuenta hombres de Sigurd no tenían ninguna posibilidad. Con el estado actual de la fortaleza, sería un matadero. No había tiempo que perder. Tenían que duplicar o triplicar sus esfuerzos. Debían construir de noche también. Y debían poner manos a la obra de inmediato.

Sigurd, apresurado, comenzó a subirse los pantalones. Iría a despertar a los hombres y comenzarían a construir otra vez.

—Sigurd, ¿qué planeas hacer? —le preguntó Donna.

—Construir una fortaleza, ¿qué más? —Le aflojó los amarres en los tobillos a Bjarni, lo sujetó del cuello y lo obligó a incorporarse. Tenía que encerrarlo—. No espíarás a nadie, Bjarnison.

El hombre masculló algo debajo de la mordaza. Sigurd lo empujó y emprendió el camino hacia la casa sin soltar el antebrazo de Bjarni. Era demasiado malo que se tratara de un espía. Sigurd habría podido contar con su ayuda para construir la fortaleza.

—Sigurd, debes dejar que las mujeres te ayuden —le dijo Donna a sus espaldas.

Sigurd apretó los dientes. Algo en él había cambiado. Confiaba en Donna, pero, a pesar de que las mujeres habían hecho un buen trabajo el día anterior, solo era cuestión de tiempo que cometieran errores. Y esos errores podrían acabar matándolos a todos.

—Eso está fuera de cuestión.

—¿Fuera de cuestión? ¡Sé razonable! No lo lograrás sin más trabajadores.

—Sí que lo lograremos. Construiremos de día y de noche, nos detendremos solo cuando esté demasiado oscuro para trabajar. Los jóvenes dejarán de entrenarse para la batalla y ayudarán a construir. Las mujeres traerán comida. Nos turnaremos para dormir y trabajaremos más rápido.

—¡No hablas en serio! Ese plan es completamente descabellado. No puedes funcionar de ese modo durante varios días.

—Le haremos un sacrificio a Odín y Tyr, el dios de la batalla, y les pediremos a los dioses que nos ayuden.

Donna soltó un bufido.

—¡Los dioses! No me hagas empezar. Aunque los dioses existan, ¿qué garantía hay de que te ayudarán? Para cuando Fuldarr llegue aquí, estarás exhausto. ¿Cómo lucharás?

Sigurd apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. El recordatorio de su confesión le hizo sentir calor en el rostro. Donna tenía razón. Debía de haber perdido la cordura un instante cuando algo lo llevó a contarle su mayor dolor. O quizás le había hecho algún hechizo. No debería haberle contado nada. Debía mantenerse fuerte y racional. Como había sido toda su vida. Donna era una distracción temporal, una interrupción que se marcharía pronto.

—¿Y tú qué sabes de nuestras costumbres? Eres una forastera.

Donna parpadeó con una expresión de perplejidad en el rostro. Con la voz casi quebrada, le dijo:

—¿Luego de todo lo que me contaste?

La culpa lo apuñaló. Sabía que debía de haberla lastimado, pero tenía que proteger a su

gente.

—Mantente al margen. Basta de trucos y de causar revueltas entre las mujeres. Tráeme comida y agua de vez en cuando, como lo harán todas las mujeres con maridos que trabajan en la fortaleza. No hay nada más que puedas hacer.

Los ojos de Donna destellaron furiosos en la oscuridad.

—Obsérvame. —Se dio media vuelta y caminó hacia el gran salón sin esperarlo.

CAPÍTULO TRECE

Mientras Donna marchaba hacia el hogar de Asa, echaba humo de la ira. No lo podía creer. ¡Qué hombre más terco! Se había abierto a ella, y había creído que había cambiado, pero ante la primera señal de problemas, había vuelto a su configuración por defecto. Y ahora la hacía a un lado. Pues, que así fuera.

Si creía que iba a observar cómo los hombres sufrían una muerte temprana mientras les llevaba comida como una criada obediente, era más tonto de lo que había pensado.

Donna se detuvo delante de la puerta de Asa e inhaló el olor a leña. A diferencia de muchas otras casas, la puerta de la de Asa no tenía huecos entre los tablones desgastados. De seguro, Floki los habría reparado bajo la supervisión de su esposa. Donna se sintió culpable de despertarla, pero si Sigurd quería actuar en ese momento, ella también lo haría.

Decidió no llamar a la puerta para no despertar a todos los residentes del hogar. En cambio, la abrió y se maravilló de que los nórdicos no se tomaran la molestia de cerrar sus hogares. Tras entrar sin hacer ni el más mínimo ruido, vio las brasas del hogar que brillaban en la oscuridad y apenas iluminaban las siluetas de los bancos que se extendían por las paredes. La gente respiraba profundo en sueños, y algunos hombres roncaban como motores.

Encontró a Asa acurrucada con Floki en el rincón más alejado de la habitación. Le tocó el hombro a la mujer y sintió el lino del camisón cálido. Asa se removió y metió la mano debajo de la almohada, probablemente buscando un arma.

—Asa, soy Donna.

Asa se congeló y entrecerró los ojos soñolientos.

—¿Qué sucede?

—Necesito tu ayuda. —Donna dudó. ¿Traicionaría a Sigurd si le contaba las noticias del ataque? Todos se enterarían en unas horas. Debía darse prisa—. Sigurd recibió un mensaje de Vigdis. Fuldarr ha reunido sus tropas y está a punto de atacarnos.

Asa se llevó la mano a la boca. Floki se incorporó con los ojos abiertos como platos, y Donna soltó una maldición por lo bajo por no haberle pedido a Asa de hablar afuera de la casa.

—Que me parta un rayo —susurró Floki.

Donna asintió con la cabeza.

—No hay tiempo que perder. Sigurd no dejará que las mujeres ayuden, pero debemos construir la fortaleza a como dé lugar.

Floki se puso serio.

—¿Quieres volver a desobedecer al *jarl*? Nos exiliará de la aldea.

Donna tragó con dificultad. ¿Estaría mal pedirles eso?

—Sí, pero si hacemos lo que él dice, no habrá aldea de la que exiliarnos.

Asa hizo una mueca. Floki le sostuvo la mirada a Donna un largo rato, y creyó que la volvería a contradecir, pero en lugar de hacerlo, se limitó a decir:

—Te ayudaré. Las mujeres van a necesitar un capataz con experiencia. El *jarl* tiene buenas intenciones, pero cualquiera se da cuenta de que sin más mano de obra acabaremos todos muertos.

Donna le apretó la mano agradecida. Al parecer, no todos los vikingos eran tan tercos como Sigurd. Floki continuó:

—Construiremos donde está el arco. El *jarl* no tiene planificado construir allí todavía. Es un espacio lo suficientemente pequeño como para que nos las ingeniemos solos.

Donna se percató de la tensión que había tenido en los hombros y se le comenzaba a aliviar. Le dijo:

—Nos limitaremos a trabajar. No lo haremos en secreto, pero tampoco lo gritaremos a los cuatro vientos.

Asa y Floki asintieron con la cabeza. Acto seguido, Asa despertó a algunas mujeres del hogar y les explicó el plan. Afuera, el sol comenzaba a salir, y los primeros rayos le calentaron las mejillas a Donna. Sin embargo, la atmósfera en la aldea era sombría, como si una nube de temor hubiera proyectado sombras oscuras sobre todo. Asa y Donna visitaron a mujeres de confianza de Asa. Sigurd ya había comenzado a despertar a muchas personas: los hombres se apresuraban a desayunar y emprendían el camino hacia la fortaleza con los rostros sombríos y los ojos llenos de preocupación.

Reunieron a una docena de mujeres. Cinco de ellas fueron a cortar árboles en el bosque. Comenzaron de a poco, pero tras tomar el ritmo de cortar troncos, extraer ramas, afilar los bordes y plantar postes en la zanja, el trabajo avanzó más rápido. Las mujeres comenzaron a cantar una canción de Brunilda, la doncella escudera. La melodía sonaba primitiva y antigua y, al cabo de un rato, Donna se les unió tarareándola porque no conocía la letra. La voz de Floki resonaba de fondo. La canción creaba un espacio, un domo invisible bajo el cual todos se unían y trabajaban como uno. Donna nunca había sentido ese tipo de conexión en su época y solo deseaba que Sigurd se encontrara allí con ellos, cantando.

Para su desconcierto, habían terminado la empalizada cuando comenzó a caer la noche. Se erguía de ambos lados, junto a las piedras del arco, y colgaban la puerta de las bisagras. Donna dio un paso hacia atrás para admirar el trabajo que habían hecho juntos. Los músculos le zumbaban exhaustos y los párpados le pesaban. Solo le quedaba una cosa por hacer: arreglar la piedra caída del arco.

Cuando el arco se encontrara reparado, ¿podría viajar en el tiempo cuando quisiera? La idea de abandonar a Sigurd la hacía arrastrar los pies.

Floki y una de las mujeres más altas alzaron a Donna por encima de sus hombros para que pudiera arreglar la piedra. Las manos le temblaban y se convenció de que era del agotamiento. La piedra encajó como si jamás se hubiera apartado del arco y se quedó allí como si estuviera pegada. Ni siquiera se veía una grieta.

Ahora que el arco estaba reparado, a Donna la embargó un sentimiento. Sabía, como sabía que el sol saldría por la mañana, que el arco estaba vivo... y tenía magia... y se la tragaría. Lo podía sentir como sentía el latido del corazón.

Los dedos de Donna se hundieron en los hombros sobre los que estaba sentada. La piel le cosquilleó como si la hubiera cubierto una red de hojas de afeitar. Algo le quitó todo el aire de los pulmones.

—Bájenme —susurró.

Cuando los pies tocaron el suelo, se cayó y se alejó gateando a toda prisa del arco. Unos brazos la envolvieron por detrás y se sintió a salvo, como protegida por una chalina cálida.

—Estás a salvo —le susurró Sigurd al oído, y se relajó—. No te dejaré ir aún.

Donna respiró con más facilidad y el calor de los brazos que la envolvían la tranquilizó. Con cautela, volvió la cabeza para mirarlo. El rostro atractivo pendía sobre ella y la miraba fijo. Todo dejó de existir mientras él la observaba preocupado.

—¿Estás enfadado? —le preguntó Donna.

La expresión de Sigurd se tornó en una de deseo y anhelo. Le acarició el antebrazo con los dedos, y a Donna le cosquilleó el estómago. Pero luego interrumpió el contacto visual para reparar en la empalizada, y pareció desgarrado entre sentimientos de alivio y enfado. Se puso de pie, y Donna lo siguió, sintiendo los pies más estables. Sigurd caminó hacia la muralla recién construida.

—Todos ustedes desobedecieron las órdenes de su *jarl* —comenzó—. Y sabían que habría consecuencias.

A Donna se le congeló la piel. ¿Acaso los iba a castigar? Sigurd se detuvo al lado de la empalizada y la estudió con detenimiento, pasando la mano por la pared. Abrió y cerró la puerta y alzó la mirada hacia el arco de piedra. Luego volvió la cabeza hacia Floki.

—Y tú has ayudado, Floki...

—*Jarl* —lo interrumpió Floki—. No estoy de acuerdo contigo. Las mujeres deberían ayudarnos. Las he supervisado y te puedo garantizar que no hay nada de malo con esta muralla. Nos protegerá. El trabajo está hecho y lo único que falta es bloquear la puerta.

La boca de Sigurd se curvó en una expresión de ira.

—Si no estuviéramos bajo la mayor amenaza de nuestra existencia, los habría enviado a todos al exilio. —Fulminó a Donna con la mirada—. Déjame adivinar, ¿tú has sido quien instigó esto?

Donna alzó el mentón.

—Sí, si debes castigar a alguien, castígame a mí. —Un escalofrío la recorrió entera al imaginarse lo que le podría hacer, pero lo desechó de inmediato—. Seguiremos construyendo, te guste o no. Mira. —Hizo un gesto hacia la empalizada—. ¿No te parece de gran utilidad? ¿No te hizo sentir algo mejor ver esta parte de la empalizada terminada?

Sigurd se cruzó de brazos y abrió la boca para hablar, pero un grito los hizo volver la cabeza.

—¡*Jarl*! —Un niño de no más de doce años corría por el sendero—. ¡Deprisa! Hubo un accidente.

El rostro de Sigurd perdió el color, y echó a correr tras el niño. Donna y el resto de los presentes los siguieron. Ya casi estaba oscuro. El cielo índigo destellaba con unos tonos dorados detrás de las montañas, hacia el oeste. Cuando llegaron a la parte de la fortaleza que limitaba con la playa, algunos hombres seguían trabajando, pero al menos una docena había formado un círculo y se ceñía sobre alguien.

Sigurd se inclinó sobre la silueta, y cuando Donna se acercó, vio a un hombre que yacía en el suelo y se aferraba la pierna. Tenía el tobillo torcido en un ángulo poco natural, y Donna sintió náuseas.

Uno de los hombres explicó:

—Colocamos el poste en el sitio equivocado por la oscuridad, y se cayó. Por lo general, lo hubiéramos sostenido, pero para ser sincero, *jarl*, no nos queda demasiada fuerza.

Asa se inclinó contra el hombre.

—Puedo acomodar el hueso, pero...

—Pero ¿qué? —gruñó Sigurd.

Le echó una mirada rápida.

—Este tipo de heridas... No sé si el hueso sanará de manera apropiada.

Sigurd se quedó congelado, y el rostro se le convirtió en una máscara carente de expresión.

—¿Quedará lisiado?

Donna cerró los ojos, y el temor le recorrió la columna vertebral como un témpano.

Asa estudió el tobillo quebrado en diferentes ángulos.

—Aún no lo sé.

—Pero ¿es una posibilidad?

—Sí, es una posibilidad.

Sin pensarlo, Donna le apoyó una mano en el hombro a Sigurd. La culpa debía de estar carcomiéndolo. Luego miró hacia la empalizada. Varias antorchas iluminaban pequeñas porciones de la muralla, pero en su mayoría, se encontraba sumergida en la oscuridad, y Donna se preguntó cómo podían seguir trabajando los hombres en esas condiciones. La fortaleza había avanzado bastante desde la noche anterior, pero al ver lo que faltaba construir, el progreso parecía desalentadoramente lento. Los martilleos y los gritos de órdenes e insultos resonaban en el aire. Pero los insultos no parecían bromas entre amigos. Estaban llenos de resentimiento. Ese sitio de construcción distaba mucho de la parte del arco de la fortaleza, donde las mujeres y Floki habían cantado al unísono.

Asa les pidió a algunos hombres que llevaran al herido a su casa y partió con ellos. Sigurd los siguió con una expresión compungida en el rostro, y luego se volvió hacia los hombres.

—¡Dejen de construir! —rugió—. Vayan a casa y descansen. Regresen mañana con la primera luz del alba.

Los hombres dejaron lo que estaban sosteniendo en el suelo, se bajaron de las torres y se marcharon a casa con expresiones exhaustas en los rostros. Sigurd permaneció de pie inmóvil, con las manos apoyadas en las caderas y la mirada clavada en el suelo.

—Sigurd... —lo llamó Donna con suavidad, pero él la interrumpió.

—Ya lo sé. Tengo que permitir que las mujeres construyan.

La miró a los ojos con una expresión distorsionada que anunciaba una batalla interna. Donna sintió pena por su encantador guerrero que era tan valiente y tan fuerte. La herida que había sufrido el hombre debía de estar torturándolo. Podría haber detenido el trabajo antes. Podría haber recurrido a la ayuda de las mujeres. Y, a pesar de que todo eso era cierto, Donna no lo culpaba. Esperaba que él tampoco se culpaba, aunque estaba segura de que lo hacía.

—Lo haré —agregó con la voz quebrada.

Donna sintió alivio de los pies a la cabeza. Se acercó a él y lo abrazó. Él la envolvió también en sus brazos y se la apretó contra el cuerpo. El calor se le expandió por el pecho como si acabara de encenderle una vela en el corazón. Y, por primera vez desde que llegó, la esperanza floreció en ella.

CAPÍTULO CATORCE

Que Odín lo perforara con su lanza, Donna tenía razón. Las fuerzas combinadas de todos en la aldea les habían permitido progresar como nunca antes. Al cabo de tan solo una semana, la empalizada frente al mar estaba erguida, y el aroma a madera tallada pendía en la aldea. Dejaron un hueco en el centro para la puerta. Hacía poco habían terminado la primera torre de defensa, la segunda estaba avanzada y acababan de comenzar la tercera. El viento del sur acarreaba el aroma al mar junto al recordatorio de la amenaza de Fuldarr.

Para su sorpresa, Sigurd se sentía balanceado de trabajar en equipo con una mujer. Estaba comenzando a acostumbrarse a ella. Verla tan cerca durante el día mientras mezclaba arcilla o cargaba troncos con otras mujeres le hacía sentir paz en el centro del ser. En varias oportunidades, se descubrió admirando el modo en que los senos le rebotaban bajo la tela del vestido al caminar o el modo en que mecía las caderas. Esperaba con ansias las noches cortas en las que se entregaba a él con impaciencia y su cuerpo cantaba en sus brazos.

La norna era buena casamentera. Si Donna hubiera nacido en su época, hubiera puesto el mundo al revés para casarse con ella y hacerla suya para siempre. Era la criatura más hermosa que había visto. Al ser hermosa, determinada y honesta, era digna de ser la esposa de un *jarl*.

Así debió de haberse sentido Freyr, el dios del sol y la fertilidad, cuando vio a la hermosa Gerdur y estuvo dispuesto a renunciar a su espada invencible para casarse con ella. Sigurd estaba dispuesto a hacer el mismo sacrificio, si hubiera contado con semejante espada. Sin embargo, la decisión de renunciar a algo no era de él, sino de ella. Y la probabilidad de que ocurriera eso no estaba a su favor.

Se deshizo de esos pensamientos como si constituyeran una horda de ratas. Incluso evitó mirar hacia el arco terminado y se volcó en el trabajo. Con el transcurrir de los días, comenzó a notar que un grupo de hombres desaprobaban abiertamente que las mujeres trabajaran a la par de ellos. El mismo Sigurd no había hecho las paces con eso, pero el trabajo se hacía y, en general, se hacía bien.

Hacia el final de la primera semana, el grupo que trabajaba frente al mar había comenzado a arder de ira. Geirr, el mayor oponente, mangoneaba a las mujeres y las regañaba si hacían algo mal o si una se detenía a recuperar el aliento.

Esa mañana, todos trabajaban en la construcción de las torres. Sigurd oyó una discusión y se le tensó el vientre al ver la silueta de Donna en el centro de una pequeña multitud de gente que hacía gestos y hablaba en tonos acalorados.

—¿Qué sucede aquí? —ladró Sigurd al acercarse.

Donna alzó la cabeza para mirarlo. El alivio le relajó los rasgos, y Sigurd respiró más

tranquilo.

—Sigurd, qué bueno que estás aquí. Debes detener esta tontería.

—¡*Jarl*, las mujeres no deberían hacer trabajo cualificado! —la interrumpió Geirr—. Brama subió a la torre y tomó mi martillo para comenzar a clavar los tablones cuando me alejé un minuto...

—¿Y qué has hecho, Geirr? —Brama, una mujer mayor, se sostenía el hombro con la mano derecha—. Me empujó, *jarl*, y me caí por la rampa.

—¡No quería que se cayera! ¿Quién le dijo que hiciera algo en la torre?

A Sigurd se le dilataron las fosas nasales. Una mujer no debería hacer trabajo cualificado en una obra en construcción, pero hacerle daño a una mujer era vergonzoso. Antes de que pudiera decir algo, su hermosa escudera de la justicia volvió a hablar.

—¿Sabes qué? Ese es precisamente el punto. No es la primera vez que a las mujeres las empujan y las amenazan en esta construcción. Creo que es hora de que aprendan a defenderse contra esa amenaza y cualquier otra que pueda venir. —Miró a Geirr de arriba abajo—. En especial si alguien asume que tiene derecho a tocarlas.

Geirr le mostró los dientes, y Sigurd apretó los puños. Dio un paso hacia el hombre, pero Donna continuó, y todos le prestaron atención.

—El enemigo está en camino. ¿No sería bueno que las mujeres supieran defenderse?

Las mujeres asintieron con la cabeza. Sigurd observó los labios llenos que se movían y no le podía dar crédito a sus oídos. ¿Había sugerido que las mujeres lucharan? ¿Mujeres comunes y corrientes que no eran escuderas? Loki debió de haberle nublado el juicio a Donna.

—Eso no ocurrirá.

Donna lo fulminó con la mirada y se le sonrosaron las mejillas.

—Tiene sentido, Sigurd. La fortaleza está avanzando bien. En lugar de que observen a idiotas como Geirr intentando pelear con ellas, permíteles aprender a defenderse. Si pudimos ayudar con la construcción, quizás podamos ayudar a luchar.

Geirr se rio.

—*Jarl*, ¿estoy oyendo bien? Puede que tenga algas en las orejas...

Sigurd alzó la mano para acallarlo.

—Ni una palabra más, Geirr. —Se volvió hacia Donna y las mujeres que lo observaban con el ceño fruncido—. El combate es brutal. Requiere de hachas, espadas y escudos. Implica huesos rotos, entrañas derramadas y sangre. Muy pocas mujeres aprenden a luchar bien y se convierten en escuderas. Pero el combate requiere entrenamiento duro y no tenemos tiempo para eso.

—Pero al menos podrían aprender a protegerse de una violación. —Donna miró hacia Geirr, que le dirigía una mirada mortal.

—Ni los codos ni las rodillas harán nada contra un guerrero armado hasta los dientes y ardiendo de deseo por una mujer.

Donna apretó los labios y se cruzó de brazos a la altura del pecho haciendo que la tela se le estirara y le abrazara los senos. A Sigurd, la necesidad de tocarla le produjo una descarga de calor en la entrepierna. Maldito fuera Loki. ¿Cómo podía seguir reaccionando de ese modo ante ella en el medio de una construcción?

Sigurd apretó los dientes y miró a la gente que lo rodeaba.

—La defensa personal no hará nada para ayudarlas —les dijo—. Cuando el enemigo llegue, si las mujeres luchan en el campo de batalla, los guerreros tendrán que distraerse de la lucha para protegerlas mientras se enfrentan a sus contrincantes, y acabaremos perdiendo.

No podía creer lo que estaba a punto de decir. Estaba seguro de que los hombres iban a

protestar. Las mujeres podían creer que un espíritu se había apoderado de su cuerpo.

—Sin embargo, hay algo que las mujeres pueden hacer para proteger la aldea desde la distancia. La arquería.

A Donna se le iluminaron los ojos.

—¡Sí! Es una idea brillante, Sigurd. —Le sujetó la mano con las dos suyas y le produjo un zumbido agradable por la piel. Al ver su aprobación y su felicidad, el cuerpo le radió una calidez, y el corazón se le aceleró en el pecho. Quería hacerla sentir así todos los días de su vida... Si sobrevivían.

Sigurd continuó:

—Eso no significa que estarán fuera de peligro. Los arqueros enemigos les apuntarán, pero estarán en las torres de observación.

Las mujeres no parecían nada asustadas. Lo observaban con algo que parecía honra, y el pecho se le llenó de confianza y orgullo por esas mujeres. Asa habló, y supo que expresaba las voces de muchas otras.

—*Jarl*, nos lo deberías haber pedido hace mucho tiempo.

Sigurd asintió con la cabeza.

—Halfdan es el mejor arquero. Él les enseñará. Reúnanse frente al arco de piedra. —El arco de piedra... Los ojos se posaron sobre Donna, pero apartó la mirada de inmediato. Debía mirar cualquier otro sitio—. Está lo suficientemente alejado como para que no hieran a nadie mientras entrenan.

Geirr dio un paso hacia Sigurd.

—*Jarl*, ¿te parece sabio?

—Sí, Geirr. Es sabio hacer todo lo posible para protegerse y proteger a tu familia y a todos en la aldea.

Donna alzó el mentón.

—Yo también aprenderé.

A Sigurd le temblaron los músculos del estómago y se le aceleró el pulso.

—No.

—No me puedes decir qué hacer...

Sigurd sintió los ojos de todos sobre él. Tomó a Donna del codo y la alejó.

—No te atrevas a socavar mi autoridad delante de mi gente —gruñó.

—Pero...

—No aprenderás arquería.

Cuando se detuvieron detrás de una edificación y quedaron ocultos de todos los ojos, le envolvió los brazos por la cintura, algo que había deseado hacer durante todo el día. De repente, se sintió en casa.

—No puedo poner tu vida en riesgo.

—Y yo no puedo quedarme de pie y ver cómo todos los demás mueren.

Le dio un beso en los labios, y la suavidad le despertó un incendio en la entrepierna.

—¿Alguna vez estuviste en una batalla?

Se sonrojó.

—No.

—¿Alguna vez viste la muerte?

—No.

—Entonces no tienes idea de lo que te espera.

Donna se puso pálida, y la piel casi pareció translúcida. La terquedad le endureció los ojos, y

se volvieron tan celestes como el mar profundo en pleno verano.

—Tienes razón. No tengo ni idea. Pero voy a aprender a disparar un arco con las mujeres de tu aldea, Sigurd. Y si crees que me puedes detener, no tienes ni idea de quién soy. Y, si ese es el caso, quizás sería mejor que detengamos lo que sea que está ocurriendo entre nosotros.

Sigurd tragó con dificultad, y el pánico lo invadió como un rayo. No quería terminar eso, en especial ahora que se había derretido en sus brazos y la sentía suave y deliciosa. Pero Donna tenía razón. Tenía el corazón de una guerrera. Verla arriesgar la vida lo hacía querer arrancarse el corazón con tal de protegerla de cualquier daño. Pero lo peor sería tenerla completamente desprevenida y verla morir a causa de su temor. Tenía que confiar en que aprendería a luchar y podría protegerse. Tenía que confiar en ella como confiaba en sus guerreros.

—Te conozco, Donna. Te conocí desde el momento en que te vi. A través del tiempo, a través de cientos de años. Eres una escudera y, aunque tus armas son las palabras y los argumentos, parece que es hora de que aprendas a luchar con acero y madera.

CAPÍTULO QUINCE

Una semana después...

EL RUGIDO de un cuerno de guerra desgarró el aire mientras Donna y Sigurd desayunaban en la mesa larga con los brazos y las caderas apretados como si fueran dos adolescentes.

Desde que Donna había comenzado a entrenar con el arco, no se veían durante la mayor parte del día, pero las noches que compartían estaban llenas de pasión. Cuando se encontraban separados, Donna sentía como si tuviera un peso sobre los hombros, pero al regresar a la recámara lograba respirar con calma. Estaban atraídos el uno al otro como las olas a la orilla, y se abrazaban hasta el alba, cuando llegaba la hora de separarse.

No hablaban mucho, sino que susurraban contra la piel del otro mientras hacían el amor. Y en una o dos ocasiones, cuando él estaba enterrado en lo más profundo de ella, y le producía grandes olas de éxtasis, se había contenido de soltar un «te amo» que se le quería escapar como un prisionero en busca de la libertad. Eran palabras que le nacían en el pecho y le subían por la garganta como una burbuja, pero sus dientes las detenían. ¿Cómo haría para marcharse? ¿Cómo lograría vivir sin él?

El cuerno siguió sonando con un ruido desgarrador, y se miraron a los ojos. La muerte venía a llamar a su puerta. Donna sintió un temor que le caló hasta los huesos. Daría cualquier cosa con tal de no ver a Sigurd herido.

—No te atrevas a morir. —Tenía los labios duros como la madera y apenas se le movieron.

Varias lágrimas se le acumularon en los ojos, pero se prohibió derramarlas. Sigurd le acarició la nuca y le dio un beso en la boca. Tenía el sabor amargo de un adiós y le hizo sentir un millón de dagas en el vientre.

Sigurd se puso de pie, tomó el hacha, que yacía al lado del banco, y gritó:

—¡El enemigo ha llegado! ¡A sus puestos!

Llamó a uno de los adolescentes para que lo ayudara a colocarse la armadura, y partieron hacia la recámara. Donna lo siguió para tomar el arco y las flechas, y Sigurd le ordenó que se pusiera su armadura de cuero mientras él se colocaba su *brynja*, que brillaba con cadenas y debía de ser tan pesada como medio coche.

Luego se apresuraron hacia las torres de observación sin soltarse las manos. Los hombres ya se encontraban armados, y las arqueras se habían acomodado en sus puestos.

La fortaleza aún no estaba terminada. La parte de la empalizada que daba al mar tenía un hueco en el lateral derecho, donde Donna y Sigurd habían hecho el amor hacía dos semanas. La pared este seguía en construcción, pero Fuldarr no lo sabía. La única parte terminada era el arco de piedra y las dos torres de observación. Una tercera torre solo tenía los pilares de soporte y, por ende, no se podía utilizar. Bajo la guía de Thorsten, los aldeanos se apresuraban a apilar tierra al lado del hueco y a plantar unas lanzas alargadas en un ángulo específico. Las arqueras aguardaban juntas con dos docenas de guerreros armados.

La puerta seguía abierta, y lo que vio Donna hizo que le diera un vuelco el corazón. Ocho *drakkars* se deslizaban hacia ellos a toda velocidad, y los remos subían y bajaban. Cinco o seis navíos tenían unas velas rojas y azules, mientras que el resto tenían velas de diferentes colores: verdes, amarillas y blancas.

—Encontró aliados —escupió Sigurd—. Vigdis no mintió.

Donna pensó en la violencia y las muertes que traerían esos barcos. Tenía que intentar encontrar una solución pacífica.

—Sigurd, déjame ir a negociar. Es a lo que me dedico. Puedo...

—Has perdido la razón si crees que te dejaré ir a negociar. No eres nadie para Fuldarr y no tienes ningún poder de negociación. ¿Qué lo detiene de matarte en cuanto te vea o de tomarte de rehén?

Donna apretó los puños. Temía por él y no podía quedarse sentada a aguardar a que lo mataran.

—Vamos juntos. Seré útil. Soy del futuro, ¿recuerdas? Conozco algunos trucos. Quizás podamos resolver esto de manera pacífica para que nadie tenga que morir.

Sigurd le mostró los dientes y miró los navíos que se acercaban por debajo de las cejas.

—Hay más chances de que Loki se deje de conspiraciones. No, Donna, no habrá paz hoy. Se derramará sangre... la de Fuldarr. —Se tocó el pendiente con el martillo de Thor que llevaba en el cuello y buscó la protección del dios—. Pero tienes razón. Podemos ganar tiempo para que la gente pueda terminar con los preparativos de último momento. Prepara tus trucos, escudera de la justicia.

Sigurd tomó a Floki y cinco de sus guerreros más fuertes para que los acompañaran. Los ocho se detuvieron en la playa a aguardar la llegada de los barcos.

A Donna le temblaron las rodillas mientras los barcos se aproximaban. El corazón se le aceleró, una capa de sudor le cubrió la piel, y el temor le deritió los huesos. Jamás había tenido tanto miedo en toda su vida. Todos decían que Nueva York era una ciudad peligrosa, pero no se comparaba en nada con esa época. Una guerra se acercaba a ellos con la velocidad de un tren. Y no podía hacer nada para detenerla.

Solo podía huir. Sí, esa era una opción. Podía huir en ese mismo instante y desaparecer por el arco para regresar a la calidez y la seguridad del siglo XXI. Pero que la condenaran si hacía eso. Porque el hombre por el que le latía el corazón se encontraba de pie a su lado. Era el hombre más fuerte y valiente que había conocido. Era la persona a la que más quería, y le pertenecía en cuerpo y alma. Tenía que ser fuerte y valiente por él. Debía ser alguien en quien pudiera apoyarse, tanto él como su gente. Donna alzó el mentón y se aferró al arco hasta que las uñas se le clavaron en la piel.

Los primeros barcos llegaron y, por un instante, nadie dijo nada. Los guerreros a bordo de los barcos ya habían construido una muralla de escudos.

—¡Fuldarr, da la cara! —le gritó Sigurd—. Hablemos.

Un hombre alto y con el cabello largo y negro apareció. Algo en él le recordó a Donna a esa

noche en la habitación de Manhattan y a Joseph, que había pasado por la vida de su madre y de ella como un tornado para dejarlas rotas y vacías. El pecho se le tensó, y la mente se le nubló.

—¿De qué quieres hablar, Sigurd? Estoy a punto de terminar lo que comencé el año pasado.

Hizo un gesto para señalar a una mujer que apareció a sus espaldas. Se veía pálida y delgada, tenía el cabello rubio reunido en un tocado elaborado. Debía de ser Vigdis.

—¿Quizás quieres ver a tu hermana? De acuerdo. Bajemos, esposa. —Saltó al agua, y varios guerreros lo siguieron. Uno de ellos empujó a Vigdis para que los siguiera.

Cuando el grupo de Fuldarr se encontró a unos pocos metros de distancia, Donna comprendió por qué Fuldarr quería ir con Vigdis. Quería que Sigurd la viera en todo detalle. Era una jugada clásica para lograr tocar una fibra sensible en un oponente y hacerlo actuar de manera precipitada. A Donna se le congelaron los pies al ver el rostro de Vigdis. Tenía un párpado púrpura y tan hinchado que estaba completamente cerrado. La sangre seca le cubría una ceja, un cardenal se le extendía por una mejilla y tenía un corte en el labio inferior. Donna le echó una mirada de reojo a Sigurd, que tenía el rostro tallado en piedra, y supo que estaba furioso. Se le acercó y enderezó la espalda. Si él estaba a punto de perder la razón, ella debería mantener la cabeza despejada.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —gruñó Sigurd.

—Eso es entre mi esposa y yo. Pero te aseguro que se lo merecía. No eres el único al que ha traicionado. Al parecer, no lo puede evitar.

Donna vio por el rabillo del ojo que a Sigurd le empezaba a temblar la mano, y los huesos se le tensaban tanto de la fuerza con la que sostenía el mango del hacha que temió que se le fueran a quebrar. Debía intervenir. De lo contrario, Sigurd iba a explotar.

—¿Qué hará falta para que te marches de manera pacífica? —le preguntó.

Los ojos de Fuldarr se apoyaron sobre ella, que alzó la cabeza.

—¿Y ella quién es, Sigurd? ¿Una nueva esposa?

Donna sintió la mirada de Vigdis sobre ella y se sonrojó. De repente, deseó agradecerle a la única pariente de Sigurd. Qué tontería.

—No es mi esposa.

A pesar de que eso era cierto, a Donna le dolió un poco.

—Entonces, ¿por qué debería hablar contigo, mujer?

Sigurd estaba a punto de decir algo, pero Donna intervino.

—Porque vengo del futuro.

Todos los ojos se posaron sobre ella. A Fuldarr se le tensó el cuerpo, y la miró fijo.

—¿Cómo has dicho?

—Una norna me envió aquí desde hace más de mil años en el futuro.

—¡Donna! —la voz de Sigurd la azotó.

Sin embargo, estaba muy concentrada en su plan. Tenía que asegurarse de asustar a Fuldarr, de intimidarlo, para volverlo inseguro y sensible.

—Y ya le conté a Sigurd todos los secretos acerca de las tecnologías y las innovaciones que necesita conocer.

A juzgar por el lenguaje corporal de Fuldarr, el plan estaba funcionando. Tenía el ceño fruncido, los ojos agrandados de sorpresa y de un temor apenas perceptible. Donna continuó:

—Detrás de esa empalizada, hay máquinas que escupen fuego y guerreros hechos de hierro que luchan solos.

—Mientes —gruñó Fuldarr, pero la voz había perdido toda confianza—. No eres más que una embustera.

—Estoy diciendo la verdad...

—¡Donna, detente! —la interrumpió Sigurd.

Fuldarr pasó la mirada de uno a otro y una sonrisa de satisfacción le asomó a los labios.

—¿Qué ocurre, Sigurd? El año pasado me enviaste a tu hermana, y ahora te ocultas tras las faldas de otra mujer. ¿Dónde perdiste los testículos?

Donna se quedó sin aliento. No había vivido mucho tiempo con los vikingos, pero sabía que el peor insulto que se le podía hacer a un nórdico era ofender su masculinidad. Sigurd ya estaba conmocionado de antes, pero ahora estaba a punto de explotar. El recordatorio del error que había cometido con Vigdis y lo que le había costado a su familia fue demasiado. El rostro se le retorció, la boca se le curvó en una mueca y los pies le temblaron como si estuviera listo para lanzarse contra Fuldarr... y morir.

Fuldarr también se percató de ello, y se le formó una sonrisa sutil en el rostro. Alzó una mano y estaba a punto de hacerles una señal a sus guerreros. El rostro de Vigdis reflejó desesperación al tiempo que los guerreros de Sigurd adoptaban sus posiciones.

Donna no tenía tiempo que perder y antes de que los nórdicos se lanzaran a la masacre, arrojó el arco al suelo y dio un paso hacia Fuldarr.

—¡Aguarda!

Todos se quedaron petrificados y le clavaron la mirada. Qué bueno. Los había tomado de sorpresa. Lo que venía a continuación, le daría a Sigurd más ganas de derramar sangre.

—Fuldarr, si dejas que Sigurd y sus hombres regresen a la fortaleza, me entregaré a ti. Te contaré todos los secretos del futuro.

No quería ver el rostro de Sigurd. No podía hacerlo. Debió de haber sentido mucho dolor de que otra mujer lo traicionara luego de que le contara su mayor sufrimiento, hubiera cambiado por ella y hubiera comenzado a oír sus consejos. Debió de haberle clavado una daga en el corazón. Pero eso era mejor a que él y todos los residentes de la aldea acabaran asesinados.

Fuldarr miró a Sigurd y, a juzgar por la mirada de triunfo en el rostro del enemigo, Donna no necesitaba ver a su hombre para saber que tenía una expresión de dolor en el rostro. Fuldarr asintió con la cabeza y, con el corazón hundido, Donna corrió hacia él y se detuvo a su lado, entre él y Vigdis. Cuando se volvió para mirar a Sigurd, la sangre se le congeló en las venas. Parecía como si alguien acabara de clavarle una daga en el vientre, pero seguía de pie y listo para atacar a Fuldarr. Tenía que hacer algo.

—Me estoy uniendo al equipo ganador.

A Sigurd se le agrandaron los ojos, y el rostro se le ruborizó como si estuviera ahorcándolo. Unas lágrimas le nublaron la vista a Donna.

—Fuldarr, jamás conocí a un hombre con un ejército tan grande, ni siquiera en mi época —le confesó con la voz temblorosa. Se detestaba, pero el plan estaba funcionando. A Fuldarr se le infló el pecho de orgullo como si creyera que estaba de su lado. Pero Sigurd también lo había creído. Ahora, se le había endurecido el rostro y, sin decir más nada, se dio vuelta y se alejó a grandes zanjadas con la cabeza en alto como si ella no existiera.

CAPÍTULO DIECISÉIS

—¡Arqueras, prepárense! —gritó Sigurd al tiempo que se cerraban las puertas de la fortaleza con un sonido seco a sus espaldas. Subió la rampa a una de las torres de vigilancia. Las mujeres ya habían adoptado sus posiciones y tensaron las cuerdas de los arcos—. ¡Disparen! —La primera lluvia de flechas salió volando hacia el enemigo.

Obligó a la mente a no pensar en lo que Donna había hecho, pero el recuerdo le hundió las garras. El pecho le palpitaba por dentro como si se lo estuvieran triturando como a la carne. Al otro lado de la playa, Donna se encontraba de pie donde la había dejado. Podía sentir su mirada sobre él, aun desde la distancia. Fuldarr hizo un movimiento para enviar a los guerreros hacia la fortaleza. Se bajaron de los barcos como el grano que se vuelca de las bolsas y formaron paredes de escudos.

«Odín, no permitas que nuestras flechas toquen a esas dos mujeres».

Todo lo que Donna acababa de hacer era una traición. La traición parecía crecer en esa playa como el musgo. Primero la de Vigdis y ahora la de Donna. El mismo sitio y el mismo enemigo. El pensamiento hizo que se le retorcieran las entrañas.

El enemigo comenzó a dispararles flechas. Las mujeres a su alrededor se agacharon bajo los escudos, y las flechas se hundieron en la madera y en la torre, pero Sigurd se quedó de pie como si nada estuviera ocurriendo a su alrededor.

Donna lo miró a los ojos desde el otro lado del campo enemigo. Lo miraba a través de la muralla y a través del tiempo. La mujer que lo había traicionado se encontraba en peligro.

Sigurd soltó un rugido. La furia lo recorrió desde los pies hasta la cabeza como un incendio purificador. Lucharía, claro que lucharía. Lucharía por su padre, por su gente y por la mujer que amaba. Tenía que ir al sitio en que su gente quedaba más vulnerable: la parte sin terminar de la fortaleza. Determinado, bajó la rampa.

—¡Odín! —gritó Sigurd mientras alcanzaba la cima de las lanzas apiladas, muchas de las cuales tenían guerreros enemigos plantados. Pero seguían llegando, y Sigurd se volcó en la batalla—. ¡Odín! —lo volvió a llamar mientras mataba al primer enemigo.

Las flechas de su gente como las del enemigo no dejaban de volar por doquier y encontrar objetivos de carne y hueso. La gente gritaba, resultaba herida y moría. Las paredes de escudos del enemigo se debilitaron mientras las mujeres continuaban disparando y asestando en el blanco. Sigurd sintió una profunda gratitud como hidromiel cálido de pensar que, sin la ayuda de las mujeres, todos habrían terminado masacrados para ese momento. Sin la ayuda de Donna.

Las líneas delgadas del enemigo llegaron a la empalizada y comenzaron a intentar saltar la muralla. A pesar de que las flechas acabaron con muchos guerreros, muchos aterrizaron del otro lado para enfrentarse a las espadas y hachas de los hombres de Sigurd.

El acero resonó, varias astillas de madera salieron volando, unos huesos se rompieron y la carne se abrió. La fortaleza permaneció de pie. La mayoría de los hombres del enemigo que habían pasado al otro lado de la empalizada murió, pero al mismo tiempo también comenzaron a morir algunos de los hombres de Sigurd. Fuldarr tenía demasiados hombres. Y Donna no tenía ninguna oportunidad de vencerlo. Se encontraba a la merced del enemigo.

En la furia de la batalla, todo se reducía a la esencia de las cosas: acuchillar o huir, agacharse o quedarse de pie, vivir o morir. Y algo le quedó claro a Sigurd. Donna no tenía ningún motivo para pasarse del lado de Fuldarr a diferencia de Vigdis. Quería regresar a su propia época, y ahora se encontraba aún más lejos que antes de lograr esa meta. De hecho, se había puesto en más peligro de lo que podía imaginar. Ya no tenía dudas de que no lo había traicionado. Por el contrario, se había sacrificado. Lo había hecho por él. Por su gente. Solo había algo por hacer. Si mataba a Fuldarr, todo se detendría. Ni Donna ni su gente sufrirían más daños.

Necesitaba a sus mejores guerreros. Se lanzarían contra Fuldarr y, si usaban la puerta oeste, el arco que hasta donde sabía se encontraba libre, y se acercaban por el lateral con cautela tenían una posibilidad de derrotarlo.

Sigurd buscó a Floki y cinco guerreros más, les explicó el plan, y todos salieron corriendo hacia el arco. Atravesaron la puerta en silencio y cruzaron el bosque hacia la parte oeste del fiordo donde los barcos no podían anclar por las piedras, y el enemigo no sabía qué yacía en el bosque.

Cuando Sigurd y sus hombres salieron del bosque para dirigirse a la playa, primero trotaron sin protegerse con los escudos para no parecer sospechosos y que el enemigo no los reconociera desde la distancia. La mayoría de los hombres de Fuldarr luchaban en la fortaleza, y solo un puñado de ellos había permanecido allí. Cuando se encontraron lo suficientemente cerca, Sigurd y sus guerreros comenzaron a avanzar hacia Fuldarr, cuya atención se concentraba en la fortaleza.

Fue una pelea difícil; el enemigo los duplicaba en número. Al cabo de un tiempo, Floki soltó un grito y cayó con una espada en el pecho. Sigurd soltó un gruñido de dolor al perder a su hermano de armas, pero el sentimiento pronto se transformó en un frenesí de venganza. Cortó y apuñaló a todos los que se le atravesaban mientras se abría paso hacia Fuldarr. Pero al poco tiempo, vio a todos sus hermanos de armas en el suelo.

Todo se redujo a Sigurd y Fuldarr, que aún contaba con su ejército. Donna y Vigdis se encontraban de pie a su lado con los ojos abiertos de par en par y llenos de horror.

Sigurd tenía que acabar con él. Se encontraba muy cerca de lograrlo. Se lanzó contra él ignorando al resto de los guerreros, que se movieron para frenarlo. Sin embargo, Fuldarr los detuvo con un ademán.

Acto seguido, extrajo la espada al tiempo que el hacha de Sigurd se chocaba contra el metal. El rostro de Fuldarr estaba lleno de ira. A Sigurd le dolían los músculos y estaba casi sin aliento. Las horas de batalla lo habían dejado exhausto y le habían producido un dolor en todo el cuerpo, mientras que Fuldarr acababa de empezar. Le rogó a Odín que le diera fuerzas y, reuniendo todo el poder que le quedaba, lo empujó hacia atrás y lo atacó con el hacha que destellaba en el aire. Sigurd soltó varios gruñidos con cada ataque, y el hacha resonó al encontrarse contra la espada como el martillo de un herrero.

Pero Sigurd se había sobrestimado. Los brazos le vibraban exhaustos, y le tomó más tiempo del pensado asestar cada golpe. Como Fuldarr se valió de la duda para recoger el escudo y usarlo, el hacha de Sigurd dio contra la madera, y su enemigo le clavó la espada en el lateral. Sigurd sintió una explosión de dolor en el cuerpo y se cayó de rodillas, pero la *brynja* de su padre

no dejó que la espada lo atravesara.

Ahora que no tenía el hacha, extrajo el *seax*. La daga larga y mortal era un arma débil contra la espada y el escudo de Fuldarr, pero era lo único que tenía. Recurrió a las últimas fuerzas que le quedaban en el cuerpo y el alma, y dibujó un arco para apuntar hacia el muslo de Fuldarr. Sin embargo, la hoja solo cortó el aire. La espada de Fuldarr le apuntó al hombro, pero como él tenía el arma alzada, logró esquivar el golpe con el *seax*. Fuldarr presionó contra Sigurd, que tuvo que sostener el mango del *seax* con la otra mano para protegerse el cuello. La hoja del enemigo le abrió la piel en la palma de la mano y lo cortó.

A Sigurd le temblaron las manos al tiempo que la espada de Fuldarr empujaba el *seax* cada vez más contra su cuello. Soltó un rugido y lo embistió, pero Fuldarr se limitó a aplicar más presión al tiempo que los ojos se le abrían para reflejar el triunfo de la victoria inminente.

La hoja estaba cada vez más cerca del cuello de Sigurd. La furia y la desesperación le hervían por dentro, pero no le quedaban demasiadas fuerzas. No quería morir. Si moría, toda la aldea moriría con él. ¿Y qué sería de Donna y Vigdis? Estaba perdiendo y lo sabía. «Así no, Odín».

De repente, oyó un grito femenino de algún punto detrás de Fuldarr seguido de un golpe seco y sintió que la presión cedía. La pierna de Fuldarr se movió, y el enemigo cayó de rodillas. Con las últimas fuerzas que le quedaban, Sigurd le insertó el *seax* en el ojo.

Fuldarr soltó un grito al tiempo que soltaba la espada y el escudo, y las manos se le aferraban a la hoja. Sin embargo, la vida lo abandonó y se cayó de lado al tiempo que su sangre se derramaba sobre la gravilla.

A sus espaldas, se encontraba Vigdis, que jadeaba y no despegaba la mirada del cuerpo de Fuldarr, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de hacer. En el rostro tenía una máscara de odio y lo escupió. Luego miró a Sigurd a los ojos y cayó de rodillas a su lado con lágrimas rodándole por el rostro.

Donna corrió hacia él. La levantó en sus brazos, el corazón le latió acelerado en los oídos. Tenía el rostro húmedo y le apretó la mejilla contra el rostro cubierto de sangre.

—Gracias a Dios estás vivo —le susurró al oído.

De repente comprendió que había vencido. A pesar de que seguía respirando entre jadeos, alzó los puños en el aire y soltó un rugido. Los guerreros de Fuldarr corrían hacia los barcos, pero la batalla en la fortaleza continuaba, porque la gente no sabía qué acababa de ocurrir en la playa.

—¡He matado a su *jarl*! —rugió Sigurd como si su voz fuera un cuerno de guerra—. ¡No tienen más *jarl*!

—¡Detengan la batalla! —gritó Vigdis—. ¡Alto!

Sigurd alzó la mirada hacia ella para verla sorprendido. Ahora ella era la *jarl* y podía instruirles a los guerreros que continuaran luchando. Pero Sigurd dudaba de que tuviera poder alguno sobre ellos. Dudaba también que quisieran arriesgar la vida por ella.

Cuando Vigdis lo miró, un temor que jamás había visto en su hermana le desfiguró el rostro. Se puso de pie para correr hacia uno de los barcos, pero Sigurd se lanzó sobre ella y le pasó los brazos alrededor del cuello. Donna soltó un alarido.

—Esta vez, no, Vigdis —le susurró al oído—. Dios sabe que todo esto es por tu culpa y debes ser castigada por la traición.

Se sorbió.

—Por favor, Sigurd, intenté ayudar...

Sigurd la sacudió y le colocó la mano ensangrentada contra la boca.

—Cierra el pico. Donna, dame el *seax*.

Donna asintió con el rostro lleno de preocupación y alivio. Cuando lo hizo, le apoyó la hoja contra el cuello de Vigdis para que los guerreros no decidieran luchar por ella y no le sorprendió ver que no lo hacían.

El ejército de Fuldarr comenzó a retirarse. En la playa se oyeron los sonidos de las piedras bajo los zapatos. Los hombres le arrojaban miradas sombrías a Sigurd antes de subirse a los *drakkars*.

—Supongo que no querían luchar por una *jarl* que recurre a la traición como al desayuno — le susurró a Vigdis al oído. Su hermana cerró los ojos sollozando.

Los guerreros muertos y heridos yacían en el suelo, y había cuerpos por toda la orilla donde Sigurd y sus seis guerreros se habían enfrentado a Fuldarr. Sus hermanos de armas yacían allí, y más pilas de cuerpos yacían también a los pies de la fortaleza. El sabor cobrizo de la sangre pendía en el aire.

Sigurd sintió la mano de Donna en el antebrazo, y una ola de calor y bienestar lo recorrió entero. Le dio un beso en la frente y la presencia de ella sana y salva le llenó el cuerpo de vida como una poción mágica. Había vencido.

Nadie dijo nada, solo los heridos gimieron de dolor. Y mientras los últimos enemigos se alejaban de la playa, la brisa del fiordo acarreó los susurros de las olas que rompían contra los *drakkars*, y Sigurd se preguntó si oía las alas de las valquirias que habían ido a llevarse a los mejores guerreros al Valhalla.

CAPÍTULO

DIECISIETE

Sigurd se movió en la cama. Sentía la mirada de Donna como si lo estuviera acariciando con una piel. Abrió un ojo.

—Ya es suficiente. Puedo sentir tus ojos encima.

Por todos los cielos, era la cosa más hermosa que había visto en su vida, incluso cuando acababa de despertarse y tenía los ojos hinchados y el cabello enmarañado. Pero una sombra en lo profundo de sus ojos revolvió el gusano oscuro de la preocupación en el vientre. Era lo único que podía obstruir su felicidad ahora, tras la derrota del enemigo y tras ver que la fortaleza había resistido. Ya no había más nada que le impidiera regresar a casa. «Todavía, no, dioses. Todavía no».

Solo conocía una manera de hacerla olvidar. La abrazó contra el pecho, y el contacto de los senos desnudos contra la piel le produjo un ardor en la entrepierna. Buscó la boca con la suya, la deseó como un hombre sediento desea un vaso de agua durante una sequía. La envolvió y le enterró las manos en la piel aterciopelada con desesperación.

Ella no protestó. Le respondió con la misma desesperación y le devoró la boca como si fuera la última vez. Algo húmedo le recorrió la mejilla, y saboreó sal en la lengua. Sigurd se volvió y la clavó contra las pieles que tenían debajo. Donna estaba llorando.

—¿Te hice daño?

Ella negó con la cabeza y lo besó mientras se lo acercaba aún más. No, no le había hecho daño. Pero ese día lo iba a dejar. Sigurd lo supo con la misma certeza que sabía su nombre. Lo sentía en el cuerpo que yacía debajo del suyo. «¡No!».

Tenía que lograr que cambiara de parecer. La piel sedosa bajo las manos le produjo un estremecimiento de deseo. Le acarició los senos llenos, como si fueran un tesoro. Ella gimió y arqueó la espalda contra él, que continuó descendiendo hacia el vientre suave y el triángulo de vellos enrizados. Le acarició los pliegues con los dedos sin dejar de darle besos suaves y húmedos. Donna arqueó la espalda contra él y soltó varios gemidos de placer. Sí, la haría olvidarse de Nueva York. Al menos por el momento.

Con los dedos le acarició los pétalos del sexo y se deslizó en su calidez. Al encontrar el punto más dulce, le dibujó círculos suaves con el dedo y aplicó la presión necesaria para que Donna le clavara las uñas contra los hombros mientras se le escapaban gemidos de la boca.

Se inclinó hacia abajo y selló la boca contra su sexo. Con la lengua le acarició el punto más dulce. Tanto su sabor como su esencia le hacían dar vueltas la cabeza y endurecer más el miembro. Estaba ansioso de hundirse en su interior y de sentirla tensarse a su alrededor. De sentir que era suya.

Quería darle el mayor placer que había tenido, algo que la uniera a él y le ayudara a ganar la

batalla contra el tiempo. El alma le dolía ante la idea de perderla, y continuó con ese juego hasta que la oyó suplicarle:

—Por favor, Sigurd, por favor... te necesito dentro.

Las palabras le sabían dulce como la miel, pero quería ver cuán lejos podía llevarla.

—Aún no —le murmuró, y ella soltó un gruñido.

La adoró hasta que gimió, como lo hacía cada vez antes de acabar, y luego se apartó. Donna soltó un gruñido de frustración mientras se acostaba a su lado, y la piel le cantaba al lado de la de ella. Con las manos le acarició los senos y con la boca le provocó la oreja.

—Sigurd, por favor —se volvió hacia él para frotarse contra su cuerpo.

—Aún no.

Con las manos buscó los sitios que la harían estremecer de dicha. Los dedos se le deslizaron contra la piel y el estómago hacia la erección, y Sigurd tomó una profunda bocanada de aire al sentirla acariciarle el miembro. No le faltaba mucho para explotar, y tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no separarle los pliegues y los muslos y hundirse en su calidez.

En cambio, regresó a la posición de antes para volver a torturarla con la lengua. Y, una vez más, cuando sintió que el sexo se le tensaba y soltaba los gemidos que tanto anhelaba oír, se apartó.

Al cabo de unos instantes, se recostó de espaldas y la colocó sobre él. Le encantaba verla montarlo. Donna tenía la respiración agitada y se movía contra él.

—Por favor, Sigurd.

No necesitó oír más nada. La levantó y se la colocó encima. Se sintió como regresar a casa tras un saqueo largo y exitoso. Donna gimió y comenzó a moverse sobre él, que se hundía en el océano de placer con cada embestida y llenaba con ella cada pequeña parte de él, cada cabello de su cuerpo y cada gota de sangre.

La movió hacia arriba y abajo con los brazos y la embistió. Donna estaba a punto de acabar: sus gemidos eran cada vez más altos y le resonaban contra el pecho. Además, los músculos internos se le tensaban mientras lo montaba, y resistió lo más que pudo, pero, al final, llegó al borde del abismo con ella.

Llegó al orgasmo y se deshizo dándole hasta la última gota de su semilla. Ella gimió y gritó su nombre de éxtasis que pareció sentir como olas durante un instante prolongado.

Cuando Sigurd quedó vacío, Donna se dejó caer sobre él y respiró entre jadeos. Se quedaron así durante varios minutos, abrazados, respirando al unísono y con los corazones latiendo al ritmo de uno solo.

Pero de repente algo se rompió. Sigurd sintió el temor y la tensión de Donna, que se hizo a un lado con el ceño fruncido. A Sigurd se le congeló el vientre. No quería irse con vueltas. Quería saberlo.

—Me vas a dejar, ¿no?

Donna tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Sí.

—No. —El congelamiento se le extendió al estómago y le llenó los vasos sanguíneos—. ¿Por qué ahora? Por el amor de Loki.

—He cumplido mi objetivo. No hay nada más para mí aquí. No tengo ningún motivo para quedarme.

El congelamiento le llegó al corazón.

—¿Ninguno?

La vena del cuello le palpitó más acelerada.

—¿Me equivoco?

—Si te pido que te quedes... —tragó con dificultad—, ¿lo harías?

—No puedo, Sigurd.

—¿Entonces no soy motivo suficiente?

Le tomó las manos entre las suyas, y el calor se le expandió por la piel. Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas.

—¡Maldita sea, Sigurd! Ya anoche sabía que me tenía que marchar lo antes posible. Quería pasar una noche más contigo, pero si no me marchó hoy... Si no me marchó ahora mismo... —la voz casi se le redujo a un susurro—, jamás podré dejarte. Con cada segundo que paso contigo, se me hace más difícil irme.

—¡Entonces quédate!

Las palabras quedaron flotando en el aire como una vela en un mástil.

—No puedo, Sigurd. Mis clientas... Mi madre... Nuestro despacho... No podré vivir conmigo misma si esas cuatro mujeres y sus niños acaban en la calle porque no regresé.

Sigurd apretó la boca para formar una línea delgada.

—Cambia de parecer. La noche en el fiordo... Lo que compartimos solo ocurre una vez en la vida.

Ella le apretó la mano con delicadeza.

—Sí, y me has cambiado.

—Y tú a mí.

A Sigurd le ardió el pecho. Estaba cansado de ocultarse detrás de una fachada de no sentir nada y no preocuparse por nada. Si dejar el alma al descubierto no lograba convencerla, nada lo haría.

—Eres un tesoro para mi reino. Cásate conmigo, Donna. Sé mi par en todo, como sé que deseas. Puedes estar al mando de las mujeres, aprender arquería e ir a saquear conmigo. ¿Qué dices?

Donna escuchó con la boca abierta. Se inclinó hacia él, con una sonrisa ancha en el rostro. Durante un instante, pensó que diría que sí, y la esperanza le floreció en el pecho. Pero Donna se deshizo de la felicidad como el agua y miró alrededor con una expresión preocupada.

—No puedo. ¿Dónde están las prendas que tenía puestas cuando llegué?

El pánico le invadió la sangre como el hierro líquido. La estaba perdiendo.

—No te marches.

Donna cerró los ojos.

—Por favor.

El deseo de tomarla y encerrarla bajo su cuerpo en la cama para no permitirle alejarse ni un paso de él le ardía en los músculos, y apretó los puños para evitar abalanzarse sobre ella.

—De acuerdo, las encontraré sola.

Acto seguido comenzó a abrir los baúles y hurgar en su interior. Al final, encontró sus pertenencias y se vistió sin mirarlo. Sigurd observó cada uno de sus movimientos, así como también el modo en que los músculos se le movían bajo la piel, las deliciosas curvas de los senos y de las nalgas y la preciosa cintura delgada. Quería quemar el recuerdo de ella en su alma para siempre.

Al verla vestida con las mismas prendas extrañas con las que la había conocido hizo que le doliera el pecho. Sigurd se colocó los pantalones y tomó el hacha. Señaló la puerta abierta. En el gran salón, los criados limpiaban los restos del banquete de victoria del día anterior y alzaron la mirada sorprendidos de ver a Donna con sus propias prendas. Aún tenía los ojos llenos de

lágrimas mientras miraba alrededor con la esperanza de ver a Asa.

Afuera, la gente cuidaba de los animales, el herrero martilleaba contra un yunque y los pescadores ahumaban pescado. Pero la atmósfera estaba ensombrecida con los preparativos para el funeral. La gente llevaba leña y pertenencias personales de los fallecidos a la pira funeraria. Floki y muchos grandes guerreros más habían caído el día anterior defendiendo al *jarl* y a sus seres queridos, y Sigurd le había rezado a Odín para que les permitiera entrar en el Valhalla y lo aguardaran allí.

Sigurd le sujetó la mano a Donna.

—Te quiero acariciar hasta el último momento que te tenga.

Donna le apretó la mano, y Sigurd absorbió el cosquilleo que siempre sentía al tenerla cerca.

Cuando llegaron al arco, las piedras parecían tan duras e implacables como antes, y no había rasgos de los arreglos que habían hecho para pegar la piedra que se había caído. La empalizada olía a madera fresca y alquitrán de pino y parecía una estructura sólida.

Por fin se volvió hacia él. Las lágrimas se le habían acumulado en los ojos. Sigurd se la acercó y le devoró la boca, pero Donna lo detuvo.

—Me tengo que ir. Hemos salvado a tu gente, y ahora debo salvar a la mía. De todas las personas, tú sabes muy bien lo que es el deber.

Sigurd le apoyó la frente contra la suya. ¿Cómo era posible que lo conociera mejor que nadie?

—Sí —le dijo casi sin aliento.

Donna se movió para apartarse, pero él la mantuvo allí. La apretó con tanta fuerza, que los huesos debieron de quebrarse. Luego la besó con tanta fuerza que casi la muerde.

Al final la soltó y dio un paso hacia atrás. El suelo se movió bajo sus pies, como si Donna acabara de patear una viga de soporte y lo hubiera dejado sin balance para siempre, como una casa torcida.

Donna se secó las lágrimas.

—Adiós, Sigurd —susurró—. Trata bien a las mujeres.

Se volvió para avanzar hacia el arco, pero la mano de Sigurd la sujetó y la hizo girar para enfrentarlo. Se quitó el colgante del martillo de Thor del cuello y se lo entregó. Quizás le estaba regalando su suerte, pero se sentiría mejor sabiendo que tenía una parte de él con ella. Esperaba que pudiera protegerla.

—Te llevas mi corazón contigo, diosa. —El aliento cálido le besó la mejilla—. Trátalo bien.

Donna se dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta. Sigurd tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para no detenerla y no tomar un mazo y reducir el arco a polvo.

Cuando Donna llegó a la puerta, la abrió y la atravesó. Luego se volvió hacia él y lo miró a los ojos por última vez. Una eternidad los conectaba, y pensó que su corazón iba a explotar de amor y angustia como una ola que una tormenta arroja contra una piedra.

Y, de repente, Donna desapareció.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

A Donna le dolía el cuerpo. Se dio cuenta de que yacía sobre algo frío y duro. Necesitaba abrir los ojos, pero sentía los párpados pesados y pegados. Una lámpara fluorescente zumbaba en la distancia y el aire olía a café de mala calidad.

Donna abrió los ojos y el corazón se le hundió a pesar de que ya sabía la verdad. Estaba de regreso en Nueva York. Se sentó erguida sobre el suelo de mármol del pasillo del juzgado. Unas voces amortiguadas hablaban desde detrás de unas puertas de madera a la izquierda del pasillo. El cristal de las puertas incombustibles del final del pasillo brillaba por la luz grisácea que se colaba por las ventanas.

Sigurd... ¿habría existido o se había golpeado la cabeza al caerse? ¿Habría sido todo un sueño? Sintió los bordes de algo que se le incrustó contra la piel de la palma derecha y abrió la mano. Vio el pendiente del martillo de Thor, que se sentía cálido en la piel y brillaba bajo la luz tenue. Sigurd... se le abrió una herida gigante como un agujero negro en el pecho. No, no era un sueño. Su cuerpo se sentía roto, como si le hubieran quitado un órgano vital y ahora tuviera que vivir incompleta, medio muerta, porque él no se encontraba en ese mundo.

Donna fue a casa. Probablemente había llamado a un taxi, aunque no lo recordaba. Nueva York la había agobiado con las bocinas y los gritos. Se dio una ducha, y el agua caliente se sintió como una bendición tras haberse bañado en el río durante algunas semanas. Ahora debía aprender a vivir sin Sigurd.

Donna acababa de cerrar el grifo cuando alguien comenzó a golpear la puerta de entrada. Su madre debió de haber oído el agua porque vivía en un apartamento en la misma planta. Donna sintió un aguijonazo de culpa, se colocó una bata de baño y se acercó a abrir la puerta.

Vio a su madre con los ojos abiertos de par en par. La abrazó fuerte, y el aroma familiar del perfume Chanel N.º 5 la envolvió.

—Creí que te había perdido —le susurró contra el cabello húmedo—. ¿Dónde diablos te habías metido?

Donna cerró los ojos, y las lágrimas le cayeron por el rostro.

—Viajé en el tiempo.

Su madre soltó una carcajada, la apartó de su cuerpo y la estudió a un brazo de distancia.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, mamá. —Donna la dejó entrar y se dirigieron a la sala de estar.

—¿Tomaste un viaje introspectivo o algo similar por culpa de Daniel?

—Algo así.

—Tú no eres así, pero lo entiendo. Luego de Joseph, tuve que reunir los restos de mi vida. Pero ¿por qué no me llamaste? ¿Cómo pudiste abandonar tu caso de ese modo? Tuve que

administrar el despacho sola. La policía por fin te empezó a buscar. ¡Has estado desaparecida durante nueve días!

Donna arqueó las cejas. Luego de todas las cosas disparatadas que había atravesado, no debería estar sorprendida de que el tiempo se moviera a diferentes velocidades. Había pasado dos semanas y media con Sigurd, y, sin embargo, solo habían transcurrido nueve días en su época.

—Lo siento, mamá. Los llamaré para explicarles todo. ¿Qué pasó con el caso?

—Logré detenerlo, pero ya sabes que las clientas necesitan que ganemos.

—Y eso mismo haremos. —Aunque Donna había dicho eso, no se sentía como una guerrera abogada en lo más mínimo. Lo único que quería hacer era encontrar a la norna y regresar con Sigurd. Pero no podía dejar a esas cuatro madres solteras en la pobreza.

—¿Cuándo es la siguiente audiencia?

—En una semana.

Donna se frotó el rostro con las palmas. Lo único que sentía era cansancio.

—En serio, ¿dónde te habías metido? —Su madre la miró de cerca.

Si le decía la verdad y repetía lo que le había dicho acerca de viajar en el tiempo de manera seria, su madre la llevaría a una guardia psiquiátrica.

—Tú misma lo has dicho. Necesitaba un tiempo a solas. Estaba en Vermont.

—Pero podrías haber enviado un correo electrónico o un mensaje de texto o algo.

—Conocí a un hombre que me ha dado vuelta el mundo. —Oh, qué bien se sentía contárselo a alguien—. Y necesitaba ayudarlo con algo, pero perdí la noción del tiempo.

—¿Quién es?

—Es de muy lejos, y jamás volveré a verlo.

Las lágrimas le recorrieron las mejillas, y una herida del tamaño de un balón de baloncesto se le abrió y le sangró en el pecho. Su madre la abrazó y la calmó lo mejor que pudo.

—Oh, cariño, deberíamos mantenernos alejadas de los hombres. Te crie para que fueras independiente. Esto es justamente lo que hacen: romperte el corazón, destrozar tu espíritu y...

Donna se sentó derecha. Antes de Sigurd, hubiera estado de acuerdo con su madre, pero ahora sentía que no podía estar más equivocada.

—Ya basta. —Recordó lo que Sigurd le había dicho—. Algunas personas plantan semillas podridas en nuestro interior, y nosotros se los permitimos. Lo amo. Es motivado, mandón y terco, pero también es el hombre más fuerte y más amable del mundo. —«Y es un *jarl* vikingo», quiso añadir, pero se contuvo—. Me ha cambiado, mamá. No creo que todos los hombres sean malos. Ni tampoco todos los machos alfa. Simplemente lidian con su propio dolor, como todo el mundo, como pueden.

Su madre la miró con el ceño fruncido.

—Cariño, te ves diferente.

Alzó el mentón.

—Ya no les tengo miedo.

Al día siguiente volvió a trabajar y se sumergió de lleno en el caso para olvidarse de Sigurd. Había esperado que le resultara más fácil con el paso del tiempo, pero solo se volvió más difícil. La angustia que sentía por él se intensificaba con el correr de los días. Lo único que la mantenía a flote era la necesidad de ayudar a sus clientas.

Una semana entera transcurrió, y el dolor de perder a Sigurd fue como una úlcera. Al cabo de un mes, Donna apenas se reconocía. Cuando se encontraba a solas o tenía un segundo de paz, la sensación de pérdida la empapaba como un aguacero.



MIENTRAS DONNA TRABAJABA sin cesar en el caso, Marta dio a luz a su bebé, Juan, y Helena a su hija, Eloisa. A pesar de todas las dificultades, los bebés recibieron mucho amor y no necesitaron nada gracias a la pequeña comunidad del Bronx que a Donna le recordaba al espíritu de Vörnen.

Con dos personas nuevas a las que proteger, Donna triplicó sus esfuerzos. No podía permitirse perder. Tenía mucho en juego. Había sacrificado mucho para estar allí.

La audiencia final llegó a los tres meses de su regreso a Nueva York. Daniel la encontró en la sala de espera de la corte con su sonrisa arrogante de siempre y la recorrió con la mirada. Antes, eso habría bastado para que le ardieran las mejillas, pero ahora le parecía algo gracioso.

En el juzgado, hizo de todo para intimidarla y tocarle las teclas más sensibles, pero a Donna no le importó. Algo había cambiado en ella. Era como si Sigurd se encontrara con ella y le diera fortaleza interna encendiéndole el espíritu vikingo. Sus clientas la observaban con los ojos abiertos como platos y llenos de esperanza.

En ese momento, llamaron al gerente de Cinderellas Inc., Pedro Ferreira, al estrado para dar su testimonio tras haberlas despedido. Donna comenzó la interrogación y, al cabo de un tiempo, supo que se encontraba cerca de la victoria.

—¿Por qué despidió a mis clientas, señor Ferreira?

—Porque no hacían bien su trabajo.

—¿Y eso es todo?

—Se volvieron lentas y perezosas.

Una ola de triunfo la invadió entera.

—¿Se «volvieron» lentas y perezosas?

El señor Ferreira perdió el color en el rostro. Daniel se puso de pie, pero solo logró abrir y cerrar la boca.

—¿Las cuatro?

El gerente guardó silencio.

Donna les llevó algunos papeles a Daniel y al juez.

—Señoría, estos son los historiales médicos de mis clientas. Durante sus embarazos, la señorita Hernández tenía alta presión sanguínea. La señorita García sufrió de hiperémesis gravídica, que es un exceso de vómitos. Y las señoritas González y Ramos por fortuna tuvieron embarazos saludables, pero estaban más cansadas que antes, lo que constituye un síntoma normal del embarazo. De modo que está claro cómo su estado las ralentizaría cuando limpiaban las casas. Las fechas en los historiales médicos concuerdan con la fecha de despido.

—¿Me permite acercarme al estrado, señoría? —preguntó Daniel.

El juez asintió con la cabeza, y Donna y Daniel se acercaron. Detrás de una fachada de tranquilidad, los ojos de Daniel reflejaban enfado. Había perdido, y los tres lo sabían.

—Me gustaría invitar a la abogada de la oposición a discutir un acuerdo.

Un buen acuerdo era exactamente lo que Donna y sus clientas querían. En la sala de negociaciones, Daniel comenzó la oferta con cien mil dólares, pero Donna logró que la subiera a medio millón. Lo observó con triunfo mientras se acariciaba el colgante con el martillo de Thor que le había dado Sigurd como si, de alguna manera, pudiera tocarlo a él. Le dijo:

—Quinientos mil dólares y una disculpa pública de tu cliente hacia las víctimas acompañada de una política antidiscriminatoria en el lugar de trabajo. Quiero que el señor Ferreira acuda a talleres en contra de la discriminación y que los imparta en Cinderellas Inc.

Daniel puso los ojos en blanco, pero estiró la mano para cerrar el trato.

—Voy a hablar con mi cliente.

Cuando firmaron el acuerdo al cabo de una hora, Donna sintió el triunfo como explosiones de fuegos artificiales. ¡Había ganado! Sus clientas ahora podrían comenzar una nueva vida sin preocuparse de poder alimentar a sus hijos. Volvió a acariciar el colgante de Sigurd, y sintió una ola de angustia.

Lo que quería más que nada en el mundo era compartir esa victoria con la única persona que no podía estar a su lado. El hombre al que amaba más que a nadie. Sigurd.

Donna sintió como si se estuviera encogiendo. ¿Acaso esa sería su vida? Cada vez que tuviera éxito o fracasara o le ocurriera algo importante, iba a querer compartirlo con Sigurd. Había cumplido con su obligación hacia sus clientas. ¿Había algo más que la retuviera allí? Estaba su madre...

Donna quería a su madre, pero no podía sacrificar su felicidad por ella. Tenía que vivir su vida y a pesar de que la echaría de menos, de seguro lo entendería. No obstante, su madre necesitaba ayuda con el despacho. ¿Cómo podía dejarla para que se las ingeniara sola?

De repente, alzó la mirada hacia Daniel, que le pasaba por delante de camino a la puerta. Sigurd había cambiado. Quizás le debía a Daniel una oportunidad.

—Daniel, me marcharé de Nueva York —le dijo—, y quiero ofrecerte mi parte de la sociedad.

Él se volvió a mirarla con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cómo has dicho?

Cuando eran más allegados, Daniel le había dicho que le encantaría abrir su propio despacho de abogados de cero, de modo que tenía que hacerle ver lo que le estaba ofreciendo. Tras una larga conversación, Donna lo vio considerándolo.

—Solo son dos mujeres, ¿no? ¿Tu madre y tú?

—Sí, pero tenemos más casos de los que podemos manejar. En Nueva York siempre habrá demandas por discriminación, y nos estamos creando una buena reputación. Pero si un abogado con ambición se uniera, teniendo en cuenta la experiencia de mi madre, el despacho se volvería legendario. —Se golpeó el labio con el dedo índice—. Si tan solo pudiera encontrar a ese abogado...

Daniel se rio.

—Ya sé lo que estás haciendo.

—Sí, lo sabes, pero ¿cómo crees que se sentiría tu padre si tu despacho derrotara a los gigantes para los que esperaba que trabajaras? ¿Te respetaría aún más?

Daniel bajó la mirada y respondió casi en un susurro doloroso.

—Nunca tuve la intención de ofenderte. Ni a ti, ni a ninguna mujer. Cuando me acusaste de haberle quitado el asiento a Marta, sentí como si me hubieran asestado una patada en el rostro. Nunca me quise convertir en esta persona. Esta actitud hacia las mujeres es como si... como si fuera parte de la descripción de mi trabajo.

Donna le sonrió.

—Entonces, renuncia al trabajo.

CAPÍTULO

DIECINUEVE

A Donna se le ciñó el corazón de la anticipación al ver que se aproximaba al extremo del fiordo con hermosas y coloridas casas escandinavas desparramadas por las colinas. Estaba en Vörnen.

No había ninguna fortaleza de madera a la vista, ni tampoco casas medievales o *drakkars*. Pero se quedó sin aliento cuando vio las mismas montañas altas, la playa de piedras y el sotobosque grisáceo del otoño en el que ella y Sigurd habían hecho el amor.

El barco ancló, y los turistas se bajaron. Donna aguardó hasta que todos hubieran descendido. Luego saboreó el momento en que los pies tocaron tierra firme. Cada piedra y grano de arena estaba empapado con la presencia de Sigurd.

Dos días antes, había ganado el caso, y la necesidad de encontrar a Sigurd se había vuelto más poderosa que la de respirar. A Donna la preocupaba que él se hubiera olvidado de ella al no saber cuánto tiempo había transcurrido en su época. ¿Se habría casado? ¿Tendría algún hijo? El pensamiento hizo que se le cubriera la piel de sudor y el pecho se le tensara hasta dolerle.

Lo bueno era que Daniel había accedido a convertirse en socio del despacho. A su madre le había costado procesar la idea, a pesar de que la oferta que había hecho había sido de lo más impresionante.

Donna tenía la conciencia limpia. Le había dicho a su madre que era probable que jamás regresara y que no podría estar en contacto con ella por motivos que le escapaban, pero que se encontraría feliz con el hombre que amaba. La mañana en que se tenía que marchar, su madre la había llevado al aeropuerto, pero no había querido entrar. Había guardado silencio durante unos instantes, y luego miró a Donna con los ojos enrojecidos.

—Eres valiente, Donna. Estás haciendo algo que yo no me habría atrevido a hacer. No luego de Joseph.

Donna le apretó la mano.

—Gracias, mamá. Te quiero mucho. —La abrazó y se alejó del coche con el corazón hundido. Su madre bajó la ventanilla para decirle:

—Yo también seré valiente y aceptaré a Daniel.

El aire en Vörnen no sabía tan dulce como lo recordaba, pensó mientras arrastraba el equipaje de mano por el pavimento frío. Se puso las prendas más prácticas que se le habían ocurrido: unos vaqueros, un suéter grueso y las botas más cálidas y duraderas que había podido encontrar. En la maleta llevaba medicamentos, más prendas cálidas, algunos productos de higiene y libros. Iba a echar de menos los libros. A pesar de que también iba a echar de menos a su madre, se sentía en paz. Se había despedido de ella.

Donna no había reservado ningún hospedaje en Vörnen. Con las palmas cubiertas de sudor y

el corazón latiéndole desbocado, caminó hacia el arco casi sin reconocer hacia dónde debía ir. ¿Se encontraba en el lugar indicado? Era como si no se encontrara en la misma aldea en la que había vivido en el pasado. No había ni gallinas, ni cabras, ni hombres con hachas, ni mujeres con vestidos medievales. En cambio, oyó los motores de los coches que circulaban por las calles asfaltadas, olió el aroma a vainilla de una panadería y vio los rostros sombríos de la gente que salía de un banco. Todo parecía demasiado normal, demasiado real, como si Sigurd, la fortaleza y su gente jamás hubieran existido.

Se tragó el doloroso nudo que se le había formado en la garganta. Tenían que haber existido, ¿no? Las botas resonaron contra el asfalto cuando apretó el paso hasta echar a correr hacia el oeste, donde vio el bosque detrás de los tejados de las casas. Allí debió de ser donde había estado el arco.

A Donna se le aceleró el pulso en la sien al tiempo que la última casa roja de la aldea revelaba dos paredes de piedra y un sendero desgastado. La empalizada y el arco brillaban por su ausencia. Donna apartó la mano de la maleta y echó a correr hacia las piedras sintiendo los pies pesados. «No, no, no. No puede ser».

Tenía las manos pegadas contra la pared de piedra, desesperada por sentirse absorbida, pero no pasó nada. No quedaba magia alguna en la superficie fría y áspera. Se trataba lisa y llanamente de piedras.

Durante un instante, se le apagó la vida. El corazón le dejó de latir y la mente se le puso en blanco mientras una sensación de desasosiego la empapaba como un balde de agua helada. Tras recomponerse, golpeó las piedras con las dos palmas.

—¡Maldita sea! ¡Llévenme de regreso! —Las partes afiladas le perforaron la piel, pero el dolor no le importó. Se deslizó contra la piedra y se quedó sentada. El sol comenzó a ponerse y parpadeó cuando la luz le produjo un cosquilleo en los ojos al colarse por entre las ramas de los árboles.

Todo había acabado. No volvería a ver más a Sigurd. Nunca más. El estómago le dolía como si tuviera una herida infectada en el centro del cuerpo.

Las lágrimas le comenzaron a arder en los ojos y no intentó contenerlas. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Podría recuperarse de eso? ¿Valía la pena vivir una vida sin Sigurd?

Donna caminó hacia la maleta que había dejado en el sendero. La recogió y la arrastró hacia la aldea. La realidad era que ahora tendría que encontrar un sitio donde pasar la noche, aunque no le importaba acabar durmiendo debajo de un puente.

Al pasar por delante de unas casas, un destello dorado le llamó la atención y volvió la mirada. Sobre el techo de paja de una casa, vio a una anciana que tejía y la saludaba con la mano. Al ver las agujas y reconocer a la norna, sintió un cosquilleo en la piel.

Donna se apresuró al edificio al tiempo que la norna comenzaba a hablar en un idioma extranjero que, curiosamente, le resultaba familiar. Al ver que Donna no la entendía, le habló en inglés.

—Oh, me olvidé que no hablas el antiguo idioma nórdico en este siglo. Quería decirte que me sorprendió que dejaras a Sigurd.

El huso de oro estaba apoyado al lado de ella, y a Donna se le secó la boca como una lija.

—Envíame de regreso. —La esperanza le floreció en el pecho, pero intentó contenerla. Era demasiado pronto para tener esperanza. Las palmas se le llenaron de sudor.

La norna le sonrió como una buena abuela.

—Tu tapiz brillaba estando en el pasado con Sigurd.

—Entonces, ¿me enviarás de regreso?

—Si lo hago, no podrás regresar. No tendrás más oportunidades.

A Donna se le tensó la garganta.

—Estoy lista.

La norna se bajó del techo de un salto como una niña. Con una sonrisa, le entregó el huso de oro.

—No te olvides el equipaje. —Le guiñó un ojo.

Donna tomó el mango de la maleta e inspiró hondo.

—Sigurd, ya voy en camino —susurró antes de tomar el huso. La norna y las casas escandinavas desaparecieron. Donna sintió un dolor como si le estuvieran absorbiendo toda la sangre y comenzó a girar como el huso dorado.



SIGURD REGRESABA de cazar con el cuerpo de un ciervo sobre los hombros. No había mucho más para hacer en el invierno, excepto cazar, pescar, beber y contar historias que hacían que los dioses, las nornas y los gigantes cobraran vida. El invierno estaba lleno de canciones que cantaban juntos en el aire lleno de humo de las casas comunales. Estaba alrededor de los hogares que destellaban en medio de la oscuridad de las noches largas y en el crujido de la nieve bajo los zapatos de las personas que iban de una casa a otra en busca de más historias o de un cuerno de hidromiel.

Al atardecer, la puerta occidental se oscureció delante de él. Cada vez que tenía que atravesarla, se estremecía al sentir el fantasma de Donna que lo torturaba. Evitaba mirarla y se deshacía de cualquier indicio de esperanza de verla allí. La desesperación se aferraba a su corazón como un lince hambriento.

En una ocasión, había ido al arco para intentar buscar el modo de viajar en el tiempo e ir al futuro para estar con Donna, pero no había pasado nada. Y no pasaría nada tampoco. Simplemente iba a tener que aprender a vivir con el dolor.

Abrió la puerta para caminar hacia la aldea y vio una silueta de pie que le daba la espalda. Iba vestida con prendas muy extrañas, tenía el largo cabello de color dorado y tenía la misma altura y textura física que su diosa. El corazón se le detuvo por temor a seguir latiendo. Cuando se volvió, el tiempo se congeló. Era Donna.

Se miraron a los ojos. Sigurd dio un paso hacia ella, pero se cayó de rodillas y el cuerpo del ciervo rodó hacia la nieve. Ella brillaba como si las estrellas del cielo hubieran descendido para llenarle el cuerpo con su luz. ¿Acaso su mente le estaba mostrando lo que se había imaginado durante tanto tiempo?

—¿Eres tú? —Una nube de condensación se le escapó de la boca, y las palabras fueron casi un jadeo.

Donna se apresuró a su lado con las mejillas sonrosadas del frío y el cabello cayéndole como una cascada dorada. Se arrodilló delante de él y le tomó las manos enguantadas con las suyas.

—He regresado.

Se quitó los guantes de gamuza, y le acarició las manos para verificar que estaba allí. La piel le ardió al sentirlas frías. Debió de haber pasado mucho tiempo en el exterior.

Donna se acercó para besarlo, pero Sigurd se apartó. Antes de poder creer que se encontraba allí, tenía que saber algo.

—¿Por qué? —le preguntó examinándole el rostro en busca de algún indicio de la respuesta que anhelaba oír.

—Porque te amo. —A Donna le brillaron los ojos como el mar debajo del sol de verano.

Si Thor lo hubiera partido con un rayo, no podría estar más afectado. Una vibración le atravesó el cuerpo como si fuera la cuerda de una lira. Las lágrimas le ardieron en los ojos.

—Y yo a ti... con todo mi ser, diosa.

Luego la besó, y el sabor de ella le supo familiar y dulce. Era el sabor que hacía que su mundo girara como si acabara de beber el hidromiel que solo servía Odín en el Valhalla.

—Mañana mismo rompo ese arco —le gruñó contra la boca—. Estás atrapada conmigo para siempre.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo por todos los dioses.

CAPÍTULO VEINTE

Vörnen, 872 d. C.

SIGURD SE ENCONTRABA de pie en el muelle con un brazo alrededor de Donna. Vigdis estaba delante de él. Las olas rompían contra el casco del barco que se mecía detrás de su hermana. Una brisa suave inflaba la vela; el *drakkar* estaba listo para zarpar. Al parecer, Njord, el dios del mar y el viento, iba a favorecer el viaje de Vigdis.

Su diosa se veía radiante y saludable con el vientre hinchado. Aún no se habían casado porque Sigurd quería hacer un banquete legendario para celebrar la boda durante el festival de la cosecha. Había invitado a todos los *jarls* y reyes vecinos para fortalecer los vínculos y comenzar a hacer nuevas alianzas comerciales. Había aprendido de la peor manera el precio de aferrarse a las rivalidades.

La fortaleza estaba terminada y era muy fuerte. Las mujeres habían ayudado a terminarla el año anterior, luego de que Donna se marchara. Pero desde que había regresado en el invierno, se las había ingeniado para involucrarlas cada vez más en todos los aspectos de la vida, y la aldea había comenzado a prosperar como nunca antes. Las mujeres tejían velas, cazaban y pescaban. Durante el invierno, habían hecho muebles, aprendido a fabricar joyas y tallar patrones hermosos sobre la madera. Algunas de las que habían construido la fortaleza también ayudaban ahora a construir nuevos barcos, y los marcos de tres *drakkars* se iban desarrollando día a día frente al fiordo.

Las noticias de la fortaleza de Vörnen y la victoria de Sigurd se habían esparcido rápido, y nuevos guerreros habían llegado para servirle al *jarl*. Al cabo de algunas semanas, iría a saquear para lograr reponer el tesoro y poder mantener la lealtad de sus guerreros. Sin dudas, nada de eso habría sido posible sin Donna y las mujeres de su reino.

El barco se mecía con suavidad al lado del muelle.

—Debería haber suficiente plata como para comprar una granja en Islandia —le aseguró Sigurd.

Vigdis asintió con la cabeza. A bordo, llevaban varias bolsas con provisiones y cofres con comida, prendas, herramientas y suficiente plata como para comenzar una nueva vida. Bjarni Bjarnison, el hombre que había llevado el mensaje de advertencia del ataque de Fuldarr, aguardaba a Vigdis en el *drakkar*, junto con una docena de guerreros que les había dado Sigurd

para remar y protegerlos. Vigdis echó un vistazo hacia la playa.

—Aquí es donde comenzó todo. —El dolor le atravesó el rostro—. Aquí es donde murió. Sigurd negó con la cabeza.

—Comenzó mucho antes de eso. Pero ¿terminará ahora?

—Ahora que he visto las consecuencias de mis actos, no quiero ser *jarl*. Lo único que siempre deseé fue tener poder sobre mi propia vida y algo de influencia en nuestra casa. Nuestro padre jamás me dio la oportunidad, y el deseo creció en mí como una herida putrefacta. Creí que quería ser parte del mundo de reyes y *jarls*, pero esto... —Dibujó un círculo con la mano que abarcó la playa—. No quiero tener nada que ver con esto. Quiero una granja, un buen esposo y un niño —añadió mirando a Bjarni sonrosada. Luego le ofreció una sonrisa a Donna—. Eso será suficiente. Tendré muchas cosas que administrar. El reino de Fuldarr es tuyo, hermano. Luego de que sus guerreros te vieron en la batalla, supieron que no encontrarán a un *jarl* más fuerte. De modo que no encontrarás ninguna resistencia si visitas esas tierras.

—¿Me das tu palabra de que no decidirás reclamar el reino?

—Te lo juro, hermano —le aseguró casi en un susurro, como si una bestia durmiera cerca y temiera despertarla si alzaba la voz.

—De acuerdo.

Cuando lo abrazó, el aroma de ella le rozó el rostro y, por un instante, le recordó a su madre. El corazón se le ciñó. Vigdis se secó las lágrimas, se volvió hacia el barco, y Bjarni la ayudó a abordar. Mientras los hombres comenzaban a remar alejándose del muelle, Donna le dijo:

—Vendrán a la boda, ¿no?

A Vigdis se le iluminó el rostro.

—El viaje solo debería llevarnos unas semanas. En tres meses, estaremos asentados. Vendremos a la boda.

Sigurd asintió con la cabeza. Esperaba con ansias la abundancia del festival de la cosecha. Las mesas estarían llenas de verduras frescas, carne asada de jabalí, liebre y ciervo, salmón ahumado e hidromiel. Se sentiría en casa y en familia. Estaría con su familia.

—¡Adiós! —exclamó Vigdis mientras el *drakkar* se alejaba en la distancia.

Una sensación de paz se extendió por el pecho de Sigurd como una ola fría en un día cálido. Bjarni le apoyó el brazo en el hombro a Vigdis como Sigurd se lo apoyaba a Donna, y los saludó con la mano.

—¿Le crees? —le preguntó Donna.

Sigurd entrecerró los ojos por el reflejo del sol sobre la superficie del fiordo y siguió al barco con la mirada.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ha cambiado. No solo vio los resultados de su traición, sino que también se ha enamorado. Lo veo con la misma claridad con que te veo a ti. Bjarni la ha cambiado. —Besó a Donna con delicadeza, y el cuerpo comenzó a hervirle de deseo—. Tú también me has cambiado a mí. Hasta puedo comprender por qué se puso del lado del enemigo. Todas las personas necesitan sentirse valoradas y útiles, y ella jamás se sintió así. Pero espero que tú sí. Estoy agradecido de tener mujeres tan fuertes en mi reino y, en especial, a mi lado.

Donna le sonrió y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Jamás podría haber soñado con tener a un hombre tan fuerte a mi lado.

El *drakkar* desapareció detrás de una montaña, y Sigurd y Donna regresaron a casa. La sensación de paz que le reinaba en el pecho se le expandió por todo el cuerpo. Al acercarse a la

fortaleza, detuvo a Donna al lado de la puerta abierta. Mientras miraba la edificación que la había llevado a su época, lo embargó una sensación de plenitud que le reparó las heridas del alma como un bálsamo sanador.

Se arrodilló delante de Donna y le apoyó las manos sobre el vientre. Los dedos sintieron una patada, y le depositó un beso. Sin incorporarse, alzó la mirada a Donna, abrumado por el amor que crecía en cada músculo de su cuerpo y que veía reflejado en sus ojos.

—La norna está tejiendo un hermoso tapiz para mi vida —le dijo—. Porque es todo lo que siempre podría haber deseado. Tú, un hijo y algo que construimos juntos. —Donna le enterró los dedos en el cabello y le produjo un cosquilleo en la sien—. La fortaleza del tiempo.



GRACIAS POR LEER LA CAUTIVA DEL VIKINGO. Este es el último libro de la serie **Al tiempo del vikingo**, ¿los has leído todos ya?



UNA VIAJERA en el tiempo cautiva. Un jarl vikingo con una misión. ¿Será el matrimonio el precio de la libertad?

[LEE EL DESEO DEL VIKINGO ahora!](#)

ELLA ES EL ENEMIGO, pero no puede dejar de desearla. Cuando una alegre viajera en el tiempo agarra a un vikingo gruñón en un mal día, ¿podrá el enfado transformarse en pasión?



[LEE EL RECLAMO DEL VIKINGO ahora!](#)



UNA IDENTIDAD EQUIVOCADA. Un matrimonio forzado. Un bebé secreto. Cuando una mujer embarazada escapa al pasado, ¿encontrará el amor y la pasión en los brazos de un vikingo vengativo?

[LEE LA NOVIA DEL VIKINGO ahora!](#)

UNA LADRONA que viaja en el tiempo. Un guerrero vikingo. Ella es su enemiga. Él es su captor. Una noche de pasión podría destruirlos o acabar liberándolos.



[LEE EL AMOR DEL VIKINGO ahora!](#)



Dos ENEMIGOS se convierten en amantes cuando el poderoso jarl vikingo toma cautiva a una hermosa viajera en el tiempo. ¿Será que el destino le ha enviado un buen augurio o una maldición?

[LEE LA CAUTIVA DEL VIKINGO ahora!](#)



UNA MUJER moderna que ha viajado en el tiempo, un feroz guerrero vikingo y un amor que desafía al tiempo. (Precuela)

CUANDO UNA PUERTA SE CIERRA, otra se abre... ¿Te apetece un Highlander?

SI TE GUSTAN los romances históricos y aún no has leído la historia de Craig y Amy, asegúrate de conseguir **LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER**.

IMPRESIONANTE, apasionado, romántico -- ¡para todos los fans de Outlander! En sus brazos él encuentra fuerza. En los de él, ella encuentra esperanza. ¿Puede su amor superar las edades?



★★★★★ "¡UNA de las HISTORIAS MÁS ROMÁNTICAS Y DESGARRADORAS que he leído en mucho tiempo! ¡Me encantó absolutamente!"

[LEE LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >](#)

O SIGUE LEYENDO para un primer extracto de [LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER](#).



LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER, Capítulo 1

CASTILLO DE INVERLOCHY, Escocia, noviembre de 2020

AMY MACDOUGALL se apoyó contra el muro del castillo y cerró los párpados. Después de tres días de lluvia helada, sintió la calidez del sol de noviembre en la piel.

Su hermana, Jenny, se acercó a ella y se sentó en la roca de al lado.

—¿Va todo bien con los rebeldes? —le preguntó Amy.

—Ya lo veremos —Jenny lanzó una mirada dudosa alrededor del patio cubierto de hierba, donde un grupo de adolescentes caminaba, reía, corría y se tomaba *selfies*—. Zach amenazó con subir a esa torre y cantar *The Star-Spangled Banner*. —Jenny señaló con la cabeza las ruinas de una torre desmoronada que había al otro lado del patio—. Se está luciendo para Deanna, por

supuesto. Tú estás en una posición estratégica para atrapar a Gigi si decide ir a ver si hay esqueletos en las mazmorras de la torre este.

Jenny asintió a su izquierda, y Amy frunció el ceño al ver la entrada negra y profunda de la torre. Un pequeño escalofrío le recorrió la columna vertebral al imaginarse el confinamiento de las paredes de dos metros de espesor y el antiguo techo que podría colapsar en cualquier momento.

La sonrisa de Jenny se desvaneció.

—Solo estaba bromeando, cariño —dijo Jenny—, nada de calabozos para ti.

Amy movió la cabeza y forzó una sonrisa.

—Está bien, vamos. Estoy bien. Puedo entrar en un calabozo. Después de todo, mi trabajo es ir a lugares peligrosos. ¿Acaso no me pediste que viniera para eso?

—Bueno, esperemos que no pase nada. Es bueno tener una oficial de búsqueda y rescate como apoyo en un viaje escolar, pero no es por eso que te invité a reemplazar a Brenda. Simple y sencillo: quería pasar tiempo con mi hermana.

Amy apoyó la cabeza contra la pared.

—¿Sí? ¿Y cuándo comienza esa parte del programa? Porque pensé que habría más *whisky*, más *highlanders* apuestos y menos drama de adolescentes.

—Bueno, lo siento. Yo también pensé eso. Brenda tiene mucha más autoridad sobre ellos porque los gobierna con mano de hierro. Ellos creen que yo soy débil. Oh, cielos, ¿crees que pueden oler el miedo, como los perros?

Amy se rio.

—Sí, hasta yo puedo oler tu miedo.

Ambas rieron, y Amy apoyó la cabeza en el hombro de su hermana. ¿Cuándo fue la última vez que rieron juntas con tanto entusiasmo? Tanto Carolina del Norte como Vermont estaban llenos de recuerdos, saturados del asqueroso sabor al miedo y el rechazo.

Pero aquí no había nada de eso. Aquí había aire fresco y frío, paredes gruesas y antiguas y la belleza impresionante y brutal de las Tierras Altas de Escocia. Aquí reinaban los colores del otoño, como si las mismas rocas se hubiesen oxidado; el musgo crecía por todas partes, y las hojas siempre estaban envejecidas. Había tanta historia, cientos y miles de años de historia; y una parte de ella también pertenecía a este sitio.

—¿Crees que alguno de nuestros antepasados vivió aquí? —preguntó Amy.

Jenny se encogió de hombros.

—Tal vez. El abuelo lo hubiera sabido.

—Sí, es cierto.

—Incluso papá, probablemente... —Jenny se calló de repente, pero aún tenía la boca abierta.

—No te preocupes —le contestó—. Puedes mencionar a papá. ¿Cómo está?

Jenny tragó con dificultad y se miró las manos.

—Bien. Pregunta por ti.

Amy frunció los labios y sintió que se le comenzaba a cerrar la garganta.

—Bueno, yo también estoy preguntando por él, ¿ves? ¿Sigue sobrio?

—Sí. Aguantando.

—Bueno, eso está bien.

—Sí. Gracias de nuevo por el dinero, por cierto.

—No es nada. No puedes mantenerlo sola con tu salario de maestra.

Era difícil hablar de su papá. Para distraerse del ardor que sentía en la garganta y evitar ver la expresión de agradecimiento en el rostro de Jenny, Amy estudió un arbusto casi pelado que

crecía junto a la pared a su derecha.

—No estoy sola. Tengo a Dave... —los ojos de Jenny se agrandaron al mirar al otro lado del patio—. ¡Oye! ¡Zach! ¡Basta, bájate de ahí ahora mismo!

Sin embargo, Zach ya estaba a medio camino a la pila de piedras desmoronadas, dirigiéndose a la cima de la torre, y no disminuía el paso. Jenny se incorporó de un salto y corrió tras él, agitando los brazos y ordenándole a gritos que se detuviera. Amy se sentó más derecha, en posición alerta, por si acaso. Rozó la mochila con la mano y sintió la forma familiar del botiquín de primeros auxilios que tenía en el interior.

—Qué lindo grupito de niños —dijo una voz femenina y cadenciosa.

Amy elevó la mirada y volteó el rostro hacia la derecha. Una mujer joven se hallaba de pie junto al arbusto pelado que había estado estudiando hacía tan solo un momento. El aire se llenó de aroma a lavanda y césped recién cortado. Qué extraño. Un escalofrío la recorrió entera. Amy recordaba haber tenido esa misma sensación cada vez que Jenny y ella se contaban historias de fantasmas: de repente, las sombras se tornaban más oscuras en los rincones de su habitación, y ella casi podía ver formas que no había notado antes.

La mujer era bonita, tenía rasgos delicados, piel translúcida y unas pecas diminutas que le salpicaban la nariz y las mejillas como canela. Una capa de lana de color verde oscuro le colgaba de los hombros y la capucha le cubría el brillante cabello cobre.

—Sí —asintió Amy. Sospechaba que había perdido la capacidad de cerrar la boca.

Estudió la entrada norte que se encontraba a unos diez metros de distancia. ¿Acaso la mujer había entrado por allí para que ella no la notara?

—Son un lindo... grupito —llegó a agregar.

Para entonces, Zach había llegado a la cima y comenzó a cantar:

—«Amanece: ¿lo ves a la luz de la aurora...?»

—¿Qué está cantando? —preguntó la mujer—. Me gusta esa canción... —Movié la cabeza de un lado a otro al ritmo desafinado de los bramidos de Zach.

—Eh... Es el himno nacional de los Estados Unidos... —le respondió.

—Oh. El himno nacional de los Estados Unidos. Recordaré esa canción.

Amy sonrió educadamente. ¿Quién era esa mujer? Bajo la capa, parecía estar vestida con un atuendo histórico, pues llevaba una larga falda de lana verde y una camisa blanca que se asomaba por debajo del dobladillo.

—Me gusta tu disfraz —comentó Amy—. ¿Eres una guía turística?

—¿Una guía turística? —La mujer rio—. Supongo que se podría decir que sí. Mi nombre es Sìneag. Y tú, ¿quién eres?

—Amy.

Zach continuó cantando a los gritos:

—«Fulgor de cohetes, de bombas estruendo...»

El niño dio un paso atrás y, como perdió un poco el equilibrio, la pequeña multitud de sus compañeros, liderados por Jenny, gritó.

—¡Baja de ahí, Zach! ¡Ahora mismo! —le ordenó Jenny—. O no podrás usar el teléfono hasta el final del viaje.

Pero Zach solo tenía ojos para Deanna, quien cantaba con él.

—Oh, parece que está enamorado —señaló Sìneag.

Amy se rio.

—Dudo que eso sea «amor». Solo busca atención, como todos los chicos de su edad, eso es todo.

—Oh, ¿sí? Y tú, ¿conoces el amor?

Amy se cruzó de brazos. No habían dudas de que Sìneag era de ese país, de modo que tal vez allí era normal saltarse las charlas superficiales y abordar sin preámbulos los temas profundos.

—¿Que si conozco el amor? Pues, sí, he estado enamorada. ¿Quién no lo ha estado?

—Pero aún no has conocido a tu hombre... —señaló Sìneag despacio y se frotó la barbilla.

—¿Mi «hombre»? —Amy rio.

—Sí, el único hombre al que amarás de verdad. Aquel por el cual cambiarías. Aquel con el que querrás morir el mismo día. Aquel por el que estarías dispuesta a cruzar países, océanos, montañas... incluso el río del tiempo.

Amy suspiró y sonrió.

—Sìneag, eres toda una romántica. Puedo asegurarte de que no tengo un hombre así y nunca lo tendré. La relación que describes no existe.

Sìneag inclinó la cabeza.

—¿Por qué estás tan segura, Amy?

—Porque ya he estado casada y ahora estoy divorciada. Pensaba que él era mi alma gemela. Así que créeme, sé que lo que describes es imposible.

Sìneag, pensativa, la estudió.

—¿Sabes cómo se construyó este castillo?

—Lo leí en el tablero de información que está ahí mismo: «construido por el poderoso clan Comyn en el siglo XIII».

—Sí, ¿pero sabes que fue construido sobre una fortaleza de los pictos?

Amy alzó las cejas.

—No, no lo sabía.

—Pues, así es. Y esos pictos usaban magia muy poderosa. Podían abrir el río del tiempo y construir un túnel secreto debajo de él para ayudar a la gente a atravesarlo.

Amy volvió a sonreír. Sìneag era tan adorable, aún le gustaban los cuentos de hadas.

—¿Hablas de viajes en el tiempo?

—Sí.

—Nunca escuché un cuento de hadas sobre viajes en el tiempo. ¿Me lo cuentas?

—Bueno, el castillo se construyó sobre una piedra que puede abrir un túnel como ese, y solo una persona que tenga un propósito puede volver a abrirlo y viajar.

La sonrisa de Sìneag adquirió un matiz travieso, y Amy arqueó las cejas.

—Había una vez un *highlander* aquí, un tal Craig Cambel. Era un poderoso guerrero y un hombre de honor. ¿Has oído hablar del rey Roberto I de Escocia?

Amy se preguntaba por qué Sìneag no le contaba el cuento de los viajes en el tiempo sin más dilaciones, pero tal vez llegaría a eso en algún momento.

—Estás hablando de las guerras de independencia de Escocia, ¿no? —preguntó—. En el tablero de información decía que el rey tomó el castillo de Inverlochy que antes le pertenecía a los Comyn.

—Sí. Los Cambel, que en la actualidad se llaman Campbell, eran aliados del rey. Roberto I le había pedido a Craig que protegiera el castillo contra sus enemigos.

Amy se rio.

—Ese Craig habrá sido un hombre importante.

—Sí, era un hombre de grandes logros, pero tenía una profunda pena en el corazón. El clan MacDougall lo traicionó, tanto a él como a su familia, y eso lo marcó de por vida. Craig juró que nunca volvería a confiar en nadie con tanta facilidad.

—Menos mal que nunca me conocerá. Yo soy una MacDougall.

Los ojos de Sìneag se iluminaron.

—¿De verdad?

—Bueno, sí. Mis abuelos emigraron de Escocia a los Estados Unidos, así que soy estadounidense. Pero mi apellido es MacDougall.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Qué bueno! —La voz de Sìneag temblaba un poco de emoción.

Amy frunció el ceño, algo en esas palabras la puso en guardia.

—En fin. ¿Qué hay de este Craig? ¿Viajó en el tiempo o qué?

—No, no viajó en el tiempo. Se casó con una buena muchacha para consolidar una alianza entre dos clanes, pero nunca fue feliz. Vivió su vida siendo un buen hombre. Un hombre bueno, pero siempre solitario.

Amy apretó los labios para luchar contra la extraña ola de emoción, tristeza y soledad que las palabras de Sìneag le habían provocado. Conocía demasiado bien la desesperación de sentirse sola y abandonada.

—Sí —acordó Amy—. Algunas personas nunca superan las heridas más profundas.

Los ojos de Sìneag brillaron con comprensión y empatía.

—Sí. Y, ¿qué pasa cuando la persona que puede curarlas vive al otro lado del río del tiempo?

—Entonces supongo que necesitan usar ese túnel picto.

—¡Sí, Amy! Eso es muy cierto. —Sìneag aplaudió como una niña entusiasmada—. Tú misma lo has dicho.

De pronto, un movimiento llamó la atención de Amy. Zach estaba bajando apresurado el montón de piedras para correr hacia Deanna.

—¡Cuidado! —gritó Jenny.

En cuanto Zach estuvo en el suelo, Deanna soltó un chillido y se alejó corriendo de él. Zach soltó un grito que se parecía a una llamada a batalla y al sonido de un chimpancé en celo y la siguió.

Eso no terminaría bien. Amy se olvidó de Sìneag y siguió cada movimiento de los niños con la mirada. Deanna daba vueltas alrededor del patio para evadir los intentos de Zach de darle un abrazo de oso. De improvisto, se lanzó a toda velocidad hacia Amy, que ya se había preparado para atajar a la niña y detenerla. Sin embargo, en el último momento, Deanna echó a correr hacia la torre este.

Siguiendo un instinto, Amy dio un paso hacia adelante.

Deanna empujó la reja de seguridad y, cuando se escabulló hacia el interior, la enorme oscuridad de la entrada se la tragó. Dio un paso más, gritó y se cayó.

A Amy se le detuvo el corazón.

—Maldita sea —masculló Amy y echó a correr hacia la torre—. ¡Que ni se te ocurra! —le gritó a Zach, que se había detenido frente a la reja con el rostro pálido y lleno de preocupación.

Tomó la linterna de su mochila. El césped se hundía bajo sus pies mientras corría para llegar a la rejilla y cruzarla. Amy se detuvo en la entrada de la torre. La luz de la linterna alumbró las escaleras precarias y desmoronadas que descendían y la plena penumbra que las rodeaba.

—Malditos adolescentes —resopló por lo bajo y comenzó a descender los escalones rotos tan rápido como podía sin romperse el cuello.

Algunas piedritas se desprendían y caían rodando bajo sus pies. Mientras que faltaban algunos escalones, otros se habían desgastado a tal punto que se habían reducido a rampas planas. El lugar olía a tierra mojada y piedras húmedas, a hojas en descomposición y a otras cosas en las que ella no quería ni pensar. De milagro, llegó hasta abajo. La luz del exterior no

llegaba hasta allí; solo se podía valer de la de la linterna. Era como si no existiera nada más allá del subsuelo. Amy sintió un estremecimiento porque los recuerdos comenzaban a llamar a la puerta de su mente, una puerta que había cerrado herméticamente hacía ya mucho tiempo.

Se recordó a sí misma que ya había aprendido a lidiar con la oscuridad y con los espacios confinados. Debía ser fuerte para Deanna.

—¡Deanna! —gritó mientras recorría las paredes de piedra áspera que la rodeaban con la linterna—. ¡Deanna!

Las palabras hacían eco en el silencio, como si estuviera sola. Como si Deanna hubiera desaparecido.

Amy elevó la mirada, pero allí solo había un techo rocoso y el hueco por el que había entrado. En cuestión de segundos, se le congelaron tanto los brazos como las piernas, y le comenzaron a temblar las manos.

«De prisa. Encuentra a Deanna, ayúdala y lárgate de aquí».

—¡Deanna!

Amy miró todo lo que la rodeaba con la ayuda de la linterna y descubrió la entrada a otra habitación. Temblando, con las piernas tan pesadas como el mismo plomo, se dirigió hacia ella.

Era muy simple: no podía dejar a nadie a solas en la oscuridad. Tenía que hacerles saber a las personas que estaba rescatando que no habían sido abandonadas. Que alguien siempre iba a ir en busca de ellas. Ese alguien era ella.

—Deanna —llamó Amy al entrar en la recámara, y su voz resonó contra las paredes de piedra.

Era una habitación pequeña; de hecho, ni siquiera era una habitación, sino más bien una cueva. Buscó por el suelo. No vio a nadie.

¿Habría alguna otra salida o más puertas? No.

—¿Dónde estás? —gritó Amy, aunque no sabía si se la pregunta iba dirigida a Deanna o a ella misma.

—Aquí —respondió la niña.

Movió la luz y la vio. Deanna se encontraba de pie, abrazándose, con los ojos abiertos y el pelo enmarañado. Amy sintió una oleada de alivio, y la tensión que le comprimía el pecho comenzó a desvanecerse.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¿Estás herida?

—Solo me golpeé un poco la cabeza.

—De acuerdo, salgamos de aquí ya mismo. Te examinaré la cabeza cuando estemos arriba. Toma, ten la linterna. Tengo otra.

Le entregó la linterna a Deanna y sacó otra de su mochila. Deanna apuntó a todos lados con la linterna hasta que la luz cayó sobre algo, y Amy frunció el ceño.

Era una piedra grande y plana. Tenía un gran tallado esculpido en la parte superior: una cinta ancha con tres líneas onduladas. Parecía un río en forma de círculo a través del cual corría la amplia línea de un camino.

—Me estoy congelando —dijo Deanna dirigiéndose hacia la entrada.

—Espérame —ordenó Amy, pero de pronto se detuvo, con la vista clavada en la piedra.

¿Estaba alucinando o ese grabado estaba resplandeciendo un poco, iluminando el azul del río y el marrón del camino? Junto al tallado, justo en el centro de la piedra, vio la huella de una mano.

Advirtió que la luz de la linterna de Deanna ya había llegado hasta la primera habitación. La niña iba a estar bien. Amy sintió curiosidad y se acercó a la piedra.

El resplandor se hizo más intenso, parecía como si el tallado se estuviera moviendo: las olas del río parecían fluir y daba la impresión de que una pequeña nube de polvo se elevaba sobre el camino. Era muy bonito.

¿Acaso se trataba de la huella de una mano picta?

Una mano solitaria... Un hombre solitario...

¿Sería la huella de Craig Cambel? ¿Tocaría los dedos de Craig si presionaba los de ella contra la huella? Contuvo la respiración y trazó la huella con las yemas. Estaba fría y húmeda. ¿También habría estado fría y húmeda cuando Craig vivía allí?

Amy colocó los cinco dedos sobre la huella. Un zumbido la sacudió entera, como una ola de emoción antes de emprender un viaje o una aventura. Se le aceleró el corazón y sintió cómo le martillaba el pulso contra la sien, las venas del cuello, las muñecas y los dedos. Luego volvió a sentir miedo en la garganta y los hombros, se le cerraron las vías respiratorias a tal punto que pronto tuvo dificultades para respirar.

Trató de retirar la mano, pero no pudo. La piedra tiró de su palma como si fuera un imán. La fría superficie se sentía húmeda, como si de ella manara agua. Finalmente, la palma de la mano le quedó apoyada en su totalidad contra la piedra, y Amy comenzó a hundirse en ella como si fuese un río. Primero la mano, seguida del resto del brazo y luego el hombro.

—¡Ay! —Amy escuchó su propio grito.

Agarró la piedra con la otra mano y clavó los pies en el suelo, pero al final no pudo evitar desaparecer.

Desapareció íntegra dentro de la piedra... y todo el mundo se oscureció...

[LEE LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >](#)

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en <https://mariahstone.com/es/> para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sineag (precuela)

[La cautiva del highlander](#)

[El secreto de la highlander](#)

[El corazón del highlander](#)

[El amor del highlander](#)

[La navidad del highlander](#)

[El deseo del highlander](#)

[La promesa de la highlander](#)

[La novia del highlander](#)

[El protector de la highlander](#)

[El reclamo del highlander](#)

[El destino del highlander](#)

[Reunión de Navidad](#)

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

[El deseo del vikingo](#)

[El reclamo del vikingo](#)

[La novia del vikingo](#)

[El amor del vikingo](#)

[La cautiva del vikingo](#)

AL TIEMPO DEL PIRATA:

[El tesoro del pirata](#)

[El placer del pirata](#)

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en <https://mariahstone.com/es/>!

